

A C A N T I L A D O

Peter Stamm

Monte a través

TRADUCCIÓN DE JOSÉ ANÍBAL CAMPOS

MONTE A TRAVÉS

PETER STAMM

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE JOSÉ ANÍBAL CAMPOS



ACANTILADO
BARCELONA 2019

TÍTULO ORIGINAL

Weit über das Land

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 – 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2016 by Peter Stamm

© de la edición original, S. Fischer Verlag, GmbH, Frankfurt
Este libro fue negociado a través de Ute Körner Literary Agent,
Barcelona - www.uklitag.com y Liepman AG,
Zúrich - www.liepmanagency.com

© de la traducción, 2019 by José Aníbal Campos González

© de esta edición, 2019 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

Para la realización de esta obra, el traductor recibió el apoyo económico de la Casa del Traductor
de Looren, Suiza

ISBN: 978-84-17902-12-4

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL

octubre de 2019



Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro— incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición

mediante alquiler o préstamo públicos.

Cuando nos separamos, seguimos teniéndonos el uno al otro.

MARKUS WERNER,
La partida de Zündel

Para Jaume Vallcorba Plana.

De día apenas se notaba la presencia del seto que separaba el patio del de los vecinos, se perdía en el verdor general; pero cuando el sol se ponía y las sombras empezaban a alargarse, parecía que creciera y se convirtiese en un muro cada vez más infranqueable hasta que, al final, el último rayo de luz desaparecía del jardín y el cuadrado de césped quedaba sumido en las sombras, como un oscuro calabozo del que no había escapatoria. Como suele ocurrir hacia mediados de agosto, la temperatura bajaba rápidamente, y el frío y la humedad parecían emanar del suelo al que se habían retirado durante las horas de sol, sin llegar nunca a desaparecer del todo.

Thomas y Astrid habían acostado a los niños, se habían sentado en el banco de madera de la entrada con una copa de vino y compartido la edición dominical del periódico. Al cabo de un rato, se oyó por la ventana abierta la voz llorosa de Konrad, y con un suspiro Astrid había dejado su parte del periódico sobre el banco, había apurado su copa de vino, había entrado en casa sin decir palabra y no había vuelto a salir. Thomas oyó un murmullo tranquilizador y, poco tiempo después, vio cómo se encendía la luz del salón. Luego, la ventana se cerró con un golpe seco que ponía fin al día, al fin de semana, a las vacaciones. La luz se apagó de nuevo, y Thomas se imaginó a Astrid arrodillada en el suelo del recibidor, deshaciendo la maleta grande que habían dejado allí tras su regreso a última hora de la tarde. También aquí tenía que haber hecho mucho calor durante su ausencia, la casa estaba muy caldeada y el aire enrarecido, espeso, como si en el interior la presión fuera más elevada. Thomas hojeó la correspondencia que los vecinos le habían dejado sobre la mesa del salón. Astrid estaba justo detrás de él, y aun sin verla él sentía su presencia, su atención. «Nada importante», le dijo él, y se sentó a la mesa. Astrid abrió las ventanas y, mientras salía, dijo que prepararía la cena. Habían comprado un par de cosas en la tienda de una gasolinera: pan, leche, queso, una bolsa de ensalada variada. Los niños habían desaparecido en la planta de arriba, y Thomas los oyó pelearse por algún motivo. Después de la cena, cuando él y Astrid los habían acostado, Konrad había estado a punto de quedarse dormido mientras se cepillaba los dientes, y la pequeña Ella ni siquiera había preguntado si la dejaban leer un rato más.

Thomas se imaginó a Astrid haciendo dos pilas, una de ropa limpia y otra de ropa sucia, la imaginó llevando la sucia al lavadero del sótano y guardando la limpia en el armario del dormitorio. A continuación, dejaría la de los niños bien ordenada y doblada en la escalera, a fin de subirla al día siguiente. Astrid se detuvo un momento al pie de la escalera y oyó, provenientes de arriba, muy tenues, los ruidos provocados por los niños, que se revolcaban de un lado a otro en sus camas recién hechas, pensando o soñando estar todavía en la playa o ya de nuevo en la escuela.

La luz del dormitorio de Astrid y Thomas se encendió. A través de las persianas, un dibujo de rayas se proyectó sobre el césped, que, con el avance de la oscuridad, había perdido todo su color. Astrid entró en el cuarto de baño, pero volvió al recibidor para sacar el neceser de la maleta. Se contempló en el espejo con esa mirada inexpresiva con la que a veces también miraba a Thomas. Antes, cuando él le preguntaba en qué estaba pensando, ella siempre respondía que no pensaba en nada. Con los años, él había empezado a crearla, así que dejó de preguntarle.

Thomas dobló el periódico y lo depositó sobre el banco. Cogió la copa para apurarla, pero dudó. Agitó la copa para acabar dejándola sin haber probado el vino junto a la de Astrid, ya vacía. No fue tanto una idea como una imagen: el banco abandonado a la luz del amanecer; encima del banco, el periódico con el papel ondulado por el rocío y las dos copas, en una de las cuales, la que estaba por la mitad, se habían ahogado algunas moscas de la fruta. El sol brillaba a través del cristal y proyectaba una mancha roja sobre la pálida madera de color gris claro. Los niños salían de la casa, se alineaban en las columnas dispersas de otros niños que iban camino de la guardería o de la escuela. Poco tiempo después Thomas se marchaba al trabajo. Saludaba a la anciana del vecindario, cuyo nombre había sabido alguna vez y había vuelto a olvidar. La veía casi todas las mañanas con su perro; a pesar de su edad, tenía un paso ágil y una voz sonora y segura con la cual le devolvía el saludo, como si todo estuviera en orden, como si todo fuera a permanecer igual. Al mediodía, cuando él regresara a casa, el periódico y las copas habrían desaparecido.

Thomas se puso de pie y recorrió el estrecho camino de grava que discurría en paralelo a la casa. Al llegar a la esquina, vaciló un instante, antes de doblar y poner rumbo a la puerta del jardín con una sonrisa de perplejidad de la que apenas era consciente. Levantó un poco la verja al abrirla para que no chirriara, tal como solía hacer en su adolescencia cada vez que llegaba tarde a casa de alguna fiesta y no quería despertar a sus padres. Aunque se hallaba completamente sobrio, tuvo la impresión de estar moviéndose como un borracho, muy lentamente, mirando bien dónde ponía el pie. Recorrió la calle, pasando por delante de las casas de los vecinos, que le resultaban menos familiares a medida que se alejaba de la suya. Había luz en algunas ventanas. Aún no eran ni las diez, pero ya no había nadie en los jardines o en la calle. Delante de él se alargaba la sombra generada por la luz que proyectaba sobre él la última farola junto a la cual pasaba. La sombra desaparecía en la luz de la farola siguiente, la cual, a su vez, arrojaba una nueva sombra a sus espaldas, que se achicaba, pasaba por su lado y le adelantaba con rapidez a medida que crecía, como la escolta fantasmal de una criatura incorpórea que lo acompañó mientras se alejaba del barrio, hasta que cruzó la circunvalación y entró en el polígono industrial que se extendía a lo largo de la llanura situada a la entrada del pueblo.

La puerta de la gran nave de la planta de reciclaje estaba abierta. Un zumbido monótono salía del interior. Thomas se agachó, como si de ese modo fuera menos visible. Cuando llegó al antiguo canal industrial, se dio la vuelta por primera vez y miró hacia atrás, pero no vio a nadie, sólo escuchó aún el zumbido—ahora atenuado—de la maquinaria.

La calle bordeaba durante un trecho el canal y cruzaba luego un pequeño puente. Thomas caminaba ahora más deprisa. Era como si hubiera abandonado el campo de gravitación del pueblo y se moviese ahora por el espacio sin ningún tipo de freno, al tiempo que se adentraba en el inexplorado territorio de la noche. Los prados situados a derecha e izquierda de la calle pertenecían a una granja de cría de caballos y estaban rodeados por altas vallas. Muy al fondo, en uno de los prados, había algunos caballos tan pegados los unos a los otros que sus cuerpos, en aquella oscuridad, se fundían formando una única criatura de muchas cabezas. En los edificios de la granja no se veía luz alguna. Poco antes de llegar a su altura, Thomas se detuvo y aguzó el oído. Cuando los niños eran más pequeños, él y Astrid venían a menudo con ellos a dar un paseo por aquí, pero ahora ya no recordaba si los dueños tenían perro o no. Pasó rápidamente junto a los edificios. Seguía sin escucharse nada, sólo de repente se encendía alguna lámpara halógena e iluminaba el área de la entrada y parte de la calle.

Thomas sintió alivio cuando llegó a la linde del bosque. No se veía la luna, y en el interior del bosque el camino de grava era una franja más clara que sólo se intuía. El vacío de la noche parecía tirar de él, permitiéndole avanzar. El camino discurría junto al dique, cruzaba luego la barrera de protección contra inundaciones y llegaba al otro extremo de la estrecha franja de bosque. Allí había un poco más de luz. A lo lejos se oía el rumor de los coches e incluso el ruido de un tren. Thomas miró el reloj y descifró con esfuerzo la hora. Las diez y media: el tren pasaba puntual. Por un momento imaginó la corta sucesión de vagones entrando en la estación iluminada, pensó en los pocos pasajeros que bajaban y cruzaban el paso subterráneo para dirigirse al aparcamiento de bicicletas, quitar el candado a sus vehículos y desaparecer en todas direcciones.

Ahora que se había detenido, notaba el silencio del bosque. Tal vez precisamente por eso tenía la sensación de no estar solo. Era como si algo lo acechara en la oscuridad, no una persona, tampoco un animal, sino una especie de viveza general que abarcaba todo el bosque.

Thomas siguió avanzando por el camino hasta llegar al final. De allí no había ni cien metros hasta el sitio en el que el canal industrial desembocaba en el río, formando un recodo. Cruzó hasta el centro del prado, donde de adolescente hacían la fogata en torno a la cual se reunían con sus amigos. El canal parecía llevar más agua que el río, cuyo lecho estaba seco antes de llegar a la desembocadura. Le habría resultado difícil, de todos modos, llegar a la otra orilla. Thomas se sentó en los bastos bloques de piedra con los que habían reforzado el lugar. Del lecho del río ascendía un olor a podrido. Sacó su paquete de cigarrillos y, tanteando con los dedos, los contó: once. Entonces encendió uno y miró al cielo, ahora totalmente oscuro. Aunque era una noche despejada, no se veían muchas estrellas. Metió las manos en los bolsillos de los pantalones e hizo un repaso de lo que llevaba encima: el llavero con la linterna diminuta, una pequeña navaja, hilo dental, un mechero y un pañuelo. A la luz de la linterna contó el dinero: algo más de trescientos francos suizos. De pronto sintió un escalofrío y pensó por un instante en hacer una fogata. Pero entonces decidió seguir caminando, regresar hasta el pequeño puente peatonal, cruzar el canal y seguir luego el valle en dirección al oeste.

Las tablas del estrecho puente estaban húmedas y resbaladizas. Thomas tuvo que agarrarse a la barandilla para no caer. Llegó a un sendero tan estrecho que, en medio de aquella oscuridad absoluta, le pareció que la maleza que crecía a ambos lados lo sostenía y empujaba hacia delante, hasta llegar a una carretera de grava que, a lo largo de medio kilómetro, atravesaba en línea recta el bosque y continuaba luego otro trecho igual a través de unos prados de pastoreo. Delante de él vio dos coches que cruzaban el puente de la carretera a toda velocidad; contempló luego cómo los haces de luz de sus faros rozaban las casas del pueblo situado al otro lado del río y, poco después, desaparecían detrás de la colina. Al llegar a la carretera comarcal, oyó de lejos el ruido de otro auto. Se ocultó tras la alta hierba del talud y aguardó. El coche se acercó y pasó de largo. Cuando ya no se oía el motor, Thomas se puso de pie de un salto y cruzó el puente a buen paso. Antes de alcanzar el pueblo se alejó otra vez de la carretera principal y siguió una vía más estrecha que bordeaba el río hasta el aeródromo para planeadores y continuaba más allá. Cuando eran niños, alguna vez venían hasta aquí en bicicleta para ver los aviones, pero en realidad a Thomas jamás le había interesado la aviación, si se quedaba era sólo por complacer a sus amigos, que entonces soñaban con volar alguna vez.

Al borde de la pista de hierba había un hangar alargado, y detrás, ocultas por un seto, una docena de caravanas de las que Thomas sólo podía distinguir los contornos. Ni una luz a la redonda, tampoco ruido alguno. Se sentía muy cansado. Se acercó a la primera caravana, palpó en

busca de la manija de la puerta y tiró de ella con cuidado. Estaba cerrada con llave. Lo mismo ocurrió con las siguientes caravanas. Una de ellas, sin embargo, tenía en la parte delantera una marquesina de plástico que pudo abrir fácilmente. Cuando entró, sintió el suelo cubierto por una tarima de madera. El aire estaba enrarecido, olía a hierba, a plástico viejo y a comida rancia. Bajo la débil luz de la pequeña linterna vio una mesa de camping y cuatro sillas, así como una cocina improvisada con dos quemadores de gas y un fregadero. En un rincón había un toldo impermeable. Thomas se envolvió en él y se tumbó en el suelo, pero aun así seguía teniendo mucho frío. No consiguió quedarse dormido sobre el duro suelo y pensó en su casa, preguntándose si Astrid ya habría notado su ausencia. A menudo ella se iba a dormir antes que él y no se despertaba cuando él se metía en la cama.

Cuando Astrid notase por la mañana que Thomas no estaba acostado a su lado, pensaría que él ya se había levantado, aunque fuera ella casi siempre la primera en hacerlo. Soñolienta, subiría a la planta alta, despertaría a los niños y volvería a bajar. Diez minutos más tarde ya se habría duchado, saldría del baño en bata y llamaría a los niños, que sin duda estarían aún en la cama. Les gritaría: «¡Konrad! ¡Ella! ¡Arriba! ¡Andando! Si no os levantáis ahora, vais a llegar tarde». Siempre las mismas frases, y, a continuación, siempre las mismas respuestas: «Sólo un minuto más». «Ya me he levantado». «Voy enseguida». Camino de la cocina, Astrid echaría una ojeada al salón y, por un instante, se asombraría de no encontrar a Thomas tampoco allí. Y es que esos tres cuartos de hora de la mañana transcurrían según un plan tan invariable que ella no tenía tiempo de pensar en otra cosa que no fuese aquello que era preciso hacer: encender la cafetera, llenarla de agua, poner la mesa, sacar el pan, la mantequilla, la confitura y la miel, la leche y el cacao en polvo. Astrid llamó de nuevo a los niños, esta vez a voz en grito y con un tono de enfado, y preparó el primer café, que bebió de pie. Por fin bajaron los niños, armando un gran barullo, y se sentaron a la mesa. Konrad parpadeaba todavía, con cara de sueño, mientras que la niña colocó un libro abierto a su lado. Astrid tuvo que regañarla dos veces, hasta que Ella lo cerró con hosquedad y se preparó una rebanada de pan. Con la boca llena, Konrad preguntó por fin dónde estaba papá. «Tuvo que salir temprano hoy». Astrid no sabía por qué había respondido tal cosa. Era la explicación más simple, y, al darla, casi se hacía realidad. «Tenía que llegar más temprano a la oficina». Los niños no preguntaron nada más, aunque Thomas casi nunca salía de casa antes del desayuno. Astrid intentó recordar por un momento si Thomas había dicho algo acerca de una reunión, pero para entonces los niños ya se habían levantado de la mesa, y ella tuvo que ocuparse de que no olvidaran nada. «¿Vais a nadar hoy?». «Poneos las sandalias». «Sí, claro que necesitas un suéter, todavía hace frío fuera». «El libro se queda aquí». «¡Vamos, andando!». Astrid besó a los niños en la mejilla y les dio un empujoncito para que salieran. Por un momento se quedó de pie en el vano de la puerta, viéndolos desaparecer al doblar la esquina, hasta oír el familiar chirrido de la verja del jardín y el golpe cuando ésta se cerraba. El aire olía un poco a otoño.

Mientras Astrid se dirigía al baño para secarse el pelo consideró si ir o no a la piscina. Tenía ropa que lavar, debía acabar de deshacer las maletas, hacer la compra. Trazó un plan para el día. Sólo al salir del baño pensó de nuevo en Thomas. Llamó a su oficina. La secretaria le dijo que Thomas no estaba y le preguntó si habían tenido unas gratas vacaciones.

—Sí, estupendas. ¿Podría mirar en su agenda?

—No—le dijo la secretaria al cabo de una breve pausa—, no hay nada anotado. Sólo por la tarde tiene una cita con un cliente.

—Dígale, por favor, que me llame un momento cuando regrese—pidió Astrid.

Fue a hacer la compra en bicicleta, tendió la ropa fuera y acabó de deshacer las maletas. En una de ellas había una bolsa de plástico con unas conchas que los niños habían recogido en la playa. Al volcar la bolsa sobre la mesa, cayó un poco de arena. Puso las conchas y las caracolas en una cestita y recogió la arena con cuidado de no rayar la mesa. Luego guardó las maletas en el desván. Arriba hacía calor, el aire tenía una consistencia casi algodonosa. Con expresión melancólica, Astrid pensó en las dos semanas que habían pasado a orillas del mar, en el calor que tanto le gustaba, recorriendo los puestos de los mercados españoles, las maravillosas verduras, las frutas, la infinita variedad de pescado que podía comprarse en ellos. «Mejor nos quedamos aquí, sin darle más vueltas», había dicho Thomas en broma uno de los últimos días. Astrid se había reído, y a continuación todos se habían puesto a pensar en cómo sería vivir durante todo el año a orillas del mar. Era un juego, pero Astrid vio en los ojos de Thomas, y también en los de los niños, un fulgor de entusiasmo.

—¿Cómo nos ganaríamos la vida?

—Haríamos bisutería con las conchas y la venderíamos en el paseo marítimo.

—¿Y la escuela?

—Papá sería nuestro maestro.

Por último, Astrid dijo que en casa también se estaba bien. El mar dejaría de ser especial si lo tuvieran a la vuelta de la esquina. Y en invierno seguramente habría tormentas, y la casa tenía humedades, ni siquiera había una buena calefacción. Astrid había sido siempre la voz de la razón en aquella relación, en la familia. A veces se preguntaba si Thomas habría elegido una vida diferente de no estar juntos.

Thomas no telefoneó. Tal vez lo había intentado mientras ella hacía la compra, pero no había querido dejar un mensaje, o simplemente se había olvidado. Seguramente tendría un montón de cosas pendientes después de las vacaciones, y otras muchas en las que pensar. A Astrid le daba vergüenza llamar de nuevo a la secretaria, así que decidió irse un rato a la piscina. Durante las vacaciones se había propuesto hacer más ejercicio, ir a nadar cada vez que el clima se lo permitiese y retomar el *jogging*.

En la radio habían anunciado lluvia y un descenso de las temperaturas para esa tarde, pero aún no se notaba el brusco cambio de tiempo. No obstante, la piscina estaba casi vacía. Astrid pensaba que era un privilegio poder ir a nadar en pleno día, pero al mismo tiempo se sentía excluida de aquel ajetreado mundo en el que Thomas se movía, igual que los niños, que ahora estaban en la escuela, resolviendo operaciones matemáticas o escribiendo una redacción sobre lo que habían hecho durante las vacaciones. Tenía mala conciencia, pero también había algo placentero en ese leve sentimiento de culpa.

Los vestuarios estaban sucios, había basura por todas partes, y el suelo de hormigón, pintado de azul claro, estaba pegajoso. Seguramente habría habido mucho ajetreo por allí la víspera, el último día de las vacaciones y, tal vez, el último día de calor del año. Después de dos semanas nadando en agua salada, se sentía pesada en la piscina, como si algo tirara de ella hacia abajo. Nadó sólo diez piscinas y se tumbó luego brevemente al sol, hasta que el bañador estuvo más o menos seco. A las once y media estaba de nuevo en casa.

Vació el buzón y echó una ojeada al periódico; luego tendió la última colada. Les había prometido a los niños que les prepararía su plato favorito: crepes con puré de manzana y Nutella. Mientras preparaba la comida, dejó encendida la radio, aunque siempre la irritaban los

vivarachos comentaristas que sólo decían tonterías y trataban como a auténticos imbéciles a los oyentes que llamaban por teléfono para responder a los acertijos que les planteaban.

Los niños llegaron tarde. Habían pasado cinco semanas sin ver a sus amigos, y seguramente habían tenido mucho que contarse durante el camino de regreso a casa. La pequeña Ella saludó sólo brevemente y desapareció de inmediato en el salón. Cuando Astrid puso la mesa, estaba todavía sentada en el sofá, leyendo.

—¿Qué tal la escuela?

La niña murmuró algo incomprensible. De regreso a la cocina, Astrid sorprendió a Konrad arrancando un trocito del borde de una crepe y metiéndoselo en la boca.

—¡Manos fuera!—gritó—. ¿Es que no puedes esperar?

—¿Dónde está papá?—preguntó el niño.

—No vendrá hoy a almorzar—respondió Astrid—. Está muy ocupado.

—Entonces habrá más crepes para nosotros—declaró Konrad.

Durante la comida los niños contaron dónde habían pasado las vacaciones sus compañeros de clase y qué habían visto. Astrid sólo los escuchaba a medias. Pensaba en lo que habría pasado con Thomas. Se tranquilizaba a sí misma. A fin de cuentas, ¿qué podía haber pasado? La noche anterior se había mostrado como siempre. Tampoco durante las vacaciones había ocurrido nada especial, todo lo contrario, habían sido dos semanas inusualmente armoniosas. Habían pasado la mayor parte del tiempo en la playa o en la vivienda alquilada. El viaje de vuelta en el coche había sido agotador, en Francia quedaron atrapados dos veces en medio de un atasco, pero Thomas no tendía a alterarse con este tipo de cosas. Era una persona muy equilibrada, un tipo normal y corriente, como él mismo decía a veces. Seguramente habría una explicación sencilla para su ausencia. Astrid ni siquiera estaba preocupada.

Por la tarde los niños tenían escuela, y Astrid se mantuvo ocupada con las labores del jardín. Después de dos semanas sin ser atendido, estaba cubierto de maleza, la mala hierba le llegaba hasta los tobillos, y las tomateras formaban una auténtica maraña. Astrid escardó un poco, tutoró las tomateras y las destalló. Unas nubes oscuras avanzaron desde el oeste y taparon el sol. Astrid cortó el césped. El ruido de la segadora era inusualmente molesto, emitía un eco como si estuviesen en una habitación cerrada. Aún no había terminado cuando sintió que caían las primeras gotas de lluvia. Se apresuró a recoger la ropa y a llevarla dentro. La lluvia fue arreciando sólo poco a poco. Astrid llevó la cortadora de césped al sótano y abrió todas las contraventanas de la casa. En la habitación de Konrad se detuvo un momento y contempló la lluvia que caía suavemente, casi sin hacer ruido. Había refrescado. Astrid sintió un escalofrío y cerró la ventana. Hacía todavía mucho calor en la casa, pero el ambiente era menos opresivo.

Con el clima cambió también el estado de ánimo de Astrid. Mientras bajaba la escalera, pensó en los niños, que pronto llegarían de la escuela, y en que tenía que haberles dado sus impermeables. Se sintió culpable de la desprotección de sus hijos. Tenía a menudo la necesidad de proteger a Ella y a Konrad, tanto de algunos malvados compañeros del colegio y de maestros demasiado exigentes como de cosas absolutamente banales pero inevitables en la vida de cualquier niño. Y había sido incapaz de hacerlo. Sonó el teléfono. Era la secretaria de Thomas, que le dijo que había llamado ya un par de veces. Por la voz, parecía más alterada que la propia Astrid. Le explicó que a las dos Thomas tenía una cita con un cliente. «Estaba en el huerto—dijo Astrid. Y luego, sin saber por qué, añadió—: Thomas está enfermo, lo siento, debí llamar». La secretaria no pareció asombrarse de que Astrid la hubiese llamado esa mañana para preguntarle

por Thomas y ahora le dijera que estaba en casa. La explicación era tan simple que, al parecer, borraba toda sospecha. Y como si con ello diese más veracidad a su mentira, Astrid le dijo que Thomas tenía un fuerte catarro, tal vez debido al aire acondicionado del coche o, sencillamente, al cansancio por el largo viaje.

—Hace dos semanas yo misma tuve un resfriado muy fuerte—dijo la secretaria, y se rio como si hubiese hecho un chiste—. ¿Podrá venir mañana?—preguntó.

—No lo creo—respondió Astrid.

—Pues que se recupere de las vacaciones—dijo la secretaria y volvió a reír—: Dígale que se mejore.

Astrid intentó distraerse pensando en la cena, en lo que cocinaría y en el momento en el que todos juntos se sentarían a la mesa del comedor calentito, mientras afuera llovía. Pero de repente tuvo la certeza de que Thomas tampoco aparecería esa noche, ni tampoco al día siguiente. Aquella sensación le cortaba el aliento. No era que estuviese preocupada; simplemente, sentía un terror paralizador, como si supiera ya lo que ocurriría.

A pesar del incómodo alojamiento, Thomas tuvo que haber dormido algo. Le dolía la espalda y tenía frío. La marquesina estaba todavía oscura como boca de lobo, y aunque tenía la muñeca bien pegada a los ojos, no podía ver la hora. Permaneció tumbado un rato, intentando dormirse de nuevo, pero el frío era tan penetrante que salió arrastrándose de la lona con que se había tapado y se levantó. Fuera había algo más de claridad. La luna estaba en lo alto del cielo, casi llena, pero parecía muy distante. Thomas pasó de largo junto al hangar en dirección a la pista, sobre la cual flotaban, suspendidos, unos delgados hilillos de niebla. Aquí había mayor visibilidad, y pudo distinguir, hacia el este, los primeros destellos de luz. Hizo un par de sentadillas hasta entrar en calor y regresó a la caravana. Clareaba ahora con mayor rapidez. Del bosque llegaba un frenético concierto de trinos, a lo lejos se oían los cencerros de las vacas y, de vez en cuando, un coche que circulaba por la carretera comarcal, al otro lado del río.

Thomas tenía hambre. Probó otra vez con las puertas de las caravanas, pero todas estaban cerradas con llave. Pensó brevemente en forzar una, pero para ello habría necesitado herramientas, y sólo llevaba consigo la pequeña navaja que no servía para mucho más que limpiarse las uñas o abrir una carta. Cuando ya estaba a punto de desistir, descubrió en una de las caravanas una ventana corredera entreabierta. Con un poco de esfuerzo, pudo meter un brazo y quitar el seguro. La ventana era muy pequeña, y a Thomas le sorprendió que consiguiera colarse a través de ella.

El interior de la caravana era estrecho y olía a rancio. La ventana por la que Thomas había entrado se encontraba encima de una especie de sofá cama. Después de varios tanteos, encontró el interruptor de la luz. Una débil lámpara con bombilla de bajo consumo iluminó el interior del vehículo con una luz verdosa. Las paredes y los armarios estaban revestidos con imitaciones de nogal de aspecto barato; la tela con la que habían forrado los cojines era de color rojo vino y beige y mostraba un anticuado dibujo de rombos; delante de las ventanas colgaban unas cortinillas de ganchillo. Thomas abrió todos los armarios. En uno había una vinagrera pegajosa, un tubo casi vacío de mostaza, todo tipo de condimentos, bolsitas de té y café instantáneo; en otro, espaguetis y arroz, latas de tomate triturado, sopas de sobre. Finalmente encontró dos paquetes de galletas y media tableta de chocolate. Después de haberse comido todas las galletas, sintió un poco de malestar, pero al menos había aplacado el hambre. Apagó la luz y abrió la puerta. Se asustó al ver

lo claro que estaba el día fuera.

En medio de aquel parque de caravanas había una pequeña piscina vallada y, al lado, una construcción abierta que era más bien una especie de refugio. Dentro encontró duchas, baños y lavabos. No había agua caliente, pero aun así se metió brevemente bajo una de las duchas. El agua fría lo refrescó, y a pesar de haber dormido poco durante la noche, se sintió muy despabilado. Se secó como pudo con una toalla llena de manchas que colgaba al lado de uno de los lavabos. A continuación, entró de nuevo en la caravana, se guardó el chocolate, recogió las cajas vacías de galletas y las arrojó a la basura. Ni siquiera se tomó el trabajo de echar el seguro otra vez a la puerta principal y salir por la ventanilla. Cuando los dueños volvieran por allí, se asombrarían quizá de que la puerta no estuviese cerrada y de que las galletas hubieran desaparecido, pero jamás se les ocurriría pensar que alguien había entrado a robarles.

Thomas continuó andando por la estrecha carretera por la que había venido el día anterior. Hasta llegar al aeródromo le habían resultado familiares todos los caminos, cada prado y cada fragmento de bosque. Pero fuera de su pequeño territorio en torno al pueblo, el mapa mental se iba volviendo cada vez más borroso, se componía únicamente de tramos de tren, carreteras principales y localidades próximas, entre los que iba aumentando el porcentaje de superficies en blanco.

Al final de la pista se estrechaba la franja de hierba entre el río y el bosque. A menos de cien metros había tres corzos paciendo entre la alta hierba. Thomas se detuvo. Los corzos alzaron las cabezas y miraron en su dirección. Aunque estaban muy lejos, Thomas notó que los animales lo habían descubierto. Por espacio de un segundo se mantuvieron en la misma posición, pero luego echaron a correr como al ralentí en dirección al bosque y desaparecieron entre los árboles. «En el bosque estaré más seguro—pensó Thomas—. Debo alejarme de la carretera». Aún no lo estarían buscando; probablemente Astrid ni siquiera habría notado su ausencia, pero no quería tropezarse con nadie que pudiera acordarse de él más tarde.

La noche anterior, en el momento de partir, se había dirigido instintivamente hacia el oeste. Sólo ahora reflexionaba por primera vez sobre qué camino tomar. Si continuaba por el valle, llegaría pronto a las proximidades de la ciudad, donde había demasiada luz, demasiada gente y apenas sitios donde ocultarse. Ni siquiera de noche estaría seguro en ellos. Tenía que poner rumbo al sur, a la región de colinas, a las montañas.

Tomó entonces un estrecho sendero de grava que se adentraba y ascendía por el bosque. Pero éste pronto describía un amplio arco que llevaba otra vez al pueblo. Thomas abandonó el sendero y atravesó el bosque en pendiente. Desde aquí arriba podía oír claramente el ruido del tráfico en la carretera comarcal, se oía mejor incluso que desde el aeródromo, emitía un rumor constante. Los pájaros se habían callado.

En lo alto de la colina, el bosque se acababa, y Thomas vio, en medio de los prados y los campos de cultivo, algunas granjas dispersas, sólidas edificaciones con grandes establos y silos imponentes. Algo más lejos había un pequeño pueblo compuesto únicamente por un par de casas y una iglesia; y detrás, en el horizonte, se veía una cadena de colinas boscosas. Thomas avanzó entre los estrechos surcos de un campo de maíz. Los tallos eran tan altos que su mero movimiento podría delatarlo. Luego sólo había campos abiertos, praderas con grandes frutales y bajos cultivos: trigo y remolacha. Para no llamar la atención, siguió los caminos entre los campos cultivados. Al ver que un tractor venía en su dirección, se detuvo y miró a su alrededor, buscando un sitio donde esconderse, pero no halló nada por ninguna parte. El tractor lo conducía un niño

poco mayor que su hija Ella. El crío lo saludó con un movimiento de cabeza, y Thomas le devolvió el saludo del modo más natural del que fue capaz.

Consiguió rodear el pueblo y llegar a un cruce de caminos en el que había una pequeña capilla y una gran cruz con un Mesías dorado. Descifró el versículo bíblico de la base: «¡Oh vosotros, cuantos por aquí pasáis: Mirad, y ved si hay dolor comparable a mi dolor!». La capilla estaba cerrada con llave, a través de las ventanas con barrotes podía verse un par de sencillos bancos de madera y un pequeño altar adornado con flores frescas. Thomas se sentó en uno de los escalones de piedra caliza de la entrada. Vio en el horizonte la colina junto a la cual habían erigido su pueblo. Había avanzado mucho menos de lo esperado. Lo más seguro era esconderse en algún sitio hasta que cayera la noche, pero tenía miedo de perderse en la oscuridad, y temía a los perros, mucho más impredecibles de noche que de día. Se orientó gracias al sol. Justo hacía poco le había enseñado a Konrad un viejo truco de explorador: «Apuntas la manecilla de las horas de tu reloj hacia el sol y, en la bisectriz del ángulo que ésta forme con la marca de la una, se encuentra el sur».

El terreno suavemente ondulado seguía ascendiendo, y pronto Thomas llegó otra vez a una zona boscosa. Al pie de ese bosque abundaban los frambuesos. Thomas comió un par de frutos. Se había levantado un viento fresco que sacudía las ramas y provocaba el rumor del follaje. Era un hayedo despejado y bien cuidado, los troncos lisos se alzaban como columnas en un amplio espacio cuyo techo verde se mecía de forma constante, proyectando dibujos luminosos sobre el suelo. Thomas se sentó sobre una pila de troncos colocados junto a un camino para explotación maderera. El frescor que había sentido al levantarse se había esfumado, se sentía cansado, exhausto, y ni siquiera conseguía pensar con claridad. Cuando oyó unos pasos, fue a refugiarse entre una espesura de abetos que parecía una ulceración en el cuerpo de aquel bosque. Se agachó y, a pocos metros de él, vio avanzar a una mujer a caballo. Tendría más o menos su edad, cabalgaba muy erguida sobre la silla, subiendo y bajando al compás de los pasos del animal. A través de las copas de los árboles, las manchas de luz caían sobre su esbelta figura. Por un momento le pareció que todo estaba en orden. Él era el único que estaba fuera de lugar allí, que perturbaba la serenidad y la armonía de la imagen. Se adentró más en la espesura, y cuando estuvo seguro de que ya no podrían verlo desde el camino, se acostó sobre el suelo blando, cubierto de agujas de abetos, a fin de descansar un poco. Se imaginó a Astrid encima de aquel caballo. De niña había practicado la equitación, y en sus álbumes de fotografías había algunas de esa época. Sobre la silla se mostraba segura y consciente de sí misma, como si estuviera justamente donde deseaba estar. De esa seguridad, de esa postura erguida se había enamorado Thomas hacía ya más de veinticinco años, aunque—o quizá precisamente por eso—siempre había sentido que Astrid sólo lograba mantenerla con mucho esfuerzo. Era en los momentos de inseguridad, en las crisis y las peleas—aunque también en los instantes de placer sexual—cuando él se sentía más cerca de ella; cuando sentía que su amor por su mujer era tan intenso como en los primeros meses de su relación. Entonces Thomas se preguntó cuánto tiempo sería ella capaz de mantener las apariencias antes de venirse abajo.

Los niños estaban sentados en el salón haciendo sus deberes. Astrid no había soportado sentarse a la mesa con ellos y había subido a la planta superior. Clasificó la ropa, dobló las prendas y las guardó en los armarios. Planchó las camisas de Thomas. Por un instante pensó que aquello ya carecía sentido, y tuvo la absurda impresión de que estaba precisamente borrando todo

rastró de su marido, lo cual le hizo sacudir la cabeza en un gesto de enfado. El calor del vapor, el olor de la ropa recién apilada la tranquilizaban. Todo estaba en orden. Se concentró en la labor: los cuellos, los hombros, la parte trasera, las mangas, los puños. Colgó luego las camisas planchadas en las perchas que pendían de la barra. Las prendas colgaban allí como clones inanimados de Thomas. Por un momento Astrid creyó haber oído el timbre de la puerta. Colocó la plancha sobre la tabla y permaneció a la escucha, pero reinaba el silencio en toda la casa. Llamó a los niños.

—¿Habéis acabado los deberes?

—¡Konrad me está molestando!—gritó Ella.

—¡Konrad, deja a Ella en paz!—le reconvino Astrid.

Oyó al niño subir la escalera y detenerse en la puerta.

—¿Has hecho tus deberes?

—Estoy aburrido. ¿Juegas conmigo?

—Ahora tengo que ponerme a cocinar—dijo Astrid—. Lee un poco.

—¿Dónde está papá?—preguntó Konrad.

—No vendrá—respondió Astrid—. Se ha marchado por un par de días.

Le asombraba que Konrad y todos los demás se tragaran sus torpes mentiras sin preguntar nada. Astrid parecía ser la única que percibía realmente la desaparición de Thomas. Al principio había sido una suerte de consuelo, pero cuanto más tiempo pasaba, más pánico sentía, llegando, en algunos momentos, a tener la sensación de estar volviéndose loca, de que todo se lo había imaginado, que Thomas jamás había vivido allí, jamás había existido.

Mientras preparaba la cena oyó las noticias de la noche. Todo estaba como siempre, la cabecera con la hora, la serena voz del presentador, las crisis que salpicaban el mundo, las intrigas de los políticos, las victorias y derrotas de los deportistas. Astrid puso la mesa y llamó a los niños, que estaban sentados delante del televisor y no acudieron hasta que ella profirió una vaga amenaza. Fue entonces cuando Ella, por fin, preguntó por su padre, y Astrid repitió la mentira que tan fácil le resultaba ya pronunciar, como si de tanto repetirla se hubiera vuelto más verosímil. Se estaba convirtiendo en la cómplice de Thomas y sentía como si de ese modo estuviera unida a él en una especie de conspiración secreta. Papá había tenido que marcharse por un par de días, había partido esa mañana muy temprano y por eso no había podido despedirse de ellos.

—¿Se ha llevado el coche?—preguntó Ella.

Astrid la miró perpleja, y luego dijo:

—No lo sé. Creo que no.

Después de acostar a los niños, Astrid se puso un jersey, un impermeable y fue hasta el garaje. El coche estaba allí. Se sentó entonces delante de la casa, en el banco en el que había estado sentada con Thomas sólo veinticuatro horas antes. Ya no llovía, pero la temperatura había caído diez grados respecto a la víspera; a través de los pantalones vaqueros sentía la humedad de la madera. Intentó recordar qué había sucedido exactamente. Habían estado leyendo el periódico, ella había hojeado la sección cultural; Thomas, la parte económica. Konrad la había llamado y ella había entrado en la casa para tranquilizarlo. El niño le había hecho una de aquellas preguntas que sólo servían para postergar el momento de dormirse. Había hablado brevemente con él y le había dado otro beso de buenas noches. Entonces se había puesto a deshacer las maletas. Estaba

arrodillada en el suelo. Cuando se levantó, sintió un mareo y se dio cuenta de lo terriblemente cansada que estaba. Llevó al sótano la ropa sucia, se metió en el cuarto de baño, se cepilló los dientes a toda prisa y se desvistió. Fue hasta el dormitorio en ropa interior, cogió un camisón de dormir del armario. Era como si el olor fresco de la ropa aumentara su cansancio. Sólo cuando estuvo tumbada en la cama recordó que no le había dado las buenas noches a Thomas, pero éste, seguramente, vendría pronto a acostarse. Era el último pensamiento que podía recordar. Ni siquiera recordaba si Thomas había estado en la cama esa noche. Tras levantarse, había sacudido el edredón de inmediato, como hacía todos los días. Más tarde encontró el periódico y las dos copas delante de la casa y lo llevó todo dentro, vació el resto de vino, en el que se habían ahogado un par de moscas de la fruta, lavó las copas, echó una rápida ojeada a las partes del periódico que no había leído la noche anterior y luego colocó las páginas, con el resto, en la pila de papel para reciclar.

Astrid se puso de pie y fue hasta la entrada del jardín. Allí, sin abrir la puerta, miró a un lado y al otro de la calle. Aunque aún no había oscurecido, no se veía a nadie. En la mayoría de las casas vivía gente mayor a la que conocía sólo de vista. Pensó en salir en busca de Thomas, pero no podía dejar a los niños solos, mucho menos ahora. Estuvo un buen rato junto a la puerta del jardín indecisa, hasta que entró de nuevo en la casa. Levantó el teléfono, vaciló, marcó el número de la policía, pero colgó de nuevo. ¿Qué podría hacer la policía ahora, en plena noche? Llamaría mañana bien temprano. La idea de hablar con alguien acerca de la desaparición de Thomas la tranquilizaba. No obstante, permaneció largo tiempo tumbada en la cama sin poder dormir.

Thomas se sintió como anestesiado cuando despertó. No eran más que las cuatro, aunque tenía la sensación de haber dormido más. El bosquecillo de abetos era el escondite perfecto, no cabía duda de que nadie había estado allí en años. Pero de nada servía esconderse. No podría permanecer mucho más tiempo en el bosque; aún no tenía hambre, pero la sed lo torturaba. Thomas se puso de pie, se sacudió las agujas de abeto de la ropa y abandonó el bosque.

El paisaje parecía ahora más vasto, los campos y los fragmentos de bosque eran más grandes, las casas de labranza ya no estaban tan dispersas, formaban pequeños poblados. Por primera vez tenía una vista amplia, veía a lo lejos unas cadenas de colinas y, detrás de ellas, entre la bruma, las siluetas de las altas montañas. En el cielo se habían levantado unas nubes oscuras, y Thomas se apresuró a reanudar la marcha. Todos los caminos lo conducían ahora cuesta abajo, de modo que avanzaba con mayor rapidez. No se atrevió a llegar a la carretera, y tomó por caminos rurales que lo llevaban adelante en zigzag, obligándolo a dar infinidad de rodeos. Temía aún que pudieran descubrirlo, estaba a apenas quince minutos en coche de su casa y tenía varios clientes en esta zona, gente que, sin duda, lo abordaría si se lo encontrase por allí. Gente que detendría su coche junto a él para preguntarle adónde se dirigía a pie y si quería que lo llevaran. Más tarde se acordarían del lugar donde lo vieron y lo que había dicho.

Entonces empezó a llover. La lluvia fue arreciando gradualmente, y cuando Thomas empezó a buscar un sitio donde refugiarse, ya estaba empapado. No llevaba chaqueta, sólo el delgado jersey de lana con el que había salido de casa la noche anterior. El pelo se le adhería al cráneo, temblaba de frío. Temió resfriarse. Continuó andando a través del ondulado paisaje hasta llegar a un bosque enorme. Los árboles, no obstante, apenas le ofrecían protección contra aquella lluvia, de modo que no se detuvo allí por mucho tiempo. Cuando salió del bosque, vio abajo un pueblo algo más grande que aquellos por los que había pasado hasta ahora. En torno a la iglesia, situada en el

centro, se agrupaban varias antiguas casas de entramado, pero en los límites del pueblo había pequeños edificios comerciales y bloques de pisos. Una vertiente de la colina estaba totalmente urbanizada con casas unifamiliares de aspecto estéril, todas iguales. En un extremo de la urbanización había un gran edificio de techo a dos aguas con aspecto de hotel que parecía estar deshabitado. Todas las persianas estaban bajadas, y el aparcamiento detrás del edificio, vacío. Un alto seto bordeaba el terreno. Thomas pensó que tal vez podría acomodarse en aquel sitio hasta que la lluvia cesara y oscureciera. En cualquier caso, sería fácil llegar hasta allí sin ser visto y luego desaparecer de nuevo si resultaba que había alguien.

Bajó la pendiente por un camino empinado y, en el punto donde éste doblaba hacia el pueblo, atravesó un césped recién cortado. El seto de la parte trasera del edificio estaba descuidado y tenía algunos claros. En el terreno asfaltado que rodeaba el edificio había una vieja caravana. Una rampa conducía hacia abajo, a las dos puertas del garaje, y una estrecha escalera subía hasta una entrada trasera poco llamativa. A Thomas le sorprendió la maciza puerta metálica con mirilla que parecía haber sido integrada en la pared hacía poco. Pero el edificio transmitía un gran aire de abandono y, sin que pudiera decir por qué, Thomas estuvo seguro de que allí no vivía nadie. El techo no tenía un alero demasiado ancho, pero al menos protegía algo de la lluvia, que ahora caía de manera constante. Thomas se sentó en el escalón más alto y sacó sus cigarrillos. El paquete estaba húmedo, los filtros se habían impregnado de agua que se le metía en la boca al inhalar y tenía un sabor amargo. Thomas se levantó y arrojó en el cenicero instalado junto a la puerta el cigarrillo a medio fumar.

Permaneció un buen rato sentado en la escalera sin decidir qué hacer. Oía el rumor de la lluvia, los coches que pasaban por la calle principal frente al edificio, el siseo de los neumáticos sobre el pavimento mojado y la campana de la iglesia del pueblo dando los toques del cuarto y la media hora. Recordó la lluvia de su infancia, la de la época de su servicio militar, la de los días de vacaciones en las montañas, y sintió como si todas esas lluvias se volvieran una sola, un estado fuera del tiempo. Estaba cansado, sólo el frío y la inhóspita escalera de hormigón en la que estaba sentado le impedían dar cabezadas.

El breve estruendo que se produjo justo encima de su cabeza le hizo estremecerse. Asustado, miró hacia arriba. La puerta se había abierto, y en el hueco apareció una chica con una corta minifalda de cuero, medias de rejilla y un top de color amarillo chillón que le dejaba a la vista la barriga; la chica se mostró casi tan asustada como él, sólo que ella se repuso de inmediato.

—¿Hola?—dijo. Su voz sonaba artificial, como si de inmediato hubiese adoptado un papel bien estudiado—. ¿A quién tenemos por aquí?—dijo, encendiendo un cigarrillo que fumó con rapidez y con manos que temblaban nerviosamente. Tras darle algunas caladas, aplastó el cigarrillo en el cenicero y le preguntó—: ¿No te apetece entrar conmigo? Dentro se está más cómodo.

Sin pensarlo dos veces, Thomas se levantó y siguió a la mujer dentro del edificio.

Ella lo condujo a través de un pasillo iluminado de rojo y lo llevó hasta un gran salón lleno de sillones, algunas mesas y la barra de un bar. Había un televisor fijado al techo. En la pantalla podía verse a una pareja joven que discutía por algún motivo, pero el volumen estaba tan bajo que Thomas no entendió de qué hablaban. Delante de una de las pequeñas mesas había dos chicas tejiendo: una llevaba un albornoz y la otra un vestido de tubo tan corto que debajo podían verse las bragas. Las dos levantaron la vista sólo brevemente y siguieron charlando en un idioma que Thomas no entendió ni pudo identificar. Su acompañante se había metido detrás de la barra.

—¿Te apetece beber algo? ¿Una copa de champán, una cerveza?

—¿Hay café?—preguntó Thomas, y se sentó en el bar.

—Claro que sí—respondió la chica, que tomó un termo, sirvió dos tazas y las colocó sobre el mostrador. Luego rodeó la barra y se sentó en el taburete junto a Thomas—. Me llamo Amanda y soy de Hungría—dijo, con un ligero acento.

—Estaba dando una caminata y me sorprendió la lluvia—dijo Thomas.

—En realidad, no abrimos hasta las seis—dijo Amanda—, pero haré una excepción por ti.

—Sólo quería descansar un poco—dijo Thomas—, y esperar a que se me secara la ropa.

Como si respondiese a una orden, Amanda se puso de pie, caminó hasta donde estaban las demás mujeres y se sentó junto a ellas. La del vestido de tubo se acercó a Thomas y se sentó a su lado. Era rubia, y tenía una cara muy bonita y juvenil.

—Yo soy Milena, vengo de Rumanía—dijo—; ¿y tú, de dónde eres?

Su acento era más fuerte que el de la otra chica. Thomas hizo un vago gesto con la mano y preguntó:

—¿Te gusta Suiza?

—Llevo sólo un mes aquí—respondió Milena—; antes trabajé en un club en Interlaken.

—Interlaken es un sitio bonito—dijo Thomas—. Entre los lagos.

Guardaron silencio durante un rato. Milena le dedicó una sonrisa a Thomas y le guiñó un ojo.

—¿Es la primera vez que vienes por aquí? ¿Quieres que te enseñe la casa?—Sin esperar respuesta, Milena se puso de pie y lo condujo de vuelta hacia el pasillo por el que había entrado. Abrió la puerta a una habitación en cuyo centro había una gran bañera.

—Ése es nuestro *jacuzzi*—dijo la joven—; puedes disfrutar de él como mínimo una hora, con una chica o con dos.

—Qué bien—dijo Thomas, cohibido.

—Te mostraré mi cuarto—dijo Milena, y subió una estrecha escalera. Él la siguió como si no tuviera otra opción—. Media hora cuesta ciento cincuenta, la hora sale a trescientos francos; el sexo anal, otros cien. Tenemos una tarjeta de descuentos para abonados. Si reservas seis veces media hora, tienes derecho a un polvete gratis.

Thomas no había estado jamás en un burdel, y le asombró la naturalidad con la que Milena le explicaba la lista de precios. Aquel tono meramente comercial tenía un atractivo singular; no obstante, repitió que sólo quería descansar un poco. Milena se dio la vuelta, estaba dos escalones más arriba que él. Bajo la delgada tela de su vestido se marcaban los pezones. La joven le puso una mano en el hombro y empezó a contonear las caderas lentamente.

—Estás empapado—le dijo ella, sonriente—. Deberías quitarte esa ropa. Yo puedo darte un masaje. Soy buena. Una hora cuesta ciento ochenta francos, pero no incluye el coito. —La joven tomó a Thomas de la mano y lo atrajo escaleras arriba—. ¿Tienes miedo de mí? No muerdo.

El desayuno sin Thomas fue esta vez algo casi rutinario, pero en cuanto los niños salieron de casa, Astrid se puso a recorrer sin descanso las habitaciones, cogiendo algún que otro objeto y dejándolo de nuevo donde estaba. En las habitaciones de los niños, recogió algunos juguetes. Luego se sentó en el pequeño escritorio de Ella y contempló, perdida en sus pensamientos, el batiburrillo de cosas dispersas sobre él: revistas para niñas, una videoconsola, un par de monedas, figuritas de plástico, rotuladores fosforescentes, las huellas de una vida apenas

contorneada y que, quizá por ello mismo, necesitaba de esos asideros materiales. Astrid se preguntó entonces a qué cosas podía aferrarse ella misma. ¿A los vestidos, los zapatos? ¿A las pocas joyas que poseía? ¿A los álbumes con sus fotos de niña? En alguna parte de la buhardilla había todavía una caja de cartón con viejos objetos, cuadernos escolares, dibujos y otros chismes que había conservado por desidia. Tales objetos, sin embargo, ya no significaban nada para ella cuando, en ocasiones, tropezaba con ellos; le resultaban mucho menos familiares que las propias pertenencias de sus hijos. En más de una ocasión había estado a punto de tirarlos.

Ayer por la noche Astrid había decidido, en firme, ir a la policía, pero ahora tenía miedo de que ese paso convirtiera la desaparición de Thomas en algo definitivo, en un hecho registrado de forma oficial por las autoridades, algo que ya formaría parte de su vida para siempre. Sus dudas tenían otro motivo que ella apenas deseaba admitir, aunque ejercía un efecto casi mayor que el propio miedo. Se avergonzaba. La verían acudir a la comisaría, y aunque nadie supiera los motivos que la llevaban hasta allí, éstos, a más tardar, saldrían a la luz cuando el periódico publicara un anuncio sobre la persona desaparecida: «Abandonó su domicilio en plena noche y nadie ha vuelto a verlo. A todas las personas que puedan aportar algún dato sobre el paradero del desaparecido se les ruega que se pongan en contacto con la policía cantonal». Entonces todos sabrían que Thomas se había marchado, que los había abandonado a ella y a los niños, y la gente se dejaría la lengua especulando. Al mismo tiempo, todos le darían la espalda, inmiscuyéndose en su vida con sus reflexiones, con sus preguntas no formuladas.

Eran casi las once cuando por fin se armó de valor. Ya en la calle, le pareció que fallaba la fuerza de gravedad, que su cuerpo era extremadamente ligero y podría alzar el vuelo a cada paso. La alegraba no haberse encontrado hasta ahora con nadie del vecindario. Cerca de la estación había varias personas: dos mujeres habían dejado en el suelo sus bolsas de la compra y se habían puesto a charlar; en los bancos había un par de adolescentes fumando, y junto al quiosco, un señor mayor rellenaba un boleto de lotería. Los rostros de aquellas personas le parecieron extrañamente deformes, como caricaturas. Astrid ya no formaba parte de ese mundo cotidiano en el que se había movido con total naturalidad hasta ayer. Llevaba un estigma, aunque nadie lo supiera.

Antes la comisaría había estado en una calle lateral poco animada, pero desde hacía un par de años la habían trasladado a un edificio de nueva construcción cercano a la estación, justo al lado de una panadería con cafetería. Astrid miró a su alrededor, temerosa, antes de entrar. No había nadie en la ventanilla. Se sentó en una de las sillas y se levantó de inmediato. De la pared colgaba un cartel: «Consejo n.º 5 contra ladrones: No irse nunca de vacaciones». En una estantería había varios folletos informativos sobre acoso cibernético, vacaciones en el extranjero, sistemas de alarma y tenencia de armas. Finalmente, una mujer apareció detrás de la ventanilla: era algo mayor que Astrid e irradiaba una amabilidad serena. Astrid le dijo que deseaba denunciar la desaparición de una persona. La agente le hizo dos o tres preguntas y llamó a un colega. «Mi nombre es Ruf», se presentó el policía. A Astrid le pareció demasiado joven, su rostro tenía un aspecto suave y algo amorfo, como de bebé. Ella hubiese preferido hablar con alguno de esos viejos comisarios hoscos que salían en la tele, hombres con los rostros marcados por sus experiencias vitales, que no pestañeaban cuando les describían los detalles de un caso truculento. El policía le dio la mano y la condujo a través de un estrecho pasillo hasta una pequeña sala de interrogatorios pintada de amarillo. Astrid repitió que deseaba denunciar la desaparición de una persona.

—Discúlpeme un momento—dijo el policía—. Regreso enseguida.

La sala estaba vacía, salvo por dos sillas y una mesa sobre la que había un ordenador y una impresora. Las paredes estaban desprovistas de toda decoración. A través de la ventana se veía un patio interior diminuto. Las laminillas de las persianas parecían barrotes.

El policía regresó con una pila de hojas y se sentó frente a Astrid.

—Bueno, cuénteme.

Astrid le dijo que su marido había desaparecido dos noches atrás, que no tenía idea de dónde podía estar.

—Casi todos los desaparecidos reaparecen al cabo de un par de días—explicó el policía con voz tranquila—; pero, en todo caso, le tomaremos sus datos para introducirlos en el sistema de búsqueda. —El policía puso cara seria, casi triste, y miró al formulario como si lo viera por primera vez. Entonces empezó a hacer preguntas, con voz algo distraída. Tomó los datos personales de Astrid y de Thomas, anotó la hora y el lugar de la desaparición. Preguntó algo en torno a la situación familiar y a los hijos que tenían en común, quiso saber cuál era la profesión de Thomas, su cargo, su estado de salud y sus rasgos físicos distintivos—. ¿Tiene algún tatuaje? ¿Un *piercing*?

—No—respondió Astrid, y casi tuvo que reír al imaginarse a Thomas con un tatuaje.

—¿Lleva barba o bigote?

Ella negó con la cabeza.

—Ningún rasgo distintivo especial. ¿Qué llevaba puesto?

Astrid intentó imaginarse a Thomas, pero era como si su imagen se volviera menos nítida cuanto más se concentraba en ella.

—Un pantalón beige, una camisa (¿De qué color era? ¿Blanca, azul?). Y un jersey gris.

—¿Llevaba gafas?

Astrid se mostró perpleja y tuvo que detenerse a reflexionar.

—No—respondió entonces—. Thomas nunca ha llevado gafas.

Astrid no pudo decir con qué medios de transporte se estaría moviendo por ahí, sólo que el coche y su bicicleta estaban en casa. Tampoco sabía lo que llevaba encima. ¿Dinero? Seguramente. Llevaba siempre su carnet de identidad en la billetera, y también las tarjetas de crédito. Las llaves. Probablemente cigarrillos, un mechero, un pañuelo. No, nada de armas, eso seguro. Le parecía como si Thomas se fuese inmovilizando a medida que lo describía, convirtiéndose en una foto fija, la imagen rígida de un muerto.

El policía alzó la vista del formulario y miró a Astrid a los ojos. Hizo una breve pausa, como si iniciara un nuevo capítulo en aquella conversación, y dijo entonces, con una voz que, repentinamente, se hacía muy presente:

—Lo siento, pero tengo que preguntárselo: ¿cree que su esposo podría intentar contra sí mismo?

Astrid negó con la cabeza.

—De ningún modo. Jamás haría eso—respondió ella, algo irritada.

—¿Tiene problemas de dinero o algún otro tipo de dificultad o preocupación?

—No.

—¿Han tenido ustedes alguna pelea en los últimos días?

—Acabamos de regresar de las vacaciones—dijo ella, como si con ello respondiese a la pregunta—. Estuvimos en España. En el mar. Fue todo estupendo. No tuvimos pelea alguna. Al

contrario. No tengo ni idea de por qué ha desaparecido. —Astrid guardó silencio un momento y añadió, como si ella misma se asombrara—: En realidad, nunca hemos discutido.

El policía, como si no hubiera oído su respuesta, le preguntó si tenían una casa de veraneo o algún piso para pasar las vacaciones; cuando ella lo negó, el hombre quiso saber si tenía consigo alguna foto reciente de su marido. Ni siquiera en eso había pensado Astrid.

—Me gustaría echar una ojeada en su casa, si usted lo autoriza—dijo el policía—. Se da a veces el caso de personas que se esconden dentro de sus propias viviendas. Allí podría darme una foto.

El policía tuvo que haber notado el modo en que Astrid vaciló cuando le sostuvo la puerta del coche patrulla.

—Podemos usar el otro coche, que llama menos la atención.

Astrid le dio la dirección y fue guiándolo durante todo el viaje, aunque el agente no pareció tener problema alguno en encontrar la casa. Aparcó el coche en la calle y bajó.

—Es bonito esto—le dijo mientras Astrid caminaba delante de él a lo largo del sendero del jardín en dirección a la vivienda.

—Aún no he descargado al ordenador las fotos de las vacaciones—dijo ella y entró en el salón.

El policía se quedó de pie en el recibidor y le preguntó si le daba permiso para echar una ojeada por toda la casa.

—¿Me quito los zapatos?

—No—respondió Astrid, que no podía imaginar que un policía en calcetines pudiera resolver nada.

Sacó entonces la tarjeta de memoria de la cámara y descargó las fotos en el portátil familiar que, sobre todo, usaban los niños para jugar. Examinó cada una de las fotos, pero en casi todas aparecían únicamente Ella y Konrad. En una se veía a Thomas y a Konrad de espaldas, corriendo hacia el mar; en otra, la que habían tomado a una enorme paella en un restaurante, se veía sólo la parte inferior de la cara de Thomas, una media sonrisa que tenía algo de inquietante. Miró las fotos de las vacaciones de invierno, cuando fueron a esquiar, las de las Navidades, las del verano anterior, pero tampoco entre ellas había ninguna en la que pudiera verse claramente a Thomas. Tal vez evitara deliberadamente que le tomaran fotografías, dejar algún rastro de la vida de ambos, pruebas que ella pudiera usar más tarde en su contra.

Finalmente, entre las fotografías de un paseo de domingo, Astrid encontró una que tenía que haber hecho alguno de los niños. No era una imagen del todo nítida, pero Thomas aparecía muy natural y vivaracho. Sonreía, y parecía como si acabara de decir algo y esperase una respuesta. Astrid la imprimió en la pequeña impresora para fotos que Thomas le había regalado por Navidad, después de que ella se quejara de que las fotos seguían almacenadas en el ordenador y no las veían nunca.

Oyó entonces al policía bajando la escalera y salió al recibidor.

—Al sótano, ¿se baja por aquí?—preguntó el agente, señalando hacia la puerta—. Quédese usted aquí—dijo cuando Astrid se dispuso a acompañarlo.

Y de repente ella comprendió lo que buscaba el policía. En realidad, no creía que Thomas se hubiera escondido dentro de la casa, lo que temía era que se hubiera matado, que se hubiera ahorcado en el sótano o en la buhardilla. Se estremeció sólo de imaginarlo y, aunque estaba segura

de que Thomas jamás haría algo así, esperó con el corazón en un puño el regreso del policía, quien, aparentemente aliviado, hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Nada—dijo.

El agente ni siquiera quiso tomar un café, sólo aceptó un vaso de agua que ni siquiera tocó. A continuación, examinó la fotografía.

—Preferiría que me hiciera llegar una copia digital—dijo el policía, y le dio una dirección de correo electrónico a la que podía enviarla.

—La foto, ¿aparecerá en el periódico?—preguntó Astrid. La pregunta la avergonzaba, pero tenía que hacerla.

—No—le respondió el policía—. Su esposo sólo quedará registrado en nuestra base de datos para que podamos rastrearlo. Dondequiera que muestre su identificación, en alguna frontera o en un control de tráfico, los colegas le harán saber que lo están buscando. Si él diera su consentimiento, entonces podríamos comunicarle a usted el lugar en el que se encuentra.

—¿Eso es todo?—preguntó Astrid.

—Una persona adulta está en todo su derecho de ocultarse—le dijo el policía—. Si hubiese algún indicio de delito o de peligro para su propia vida, podríamos entonces iniciar una búsqueda con la unidad canina. Pero pasadas treinta y seis horas la cosa ya no resulta tan sencilla.

—¿Y los niños?—preguntó Astrid—. ¿Qué les digo a los niños?

—Como le he dicho, la mayoría de las personas desaparecidas reaparecen al cabo de un par de días—respondió el agente, levantándose.

Ahora sí que se bebió el agua, vaciando el vaso de un solo trago.

—Me llamo Ruf—dijo, y le entregó a Astrid una tarjeta, después de haberle estrechado la mano y de que ella sólo mascullara alguna cosa—. Puede comunicarse con nosotros cuando lo desee.

—¿Con usted directamente?—preguntó ella.

—Si estoy de servicio—respondió el policía, que le quitó la tarjeta de nuevo de las manos y le escribió en el reverso su número de móvil—. Esto, para cualquier emergencia—dijo.

Cuando el agente se hubo marchado, Astrid lloró por primera vez. Estaba sentada a la mesa sobre la cual yacía todavía la foto de Thomas, y lloró: lo hizo primero muy bajito; luego, a moco tendido. El cuerpo se le sacudía con fuerza. Sólo poco a poco fueron disminuyendo los sollozos, que empezaron a llegar a intervalos mayores. Cuando por fin se hubo tranquilizado del todo, entró en el cuarto de baño y se lavó la cara con agua fría. La foto impresa de Thomas la guardó en un cajón.

Thomas estaba sentado en el rincón más oscuro del bar. Poco a poco el salón había ido llenándose. Media docena de hombres estaban de pie o sentados por allí, charlando con las chicas, o bien desaparecían con ellas por el pasillo rojo, para reaparecer al cabo de media hora. También había una pareja. La mujer era de una belleza casi impoluta y parecía estar fuera de lugar en aquel sitio. Tenía el pelo oscuro y la piel muy clara, llevaba una falda vaquera muy corta y una blusa blanca holgada. Estaba al lado de un hombre que no le prestaba atención mientras negociaba con una prostituta. Thomas no fue capaz de interpretar la expresión facial de la mujer, que parecía asustada y atenta al mismo tiempo. Cuando, poco después, siguió a la prostituta y al hombre fuera del salón, miró hacia atrás, como si viera el bar por última vez y quisiera grabárselo todo muy

bien para luego recordarlo. Thomas bajó la cabeza y cerró los ojos. La música estaba muy alta y era tan monótona que pronto se olvidó de ella. Fue a buscar otra cerveza al bar, aunque ya no tenía suficiente dinero en efectivo. Tendría que pagar con la tarjeta. Sin embargo, hasta un niño sabía que, si uno pretendía ocultarse, jamás debía usar las tarjetas. Tarde o temprano Astrid acudiría a la policía, y lo más seguro era que allí le preguntaran acerca de los movimientos recientes en las cuentas bancarias tras la desaparición de su marido. La idea le dio una sensación de seguridad. Se imaginó tumbado en la cama junto a Astrid, sin tocarse, pero sintiendo el calor y la pesadez de su cuerpo, como si ambos fueran dos estrellas que, unidas por la fuerza de gravedad, orbitaban la una alrededor de la otra sin aproximarse nunca.

Thomas sintió una sacudida en el hombro, y por un momento no pareció existir otro movimiento que ése, un movimiento suave que se fue expandiendo por oleadas hasta abarcar todo su cuerpo. Cuando abrió los ojos, un hombre joven estaba de pie delante de su mesa. Tenía el pelo negro y muy rizado, y en la cara una amplia sonrisa de desprecio.

—¿Cansado?—preguntó.

—Un poco—respondió Thomas.

Seguramente se había dormido, el bar estaba casi vacío.

—Entonces mejor te vas a casa—le dijo el hombre—, y vuelves cuando hayas descansado.

Aunque la voz del hombre no era hostil, aquello le sonó como una orden. Thomas fue hasta el bar y pagó con la tarjeta. Sólo había bebido dos botellas de cerveza, pero así y todo se tambaleó un poco. Cuando se dio la vuelta de nuevo, vio que el joven no le quitaba ojo. Al llegar a la antesala, vaciló un momento, luego cogió la primera chaqueta que vio en el ropero, un impermeable de color verde oscuro, encerado, y abandonó rápidamente el local. Sólo entonces echó una ojeada al reloj: era poco más de la una. La lluvia había cesado, pero la calle estaba mojada aún. En las casas del pueblo ya no había ninguna luz encendida, sólo un par de farolas difundían sobre la calle una luz opaca. Thomas caminó a lo largo de la calle principal y, muy pronto, dejó atrás el pueblo. Tras haber andado un par de cientos de metros se detuvo y examinó los bolsillos de la chaqueta que se había llevado del prostíbulo. Encontró un mechero y un bolígrafo, una bolsita con caramelos de hierbas, un par de recibos y algunas monedas, una agenda y el estuche vacío de unas gafas. Se quedó con la agenda, el bolígrafo, la calderilla y el mechero y arrojó lejos las otras cosas.

Pasada una media hora, llegó a una carretera más ancha. Ahora sabía dónde estaba. Cuando cruzara la pequeña población en cuyo borde se encontraba en ese momento llegaría a una zona de bosques muy poco habitada en la que estaría a resguardo. De vez en cuando pasaba un coche que subía o bajaba por la carretera, pero en aquel silencio Thomas oía los ruidos de los motores con la suficiente antelación para ocultarse tras algún seto o tras la esquina de alguna casa.

Siguió aquella calle hasta llegar al centro del pueblo, donde había una pequeña zona peatonal. Caminó por la calle de las tiendas en busca de algo comestible. Algún tiempo atrás había leído un artículo en el periódico sobre gente que se alimentaba de los contenedores de basura de los supermercados, pero aquí sólo había tiendas de ropa y de zapatos, una joyería, una tienda de artículos deportivos y una pastelería. Cuando, por fin, encontró un supermercado, el nicho con la rampa de descarga, donde se encontraban los contenedores, estaba protegido por una reja, como la entrada a una fortaleza.

Aquella población muerta tenía cierta atmósfera fantasmal. Era como si sus habitantes hubieran partido igual que él, dejando atrás todo y a todos. Recordó entonces un libro que había

leído de niño y no había olvidado jamás. En él, casi todos los habitantes del planeta se habían convertido en piedra, sólo había sobrevivido un grupo de niños que viajaba en un dirigible alrededor de la tierra. En un momento dado se encontraban con otros sobrevivientes con los que luchaban a vida o muerte. Thomas recordaba aún cuánto lo había decepcionado aquel final. Si por él hubiese sido, el viaje por aquel mundo sin seres humanos habría podido continuar eternamente.

Cerca de la estación había una máquina expendedora en la que Thomas compró unas barritas de chocolate, bolsas de patatas fritas y refrescos, hasta agotar las monedas. Envolvió las cosas en su jersey y anudó las mangas formando un hatillo. Junto a la máquina expendedora había un panel de información con un mapa de la ciudad y otro mapa con rutas para excursionistas. Memorizó lo mejor que pudo el camino que deseaba tomar.

La calle lo condujo fuera de la ciudad por un polígono industrial, atravesando prados y campos y cruzando dos pequeños pueblos que habían crecido casi hasta unirse. A Thomas le dolían los pies, pero continuó andando. El valle se estrechaba, y al cabo de un rato llegó hasta un grupo de edificios: una clínica psiquiátrica que sólo conocía de nombre. También allí estaba todo en silencio y oscuro. En medio de los edificios, junto a un pequeño pabellón, brillaba una farola solitaria. Allí tenían un plano de las instalaciones en el que se indicaban los pabellones, los talleres y los dormitorios. Todos los caminos, sin embargo, acababan abruptamente en el borde del plano, como si la clínica se hallase en una isla de la que nadie podía salir. Thomas recordaba la ruta que había memorizado en aquel mapa para excursionistas y atravesó los terrenos de la clínica, trepando la cuesta en dirección a un bosque, aunque un cartel indicaba que aquel camino era un callejón sin salida. Al pasar junto a un edificio de varias plantas vio luz en una ventana de la planta baja. Una mujer estaba sentada delante de un ordenador, probablemente la encargada de la guardia nocturna. Tenía la cabeza baja, tal vez estuviera leyendo, viajando por otro mundo. Cuando Thomas conoció a Astrid en la librería, ella empezó a recomendarle libros que leyó para congraciarse con ella, pero sin llegar a convertirse jamás en un buen lector. Los universos artificiales de los libros nunca cobraron vida para él. En general, cuanto más viejo se hacía, menor era su necesidad de hallar entretenimiento o distracción.

Junto a la linde del bosque la carretera asfaltada se convertía en un camino tan ancho que era posible distinguirlo en aquella oscuridad. A Thomas le parecía estar entrando en otro espacio. Se oía un rumor de agua que se fue haciendo más intenso antes de atenuarse a medida que el camino ascendía. A veces se oía un crujido, pero, fuera de eso, todo era silencio. En medio del bosque reconoció los contornos de un voluminoso edificio de hormigón, probablemente un polvorín del Ejército. El terreno se allanaba cada vez más. Thomas se alegró de salir del bosque, tenía la sensación de haber escapado a un peligro. Desde hacía rato oía los cencerros de unas vacas. Ahora los animales estaban muy cerca, y vio las oscuras siluetas de las reses en el prado. Entonces los sonidos de los cencerros se aproximaron: las vacas debieron notar su presencia y llegaban corriendo, pegando frenéticos saltos. Separadas de él únicamente por la cerca electrificada, corrieron a su lado, acompañándolo hasta el final del prado. Thomas tuvo miedo de que el ruido de los cencerros despertara al campesino, pero cuando pasó junto a la granja vio que no había ni una sola luz encendida. Ni siquiera se oyó el ladrido de un perro.

Ahora le resultaba mucho más fácil caminar, pero los pies aún le dolían. El sendero conducía hacia abajo en una ligera pendiente, discurriendo entre prados cercados y ascendiendo luego otra vez hacia una loma. Thomas decidió detenerse a descansar un poco allí. La hierba había sido cortada casi a ras, pero aún estaba húmeda por la lluvia, o quizá ya por el rocío. Sentía cómo la

humedad penetraba a través de sus mocasines. En el punto más alto había un grupo de árboles, y fue a sentarse allí, sobre la hierba, para luego mirar a su alrededor. El cielo estaba despejado, había en él una nutrida reunión de estrellas. En algún lugar, a lo lejos, titilaban las luces. Sólo cuando Thomas vio en el horizonte los picos de los altos montes pudo orientarse un poco. Se comió dos bolsas de patatas y una barrita de chocolate. La comida se fundió en su boca creando una papilla repugnante. La tragó con una coca-cola. Luego juntó cuidadosamente los envoltorios de plástico y los metió, junto con la botella vacía, en el hatillo con las restantes provisiones.

La luna se alzaba hacia el este: era un disco sucio de color naranja que parecía muy próximo. Cuanto más se elevaba en el cielo, más parecía achicarse. Al mismo tiempo, su luz ganaba en intensidad, y pronto una pátina lechosa cubrió todo el paisaje. Thomas estaba demasiado cansado como para continuar la marcha. Se tumbó sobre la hierba y se acurrucó como un niño pequeño. No hacía frío, pero la humedad se le colaba bajo la ropa. Pensó en su casa, en Astrid, en los niños que dormían y que ahora parecían tan distantes, como si él hubiera partido varias semanas atrás.

Los niños llegaron de la escuela poco después de las cuatro: primero Ella, y algo más tarde, Konrad, que siempre se rezagaba durante el camino de regreso a casa. La niña ya estaba sentada a la mesa del salón haciendo sus deberes cuando Konrad entró en la cocina y abrazó a su madre sin decir palabra. A Astrid le gustaban esos momentos en los que se mostraba tan mimoso, como un niño pequeño. No obstante, se deshizo del abrazo y le preguntó si tenía deberes.

—Lo que tengo es hambre.

—Pues come una manzana—le dijo la madre y gritó hacia el salón—: Ella, ¿te apetece también una manzana?

Astrid cortó dos manzanas en trozos, los repartió en dos platos, le entregó uno a Konrad y le llevó el otro a Ella. Miró por encima del hombro de la niña y leyó las primeras frases del texto que había escrito en su cuaderno. «Lo que hice en las vacaciones», rezaba el título, pero Ella sólo escribía sobre los perros callejeros que había visto merodeando por la playa. Uno de esos perros se había mostrado muy tierno y mimoso. «No sé de qué raza era. Mi padre dijo que era un *vastardo*, que son los mejores perros, porque están mezclados. Yo quise llevármelo a casa, pero mi madre dijo que no era posible pasar a los perros por la frontera».

Astrid pensó que era una de aquellas mentiras piadosas que ella les servía a los niños todos los días. Durante el almuerzo les había dicho que Thomas iba a comer con un cliente, y los niños no preguntaron nada más, como si no hubiesen notado que las explicaciones de su madre se contradecían. En general, se habían mostrado insólitamente taciturnos, casi intimidados. Astrid cogió un trozo de manzana del plato de Ella y se lo metió en la boca.

—¡Eh!—exclamó Ella—. Ésos son los míos.

—*Bastardo* se escribe con b—le dijo Astrid.

Mientras preparaba la cena, pensó que no podría seguir engañando a los niños con explicaciones falsas. Pero ¿qué les iba a decir? ¿Que su papá había desaparecido? ¿Y qué si no? Ella misma no sabía qué había ocurrido. Lo que estaba claro es que no le había ocurrido nada grave. Tenía que marcharse, sencillamente, largarse de una vez. Tal vez ésa fuera la verdadera explicación. Thomas no tenía una amante, no había malversado dinero, no tenía deudas que no pudiera pagar. No había atentado contra sí mismo. Sencillamente, se había marchado. Tal necesidad ni siquiera le era ajena a ella misma. Cuando Ella era bebé y tuvo aquella crisis de cólicos que le impedía dormir por las noches, cuando se pasaba horas seguidas gritando y Astrid

se sentía cansada hasta el agotamiento, a veces se marchaba de casa y la dejaba sola media hora, incluso una hora entera. En una ocasión fue hasta la estación de tren y se sentó en un banco del andén a respirar hondo. Había arribado un tren, la gente bajaba y subía. Astrid se levantó y caminó hasta la puerta. Pero entonces las puertas se cerraron, el tren reemprendió la marcha y Astrid tomó asiento nuevamente. Luego se imaginó regresando a casa y encontrándolo todo en silencio, envuelto en una calma fantasmal. Finalmente, cuando regresó, Ella seguía dando berridos, tenía la cara completamente roja por el esfuerzo, y Astrid la levantó de la cuna y la paseó por toda la vivienda, susurrándole cosas cariñosas, hasta que la niña se tranquilizó un poco. Nunca le había contado nada a Thomas acerca de esas escapadas, de esas breves huidas que la avergonzaban. Tal vez él había tenido la misma idea de escapar, y necesitaba tiempo para volver en sí en medio del ruido del día a día. No le faltaba razón al policía cuando dijo que Thomas regresaría pronto y que todos podrían reemprender su antigua vida, sólo algo menos seguros ante la certeza de que ésta no era algo natural o inevitable, y que en algún momento uno de ellos podía desaparecer por algún tiempo o para siempre.

Excepcionalmente, los niños pusieron la mesa sin rechistar. Durante la comida se mostraron de nuevo taciturnos. Finalmente, Astrid dijo que papá se había marchado, que ella no sabía dónde estaba ni cuándo regresaría, pero que seguramente no tardaría demasiado.

—¿Está muerto?—preguntó Ella.

Astrid la miró asustada.

—No, claro que no. ¿Cómo se te ocurre?

La niña abandonó la mesa y salió corriendo del comedor. Astrid la siguió a la planta de arriba y la encontró acurrucada en su cama, llorando. Se tumbó junto a la pequeña y la rodeó con sus brazos, al tiempo que le decía que estaba totalmente segura de que papá estaba bien.

—Sólo necesita un poco de tiempo para sí mismo después de las vacaciones. Seguramente regresará pronto. Segurísimo.

La niña no dijo nada, pero pareció irse calmando poco a poco. Al cabo de un rato, Astrid le dijo que bajaría para ver qué estaba haciendo Konrad.

—¿De acuerdo?

La niña asintió.

Konrad seguía sentado a la mesa, tenía sobre el plato cuadraditos de pan que había cortado con el cuchillo.

—¿Por qué se ha marchado papá?—preguntó.

Astrid se sentó a su lado y le puso una mano en el hombro.

—A veces, simplemente, uno quiere estar solo. A ti también te pasa, ¿no es cierto? Por ejemplo, cuando te encierras en tu habitación. Y ahora termina de comer.

—¿Puedo jugar en el ordenador?—preguntó Konrad.

La mañana se anunciaba ya cuando Thomas despertó. La luna estaba bien alta, pero ya no tenía fuerza alguna en medio de aquel cielo cada vez más claro. La arboleda cuya silueta había visto por la noche estaba formada por varios árboles enfermos de copas sin hojas y troncos cubiertos de hiedra. Un olor dulzón impregnaba el aire.

La ropa de Thomas estaba húmeda, pero él no sentía frío. Pasó las manos por la hierba mojada y se frotó el sueño de los ojos. Luego se echó al hombro su hatillo y continuó andando en

dirección al sur. Aún no se veía ninguna persona a la redonda, y él siguió avanzando a través de caminos trazados en medio de los campos, siempre atento a no perder el rumbo.

El camino que había elegido conducía a lo largo de un prado y se hacía cada vez más intransitable, hasta acabar en la linde de un bosque, en una explanada que permitía a cualquier coche dar la vuelta. Thomas se adentró en el bosque, formado en su mayoría por coníferas. El olor dulzón era más intenso aquí, como si el aire estuviera impregnado de miel. A continuación, el terreno caía abruptamente. Durante un trecho, Thomas creyó distinguir el camino que bajaba en zigzag hacia el barranco, pero luego perdió también ese último rastro y empezó a bajar la cuesta más bien deslizándose, en lugar de caminando. En el fondo del barranco tuvo que abrirse paso entre los helechos y la maleza baja. Las telarañas se le pegaban a la cara y a las manos. Reconocía de pronto algunas plantas, y no pudo sino asombrarse de que fuera capaz de recordar los nombres que había aprendido de su padre cuando era niño: la cola de caballo, la uva de raposa, con sus frutos negrizules, el maloliente geranio del prado y la madre selva de dobles bayas rojas, tan parecidas a grosellas, pero venenosas. Thomas oyó un rumor intenso y vio, algo más abajo, una cascada que caía varios metros por encima de una rudita en una pequeña alberca natural.

Directamente encima de la cascada había una parte poco profunda por la que Thomas pudo cruzar el arroyo. Allí se lavó de nuevo las manos y la cara y bebió un poco de agua, formando un cuenco con las manos.

El otro lado del barranco era aún más empinado. Thomas tuvo que agarrarse a las raíces y a los pequeños árboles para ir subiendo, pero se resbalaba una y otra vez. Cuando por fin el terreno se allanó, tenía el pantalón lleno de mugre y había perdido una hora entera sin conseguir avanzar demasiado.

El cielo, antes de un color indeterminado, había empezado a teñirse de azul. Un par de nubes brillaban con destellos amarillos y rojizos en la luz que caía en diagonal. Los rayos del sol alcanzaron luego los bosques y los prados, y el paisaje entero se encendió. Thomas se sentó sobre la hierba, al borde de un pequeño prado sin segar y rodeado de bosque por tres de sus lados. Allí comió las últimas provisiones compradas en la máquina de la estación.

Cuando dejó la protección del bosque vio, no muy lejos, un pueblo formado por una docena de casas de labranza. No se veía persona alguna; no obstante, con algo de miedo, Thomas se dirigió hacia el lugar y lo atravesó de un extremo al otro. La puerta de uno de los establos estaba abierta. Dentro, una mujer se disponía a conectar la ordeñadora a las vacas. Sonaba una radio, y Thomas oyó la voz animada de un presentador y los primeros compases de una canción tirolesa. Continuó caminando rápidamente, pasó entonces por delante de una quesería, en la cual oyó un golpeteo, el rumor del agua y la misma música que había oído ya en el establo. La estrecha calle conducía hasta una altura desde la que Thomas pudo ver a lo lejos, al alcanzar la cima, el pico del Sántis y el macizo del Churfirten, que relucían bajo la luz de la mañana. Se volvió para admirar el perfecto orden del pueblo que quedaba debajo de él. Cuánta fuerza se necesitaba para mantener ese orden, para levantarse cada mañana muy temprano y hacer las mismas labores: ordeñar las vacas, limpiar el establo, abonar y segar los prados y recoger la paja. El trabajo se había aligerado en el último siglo gracias a la mecanización, pero él no pensaba en la fuerza física, sino en la confianza, en la fe en que todo eso era lo correcto. También él había sido parte de ese tácito acuerdo, también había funcionado del modo en que se esperaba de él, sin que jamás nadie le hablara de ello. Había asistido a la escuela durante nueve años, había hecho un curso de formación, cumplido el servicio militar y había continuado luego trabajando como aprendiz en una

empresa. Se había casado con Astrid, habían tenido hijos, se habían mudado a la casa de sus padres y la habían ido amueblando y acondicionando poco a poco. Había costado mucho esfuerzo construir todo eso, y ahora vivían en esa casa, que iba deteriorándose, por ahora de un modo imperceptible, pero imposible de detener. Un edificio—había leído en alguna parte—sólo está verdaderamente terminado cuando se ha convertido en una ruina. Tal vez lo mismo valía para las personas.

Thomas iba cada día a la oficina y hacía su parte del trabajo, llevaba las cuentas de sus clientes, presentaba sus declaraciones de la renta y rellenaba sus formularios. Algunos pequeños empresarios fracasaban por culpa del dinamismo de los mercados, por su propia incapacidad o por falta de espíritu empresarial, pero la mayoría de ellos conseguía andar por la vida sin grandes catástrofes, alcanzaba cierto bienestar y, en algún momento, se jubilaba. Entonces esas personas se sentaban delante de él: lo mismo el tornero que el mecánico o el carnicero y su hijo, que se haría cargo del negocio paterno. Hablaban de dinero, de bienes raíces, de inventarios e inversiones necesarias, pero no hablaban nunca de lo que realmente importaba. ¿Para qué todo eso? En medio del esfuerzo diario no había tiempo para plantearse tales preguntas, tal vez temieran hacérselas o, simplemente, habían comprendido que dichas preguntas no tenían respuesta y por ello no debían ni siquiera formularse. Thomas no sabía si debía admirarlos o despreciarlos por ello.

En el siguiente pueblo, algo más grande, había ya mucho ajetreo: los coches circulaban, los niños iban camino de la escuela, y delante de la tienda de alimentación había un camión despachando mercancías. Del mejor modo que pudo, Thomas dio un rodeo para evitar el centro. No era nada excepcional ver excursionistas en aquella localidad, pero él más bien tendría aspecto de vagabundo, con la ropa sucia y sin siquiera mochila o bastones.

Pasó delante de un huerto con varios manzanos, pero los frutos dispersos sobre la hierba aún no estaban maduros. Debajo de una amplia red negra descubrió un cultivo de arándanos. La verja no estaba cerrada con pestillo, así que entró y recogió varios puñados de bayas, que eran más grandes y dulces que las que solía recoger de niño en la montaña. Oyó entonces el ruido de un motor que se acercaba. Hambriento todavía, se escabulló de allí.

Junto a una casa de labranza pastaban unas alpacas que lo miraron fijamente con sus ojos enormes. Sus caras parecían salidas de un cómic. «Se ruega no dar de comer a los animales», decía un cartel en la valla que rodeaba el prado; al lado había un recipiente de latón con tapa en el que había pan para los animales. Thomas la abrió y se metió varios trozos de pan seco en los bolsillos.

El camino, bastante inclinado, lo llevó cuesta abajo a través de un grupo de edificios de nueva construcción, una curiosa mezcla de casas de labranza y viviendas unifamiliares. Sobre los céspedes bien cuidados había una piscina infantil, columpios y trampolines. Abajo, en el estrecho valle, había un restaurante cerrado y una serrería tras cuyos cristales sucios de telarañas y polvo no parecía haber nadie trabajando. Entre la calle y el arroyo había apilados unos troncos de árboles cortados y puestos a secar. Más abajo, junto a un dique diminuto con un pequeño embalse, Thomas se desnudó bajo la protección de las pilas de tablones y se sumergió en el agua helada. Se lavó y limpió las partes más sucias de la ropa, que luego puso a secar en las ramas de un saúco. A continuación, ablandó el pan seco en el arroyo. El pan tenía un sabor acuoso y se le deshizo en la boca, pero le llenó el estómago. Cuando acabó de comer, se sintió mejor. Desnudo como estaba, se tumbó al sol y descansó.

Aunque hacía frío fuera, Astrid volvió a salir en cuanto los niños estuvieron en sus camas. Se llevó el periódico y una copa de vino y se sentó en el banco. Habían transcurrido exactamente dos días, cuarenta y ocho horas desde que había estado sentada allí con Thomas. Si cerraba los ojos, podía imaginárselo todavía a su lado. De la casa llegaba la voz llorosa de Konrad. «¿Vas a ver qué le pasa?», decía ella. «Déjalo—respondía Thomas—, ya se tranquilizará». «Por favor», suplicaba ella, con énfasis, y entonces él se levantaba, rezongando, y entraba en la casa. Poco después lo oía hablando con el niño y cómo reían los dos. «Y ahora, a dormir», decía Thomas ya desde la escalera. Entonces se encendía la luz en el salón, y Thomas se asomaba por la ventana. «¿Entras?». «Sí, enseguida», respondía Astrid, que oía cómo su marido cerraba la ventana, y por un breve instante le parecía estar muy lejos de él. Se lo imaginó bajando al sótano para ir en busca de otra botella de vino. En el cuarto de la caldera, leía brevemente el contador del combustible para la calefacción y calculaba mentalmente si les alcanzaría para el invierno siguiente o era preciso hacer un nuevo pedido en otoño. Cuando Thomas regresaba del sótano, echaba una ojeada al termómetro que mostraba la temperatura exterior: quince grados. Pero en los días siguientes haría de nuevo más calor. Entonces Astrid oyó, atenuado, el tranquilizador sonido del televisor: voces, ruidos, música. Apartó el periódico, se mantuvo sentada por un momento, como si esperase el instante adecuado, y entonces se levantó y abandonó el jardín. Miró a un lado y a otro de la calle, como si en alguna parte pudiera hallar un indicio, pero no vio nada fuera de lo común, sólo la calle nocturna, orlada de casas unifamiliares. Vio a Thomas en medio de la calle, indeciso, como ella, sobre qué rumbo tomar. Una vez por semana él jugaba al voleibol y se iba luego con los compañeros de equipo a tomar algo, pero normalmente estaba casi siempre en casa al anochecer. Antes solía encontrarse a veces con un amigo de la infancia, pero desde que éste se había unido a la iglesia protestante independiente y ya no hablaba de otra cosa Thomas había ido espaciando los contactos con él. Astrid reflexionó brevemente sobre si debía o no llamar a ese amigo, pero estaba segura de que Thomas, ni siquiera en el peor estado anímico, hubiera recurrido a él. Tampoco se le ocurría nadie más a quien su marido pudiera acudir. Thomas no tenía amigos íntimos, las relaciones superficiales con sus colegas en el trabajo, sus clientes y sus compañeros del club deportivo parecían bastarle. Ni ella ni él gozaban de una vida social demasiado activa, y desde que tenían hijos apenas salían por las noches. Astrid había animado a menudo a Thomas para que cultivara o retomara la relación con sus viejas amistades, pero él no parecía necesitarlo. «Ya os tengo a vosotros», decía siempre. También con sus padres y su hermana el contacto era escaso, a pesar de que se llevaba bien con ellos. Si Astrid no le hubiese recordado la fecha de sus cumpleaños, él los hubiese olvidado.

Sólo entonces recordó que esa tarde Thomas tenía voleibol. El polideportivo en el que entrenaba su equipo pertenecía a una escuela situada a unos cientos de metros de la casa. Astrid entró un momento en la vivienda y aguzó el oído para comprobar si escuchaba a los niños. No oyó nada, de modo que se echó por encima una chaqueta y cerró bien la puerta a sus espaldas.

El polideportivo estaba medio soterrado. Astrid se detuvo delante de una de las grandes ventanas y miró hacia la pista en la que entrenaban los voleibolistas, como cada martes. La mayoría de los hombres formaba una fila. Parecían ejercitar una situación concreta del juego: uno tras otro, iban recibiendo la pelota de manos del entrenador, la lanzaban hacia un ángulo determinado de la cancha y volvían de nuevo a la cola. Astrid examinó la formación durante un rato, buscando a Thomas, que, por supuesto, no estaba. Desde allí fuera el estampido de los balonazos sonaba como si de truenos lejanos se tratase; se oía también el sonoro rechinar de las

zapatillas sobre el parquet y, a veces, algún grito reprimido tras algún pase fallido o especialmente bueno. La repetición infinita de las mismas secuencias de movimientos tenía algo de absurdo, y a Astrid le pareció como si el equipo entero estuviera compuesto de robots situados ante una cinta transportadora, enfrascados en la fabricación de un producto insustancial. Astrid no era capaz de sustraerse al juego, los estuvo observando hasta que el entrenador retuvo el balón, lo apretó contra el pecho como si no quisiera devolverlo y los hombres se reunieron en torno a él para comentar el siguiente ejercicio. De pronto temió que alguno de ellos pudiera notar su presencia en la ventana, así que retrocedió un paso hacia la oscuridad.

Conocía a la mayoría de los jugadores sólo superficialmente, se los habían presentado en alguna competición o en la parrillada que el club organizaba cada año antes de las vacaciones de verano. Las mujeres de los demás jugadores habían preparado ensaladas y las habían alineado en una de las mesas plegables. Thomas ayudaba en la parrilla, mientras Astrid permanecía sentada en una mesa junto a tres parejas que parecían ser amigas y que intercambiaban chismes del pueblo entre carcajadas muy ruidosas. En el momento de sentarse junto a ella, las parejas se habían presentado brevemente y le había estrechado la mano, pero luego apenas le prestaron atención. Los niños se acercaban a la mesa de vez en cuando para coger un puñado de patatas fritas y beber a toda prisa un vaso de té helado. Cuando Astrid les preguntó a qué estaban jugando le respondieron casi sin aliento y se alejaron de nuevo, corriendo hacia donde estaban los demás niños. Cuando por fin Thomas se encajó como pudo en el banco situado frente al suyo, mientras reía por algún comentario que alguien le había gritado, Astrid le dijo que estaba cansada y que quería irse a casa. De inmediato se sintió como una aguafiestas, pero tenía la sensación de no poder aguantar ni un minuto más todo aquel bullicio. No obstante, no se fueron hasta mucho más tarde, pasada la medianoche, cuando ya empezaba a refrescar.

Astrid se imaginó cómo los hombres se iban al bar después de entrenar y se marchaban a sus casas en algún momento, más o menos borrachos; se los imaginó dejando caer en el suelo del recibidor la ropa de deporte sudada y metiéndose en la cama junto a sus mujeres, que ya dormían.

Entonces regresó a casa. Antes de entrar, vaciló un instante y miró hacia el banco de madera, donde todavía estaban el periódico y la copa de vino a medio vaciar. Lo dejó todo allí, como si de esa forma pudiera dar marcha atrás al reloj. Una vez dentro, no encendió la luz. Se imaginó que Thomas ya estaba acostado, esperándola. Ella se deslizaba junto a él debajo de la manta. «¿Dónde estuviste metida tanto tiempo?», le preguntaba él, con voz divertida, para luego atraerla hacia sí y darle un beso. Entonces le ponía una mano sobre los senos, la deslizaba por su vientre, la metía bajo el camisón y entre sus piernas. Astrid lo imaginó encima de ella, sintió su peso y sus enérgicos movimientos, oyó su respiración, sus gemidos. Después del orgasmo, no pudo sino llorar. No quería quedarse dormida, temía el momento del despertar, el día siguiente, cuando Thomas aún estuviera ausente.

Thomas se despertó hacia el mediodía. El cielo se había cubierto y el viento era más fresco. Tuvo frío, se sintió expuesto en su desnudez. Aunque la ropa todavía estaba húmeda, se la puso. Necesitó un momento para orientarse, y entonces caminó a lo largo del arroyo, hasta llegar a un estrecho valle que lo conducía en línea recta hacia el sur. Siguió un camino asfaltado que ascendía sin cesar, pasando primero a través de un bosque, y luego entre prados muy inclinados. El arroyo continuaba fluyendo en descenso en medio de un barranco angosto, y su rumor sólo se oía débilmente. De nuevo olía a hierba recién cortada.

Poco después el valle se ensanchaba formando una caldera, la calzada se bifurcaba y conducía a lo largo de un grupo de casas para luego unirse otra vez junto a una quiescencia solitaria con una pequeña pocilga. El hedor de ésta le recordó a Thomas el de las heces humanas.

En la linde del bosque había un arriate con flores muy parecido a una tumba reciente. En una antigua alberca, una garza real levantó el vuelo con aleteo parsimonioso.

Las fachadas de las granjas estaban cubiertas de ripias, algunas pintadas con colores pastel. Delante de una de las viviendas había un pequeño huerto en el que crecían alubias, hinojo, colinabos y remolachas, y también tomates, plantados en un precario invernadero hecho a partir de unos travesaños envueltos en plástico. Los trozos de plástico restallaban movidos por las ráfagas de viento que bajaban por la ladera desde el oeste. Una maceta enorme, con una hortensia marchita, yacía volcada en el suelo. Junto a la entrada de la casa estaban tendidas varias prendas de bebé; una de las ventanas estaba medio abierta, pero no se veía ni rastro de gente. Todo el valle parecía abandonado, sólo en una ocasión vio Thomas a una mujer vestida con basta ropa de faena que caminaba a través de un prado y parecía estar buscando alguna cosa. Sin embargo, antes de que él la alcanzara, la mujer subió a un viejo Volvo aparcado en un apartadero de la calle y se marchó.

El camino para excursionistas se apartaba entonces de la calle y empezaba a ascender por el flanco derecho del valle, a través de nogales y manzanos. Todo parecía inclinado en aquel terreno. No había nada horizontal con lo que uno pudiera orientarse, y Thomas sintió un leve mareo. Tras alcanzar la cima de la pendiente, el sendero atravesaba unos prados en los que pastaban algunas vacas de aspecto sucio. La lechetrezna crecía por todas partes en compactos ramilletes. Más arriba, donde la hierba rasa, Thomas vio los primeros narcisos de otoño, de color violeta pálido. Al borde del prado había un pequeño establo. Los cubículos para las vacas eran tan bajos que Thomas no podía permanecer de pie en ellos; el suelo, además, estaba cubierto de estiércol, como si no lo hubieran limpiado en varios días. En una pared lateral del establo había un cobertizo con herramientas, material para vallas y un par de fardos de paja. Era un sitio en el que bien pudiera esconderse, pero ya no tenía comida, y eso lo impelía a seguir su camino.

El viento en aquella cima era más fuerte que en el valle. El camino parecía poco transitado, y en algunos tramos estaba cubierto de hierba, por lo que de él quedaba sólo un débil rastro. Había bostas de vaca por todas partes y, cada vez que Thomas se acercaba, de ellas levantaban el vuelo enjambres enteros de grandes moscas de color rojo óxido.

Finalmente alcanzó el punto más alto de la elevación. Por primera vez tenía una vista panorámica del sur, con sus colinas cubiertas de oscuros bosques. A lo lejos se distinguía un fragmento del lago, y detrás de él, envueltas por la bruma, otras cordilleras. Mientras descendía, a Thomas le pareció haberse desprendido de algo, de cierta angustia, cierto dolor. Su paso era más vigoroso. Delante de una cabaña de guardabosque leyó los indicadores del camino que señalaban en distintas direcciones. Ninguno de los topónimos le decía nada, de modo que continuó a través del bosque, en dirección al sur. El terreno era cada vez más inclinado, y Thomas se deslizaba cuesta abajo atravesando un descuidado renoval de abetos y hayas que apenas conseguía diferenciarse de la espinosa maleza del lugar. De repente dio un paso en el vacío, pero consiguió agarrarse a uno de aquellos jóvenes arbolitos. Sintió cómo el pulso se le aceleraba y una oleada de calor le recorrió todo el cuerpo. Respirando con fuerza, consiguió levantarse y pisar suelo firme. Le incomodaba su propia estupidez. Las rocas en este sitio no eran demasiado elevadas, pero bastaba con que se le torciera un pie para que tardaran días en encontrarlo, o incluso

semanas. Con esfuerzo, trepó un trecho de vuelta en dirección a la cima y atravesó la ladera hasta llegar a un lugar menos abrupto.

Casi al fondo del barranco encontró un camino que discurría en paralelo a la línea de cresta y que parecía venir de ninguna parte y conducir a ningún sitio. Una negra mariposa nocturna revoloteó en torno a su cabeza, y como Thomas no tenía ni idea de dónde estaba, la siguió. Recordó aquellos cuentos de hadas en los que los animales ayudan a las personas cuando éstas han sido buenas con ellos, cuando han devuelto al agua a un pez capturado, han besado a una rana o cuidado a un cervatillo enfermo. Él, por su parte, siempre había visto a los animales como algo ajeno, seres inescrutables y misteriosos.

En medio de la ladera boscosa, rodeado de maleza baja, había una diminuta cabaña de cazadores hecha de madera. En las paredes exteriores colgaban algunos cráneos con cornamentas. La basta mesa y los bancos instalados delante de la cabaña estaban medio deteriorados, los hongos crecían sobre la madera podrida. Sólo una fuente situada junto a la entrada chapoteaba tranquilamente, otorgándole al lugar cierta atmósfera apacible. Thomas bebió un poco y continuó andando hasta el fondo del barranco. Allí el suelo se volvía lodoso, y un fuerte olor inundaba el aire. El estrecho camino que seguía el curso descendente del arroyo había sido borrado por el agua en algunas partes, o estaba completamente inundado; no cabía duda de que por allí no había pasado nadie desde hacía una eternidad.

Al final del barranco el arroyo desembocaba en un riachuelo de agua cristalina de color verde brillante. Una senda a través del bosque discurría a lo largo de éste. Por las sombras de los árboles Thomas pudo determinar los puntos cardinales, y continuó bajando junto al cauce. El desfiladero se iba angostando cada vez más, las altas paredes de rudita a ambos lados, con sus formas redondeadas, parecían fragmentos de cuerpos de enormes criaturas fósiles. Entre las rocas había grietas y dislocaciones, y un cartel enmohecido advertía del peligro de desprendimientos.

Antes de que el valle desembocase en la estrecha caldera, el sendero conducía hacia arriba, en una cuesta muy empinada. Thomas estaba muerto de cansancio. Desde que se había puesto en camino apenas había dormido unas horas y mal, también había comido poco. Le pesaban las piernas, un sudor frío le cubría el rostro y cada paso le suponía un esfuerzo. Tenía que encontrar un lugar para descansar, pero la pendiente allí era demasiado abrupta. En la cima, el bosque concluía, dejando libre la vista a un paisaje precioso, con colinas verdes, algunas granjas y caseríos y, mucho más próximo, el lago con sus dos pequeñas islas y la orilla opuesta, ligeramente ascendente.

A partir de ahí todo el camino era en bajada, y Thomas olvidó su cansancio. No obstante, iba dando cabezadas mientras andaba, por lo que empezó a buscar un sitio en el que tumbarse a dormir. El camino conducía a lo largo de un arroyo cuyo cauce había sido reforzado con unas traviesas. Cruzaban el sendero infinidad de puentes que lo llevaban de un lado a otro. Durante un trecho fue acompañándolo una lavandera que volaba a su lado balanceándose al ritmo de sus pasos, y lo hacía tan pegada al agua que a veces parecía rozarla. El arroyo discurría por una estrecha franja de bosque, en el camino había, a intervalos, bancos y asadores, pero ninguno de aquellos rincones le pareció lo suficientemente resguardado. Finalmente, se retiró a un lugar casi llano situado entre la maleza. Con el pie, juntó un poco de follaje seco, extendió encima su chaqueta y se acostó.

Normalmente a Astrid no le costaba levantarse, pero ese día volvió a quedarse dormida después de apagar el despertador, y no abrió los ojos hasta que Konrad la sacudió por el hombro y

le susurró: «Mamá, ¿estás despierta?». Astrid pospuso el momento de ducharse y, algo adormilada todavía, preparó el desayuno para ella y para sus hijos. Cuando Konrad y Ella se marcharon, volvió a tumbarse en la cama, pero ya no pudo quedarse dormida, y pasó todo el tiempo dando vueltas de un lado a otro, inquieta, sin poder centrarse en ningún pensamiento. A las nueve sonó el teléfono.

—¿La he despertado?—preguntó la secretaria de Thomas—. ¿Cómo está su esposo? ¿Sabe ya cuándo volverá a trabajar?

—Lo llevaré hoy al médico—respondió Astrid, a fin de ganar tiempo—. La llamaré más tarde, cuando sepa algo con seguridad.

Cuando fue al pueblo a hacer la compra y pasó por delante de la comisaría, cambió de acera y evitó mirar hacia allí. Una vez en casa, llamó a la comisaría y pidió que le pusieran con el señor Ruf. La mujer que respondió al teléfono le preguntó de qué se trataba. «Es privado», dijo Astrid. Poco después se puso el agente. Astrid le preguntó si había alguna novedad.

—Si logramos averiguar algo, le informaremos de inmediato—dijo Ruf.

Astrid guardó silencio.

—¿Está usted bien?—preguntó él.

—No—respondió ella, y rio con amargura.

El policía se disculpó.

—Estaré patrullando todo el día; si quiere, puedo pasar a verla más tarde.

—Sí—respondió Astrid—, eso estaría bien. Quizá. —Se interrumpió y volvió a guardar silencio.

—Hasta luego entonces—dijo el agente.

A las diez, Astrid llamó a la empresa de Thomas y dijo que su marido tenía culebrilla.

—¡Oh, Dios, el pobre!—exclamó la secretaria—. Mi madre la tuvo una vez. ¿Dónde la ha pillado?

—El médico cree que es debido al exceso de sol durante las vacaciones—respondió Astrid. Había encontrado los datos sobre aquella enfermedad en una página de internet y había tomado apuntes.

—¿Sabe cuánto estará sin poder trabajar?

—Tendrá que pasar por lo menos dos semanas en casa—respondió Astrid—, pero la enfermedad puede durar hasta un mes. Es contagiosa—añadió.

—Pues dele un cordial saludo de mi parte y de parte de todos nosotros, le deseamos que se recupere pronto—dijo la secretaria—. Quizá podría traernos usted misma el parte de baja del médico.

Astrid se lo prometió y colgó.

Sobre la mesilla situada junto al sofá había varios libros que Thomas había empezado a leer recientemente, una revista sobre jardinería y el folleto de una empresa que ofrecía productos ecológicos para combatir plagas. Astrid colocó el catálogo y la revista en la pila de papel para reciclar y ordenó los libros en la estantería. Metió el jersey de Thomas que estaba sobre el sofá en el cesto de la ropa sucia situado en el cuarto de baño, y lo mismo hizo con su pijama y un par de calcetines que encontró al lado de la cama. Luego cogió sus artículos de aseo, que estaban debajo del espejo, y los guardó en el armario. Anduvo por toda la casa recogiendo cualquier pequeña cosa que él hubiera dejado fuera de su sitio, una bolsa medio vacía con frutos secos (regalo de

algún cliente), un destornillador, un tubo de cola de carpintero, una lista de la compra, un bolígrafo publicitario. Lo recogió todo y lo guardó. Los frutos secos se los acabó ella misma. En el dormitorio había un escritorio en el que Thomas a veces realizaba algunas tareas pendientes de la oficina. También puso orden allí, metió todos los papeles sueltos en los cajones. En una pequeña carpeta de plástico halló las facturas de restaurante de las pasadas vacaciones, el contrato de la vivienda alquilada y algunos justificantes bancarios de retirada de efectivo. Por último, limpió el tablero de la mesa con un paño húmedo, como si quisiera eliminar con ello los últimos rastros de Thomas.

Poco antes de las doce del mediodía llamaron a la puerta. Era Ruf. Cuando ella lo precedió hasta el salón, vio a través de las persianas el coche patrulla aparcado junto a la verja del jardín.

—Mi compañera me está esperando fuera—dijo Ruf. Durante un rato se mantuvieron sentados frente a frente sin decir palabra. Finalmente, Astrid le preguntó si estaba casado.

—Mi esposa dio a luz en abril—dijo—. Nuestro primer bebé, una niña.

—Usted piensa que esto jamás podría sucederle, ¿no es cierto?—preguntó Astrid.

El agente se limitó a sacudir la cabeza en silencio, y Astrid no supo si con aquel gesto afirmaba o negaba su suposición. Entonces ella le confesó que en ocasiones había dejado sola a Ella, la mayor de sus dos hijos, cuanto ésta era todavía muy pequeña.

—No se lo he contado nunca a nadie, ni siquiera a mi marido.

—Creo que todo el mundo tiene pensamientos similares—dijo Ruf.

—Pero no todo el mundo se larga—respondió Astrid.

—No, gracias a Dios no.

—¿Qué haría usted en mi lugar?—preguntó ella.

—Como ya le dije, la mayoría de las personas reaparecen al cabo de pocos días—dijo Ruf—. En cualquier caso, debería usted llamar a sus amistades, también las de la juventud. Si él llegara a utilizar una tarjeta bancaria, cualquiera, usted podría verlo en los extractos. Por lo demás, sólo podemos fiarnos de ese eficiente comisario que es el azar.

Ella era libre, por supuesto, de involucrar a un detective privado, añadió el agente, pero eso era caro, y tampoco podría hacer más que la policía.

—No resulta fácil encontrar a alguien que no quiere que lo encuentren.

—Usted pensará seguramente que soy una mala esposa—dijo Astrid—, porque, de lo contrario, por qué motivo habría de abandonarme.

Unas lágrimas corrieron por las mejillas de la mujer. Ruf vaciló; luego tomó la mano de Astrid entre las suyas, como si se tratase de un pequeño animal al que debía proteger o impedirle la huida.

—No—respondió el policía—, de ningún modo—añadió. Y a continuación, con una indignación en la voz que era muy poco profesional, dijo—: Algo así no se hace.

El agente Ruf soltó la mano de Astrid y se puso de pie.

—Ahora debo continuar, mi colega me espera.

—Cada vez que está usted aquí, tengo que llorar—dijo ella.

Thomas despertó pasada la medianoche. Sospechaba que algún ruido lo había despertado, pero no lo recordaba. Se sentía descansado en cierta medida, pero aún le dolían los pies.

Salió del bosque y caminó cuesta abajo a través del pueblo, primero atravesando una zona

residencial y más tarde por el centro, cortado por una calle ancha. La mayoría de los escaparates estaban aún iluminados, pero no se veía ni un alma. Le pareció que el pueblo estaba únicamente habitado por aquellos objetos expuestos en las vidrieras, electrodomésticos y bicicletas, teléfonos móviles y ropa de moda, objetos que parecían más vivos que los estilizados maniqués que los sostenían.

Sabía ahora dónde estaba y el rumbo que deseaba tomar. El estar tan lejos de su casa le permitía actuar con menos timidez, ya no se ocultaba de inmediato cuando un coche se aproximaba, sólo volvía la cara, sin aminorar el paso, y bajaba la cabeza.

Justo al lado de la estación había una cafetería. Dentro, una señora entrada en años y con el pelo canoso estaba recogiendo y limpiando el mostrador. Thomas vaciló, pero finalmente se decidió a llamar al cristal. La mujer se asustó, se acercó a la puerta, examinó brevemente a Thomas y abrió.

—Ya hemos cerrado—dijo.

—Tengo hambre—respondió Thomas, y su voz sonó quebrada, hacía dos días que no hablaba con nadie—. ¿Queda algo?

La mujer miró a la vitrina del mostrador.

—Me queda *börek*.

—Bien, no hace falta que lo caliente. También una cerveza, por favor.

—¿Una Efes?—preguntó la dependienta.

La mujer le metió a Thomas todo en una bolsa de plástico blanca y le dio las gracias por la propina. Thomas había gastado el dinero que le quedaba en la comida, pero la idea no lo abrumaba, al contrario, se sentía más liberado que antes.

Hacía rato que el último tren había partido. Thomas se sentó en un banco delante del edificio de la estación y comió y bebió la cerveza helada. Mientras tanto, estuvo hojeando un periódico gratuito que alguien había dejado olvidado. Pero las breves noticias sobre el salvamento de tres cachalotes varados, una estatua satánica desnuda que alguien había expuesto en Vancouver o el hombre con la lengua más larga del mundo sólo consiguieron deprimirlo, así que acabó arrojando el periódico a la basura. A continuación, se quitó los zapatos y los calcetines y se examinó los pies bajo la chillona luz de una farola. Los tenía enrojecidos, con rozaduras en los talones, pero por suerte no encontró ninguna ampolla.

El pueblo se extendía infinitamente a lo largo de la calle. Thomas pasó por delante de un campo de fútbol. Enfrente había una gran fábrica. Detrás de las persianas metálicas se veía luz. También se escuchaba el ronroneo de un sistema de ventilación, las lamas de la rejilla de ventilación aleteaban suavemente debido a la corriente de aire. Un ruido que, a Thomas, por algún motivo, le recordaba las calles de Estados Unidos. En la terraza interior de un restaurante venido a menos se oían las voces de dos borrachos que discutían acaloradamente por algo. Thomas arribó entonces a un barrio con nuevos bloques de viviendas y una parada de autobús que estaba aún en construcción. La luz naranja de las farolas de la calle teñía de gris la hierba al borde de la acera, y las copas de los jóvenes árboles recién plantados parecían de color negro. Por fin la acera acababa, y con ella también la hilera de farolas. Thomas se sumergió en la oscuridad. Aunque la luna no estaba visible en el cielo cubierto, la oscuridad no era total, las nubes reflejaban el pálido vestigio de luz de la civilización. El aire estaba tibio y húmedo.

Hacía rato que no pasaba ningún coche, y todo estaba en silencio. Al alcanzar la cima de una colina, Thomas pudo ver a lo lejos las luces en la otra orilla del lago, que trazaban una línea recta

en la vastedad del paisaje nocturno. Encima se distinguían, esquemáticamente, los altos montes, y en las cumbres más altas se veían las luces rojas de las balizas que señalaban los obstáculos para la aviación. De cuando en cuando pasaba un camión o alguna furgoneta. Un transeúnte solitario en una carretera comarcal llamaba más la atención de noche que de día, pero Thomas tenía que seguir las carreteras, ya que avanzar campo a través implicaría perder de inmediato la orientación. Tampoco se atrevía a caminar durante el día por sitios habitados.

En una ocasión creyó oír a sus espaldas los pasos de un animal que se acercaba a él trotando precipitadamente. Asustado, se detuvo y se dio la vuelta, pero allí no había nada que ver ni oír.

La carretera se bifurcaba. Al azar, Thomas decidió continuar por el desvío que conducía hacia abajo. Pasó quizá una hora caminando en línea recta, entre campos de maíz y prados, pasando a veces por delante de alguna granja solitaria. Al compás de sus pasos, empezó a cantar en voz baja algunas canciones de excursionistas que conocía desde la infancia: *«En los ojos de estrellas el brillo, del fuego nocturno el fulgor, y muy en lo hondo del alma, un anhelo que ya no se calma»*.

En otra ocasión pasó junto a un pueblito encaramado en el borde de la ladera, dominando la carretera, y que parecía estar compuesto sólo de edificios de nueva construcción, cubos de hormigón uniformes, rodeados de cercas con alambre de espino. En las entradas de algunos brillaban unas lámparas potentes, pero a Thomas le resultó difícil imaginar que detrás de esas fachadas tan poco acogedoras viviera gente que ahora estaría tumbada en sus camas, durmiendo o soñando, gente que se despertaría en medio de la noche y aguzaría el oído en dirección al cuarto de los niños, intentando escuchar algún ruido, gente que estaría pensando en el día de ayer o en el día de mañana. En la puerta de un garaje colgaba una bufanda con los colores de un equipo de fútbol en la que estaba escrito con letras chillonas: «Bienvenidos al infierno».

Cuando caminaba de nuevo por campo abierto, Thomas oyó un tenue chisporroteo, un aleteo parecido al de las alas de una libélula. Sólo cuando miró a su alrededor notó la presencia de los cables de alta tensión que cortaban el valle por encima de su cabeza. Se puso en el medio de la carretera y se propuso caminar cien pasos con los ojos cerrados; fue contando, pero al llegar a noventa no aguantó más aquella inseguridad y abrió de nuevo los ojos.

Le asombraba no haber visto el lago desde hacía rato. Tenía que haber marchado en la dirección equivocada, de modo que decidió esperar a que amaneciera para orientarse con la luz del sol naciente. Se sentó en el borde del talud y miró al difuso cielo en el que apenas se veían estrellas.

Por fin aclaró y Thomas pudo ver que había estado caminando todo el tiempo en paralelo al lago en dirección al oeste. Tomó entonces el siguiente camino vecinal que lo llevaba hacia el sur, cruzando una cumbre boscosa. Al borde de un claro pantanoso había varios robles muy antiguos cuyas ramas torcidas parecían, bajo la luz crepuscular, las garras de unos seres de fábula. Otra vez el camino ascendía, más tarde el silencio del bosque cedió paso de repente al rumor del tráfico, y Thomas se encontró en un mirador con una cruz y unos bancos, desde el cual podía ver, enfrente, el lago, mientras que a su derecha se extendía una amplia zona industrial con una ciudad de fondo. Había querido bordear el lago por su extremo oriental, pero ahora cobraba conciencia de que se había alejado varios kilómetros de la ruta planeada.

La empinada pendiente que tenía delante estaba toda edificada con casas dispuestas en terrazas. Se apresuró a atravesar la zona residencial. Luego enfiló por el llano rumbo al lago, pasando junto a edificios comerciales y bloques de viviendas. Allí, en el juncal, podría ocultarse durante el día mejor que en el bosque situado en la colina. Delante de un edificio residencial

bastante deteriorado había un huerto con trazas de abandono. En uno de los canteros crecían algunas plantas de calabacines, y bajo las hojas blanquecinas a causa del rocío había una docena de frutos enormes, ya teñidos de amarillo. Thomas miró a su alrededor, trepó la valla y arrancó uno. Lo escondió bajo la chaqueta y siguió andando en dirección al lago.

Junto a la orilla había un camping. En el edificio de la recepción las persianas metálicas estaban bajadas. En un papel había un número de móvil al que se podía llamar durante las horas de apertura indicadas. No se veía a nadie en los alrededores. La mayoría de las caravanas parecían pertenecer a arrendatarios de larga estancia, estaban calzadas sobre tacos, tenían marquesinas, antenas de satélite en los techos y pequeños jardines delanteros con flores. Thomas había tenido la intención de echar una ojeada en busca de algún refugio, pero al ver en el borde de una franja de juncos un pequeño bote de remos, tomó una rápida decisión y se planteó llegar remando a la orilla opuesta del lago, en la que había menos edificios.

En ese punto el lago no tenía más de un kilómetro de ancho, pero le costó mantener el rumbo con aquel pequeño bote y avanzar. Unos aislados velos de niebla flotaban sobre el agua en calma. Incluso a esas horas de la mañana, el lago irradiaba un cansancio, una inercia y una gravedad que contagiaban a Thomas. Cuando se volvió para comprobar el rumbo, vio no muy lejos una embarcación de motor con una pescadora a bordo que recogía una red sostenida en el agua por una extensa hilera de bidones de plástico de color blanco. Thomas meditó acerca de lo que diría si la pescadora se dirigía a él, pero la mujer ni siquiera le prestó atención, iba recogiendo la red con movimientos repetitivos de la mano, al tiempo que liberaba los peces, que se sacudían mientras su barca se iba alejando con un tenue traqueteo.

A pesar del esfuerzo que le suponía remar, Thomas temblaba debido al frío que ascendía del agua. Pero antes de que alcanzara la otra orilla, el sol salió y el ambiente se tornó más cálido. Había puesto rumbo a un punto cubierto de bosque, pero no fue hasta aproximarse a él que descubrió que se trataba de la desembocadura de un río. Estando incluso a cierta distancia podía percibirse el ligero movimiento de la corriente, el agua turbia del río se mezclaba poco a poco con el agua clara del lago.

No consiguió remontar la corriente, que era demasiado fuerte. En una playa de grava rodeada de maleza y algunos árboles, bajó de la embarcación y la arrastró a tierra. Se sentó sobre un tronco sin corteza arrojado por las aguas y, con la ayuda de su pequeña navaja, cortó en pedacitos el calabacín y fue retirando las semillas.

Mientras mascaba lentamente los trozos del calabacín pensó que no podía seguir mucho tiempo así. Ahora que tenía delante las montañas necesitaba un mejor equipamiento, una protección contra la lluvia y víveres. Ahí arriba no había máquinas de comida ni canteros de hortalizas, tampoco contenedores de basura ni recipientes con pan duro. Coqueteó con la idea de aprovisionarse de lo imprescindible en el pueblo más próximo; a fin de cuentas, ahora estaba muy lejos de su casa y nadie lo reconocería. También su ropa, después de haberla lavado en el arroyo, estaba lo suficientemente limpia como para no llamar demasiado la atención. Thomas miró el reloj. Las tiendas abrirían a lo sumo dentro de unas dos horas. Buscó un sitio al sol, se tumbó en el suelo y cerró los ojos. El calor de los rayos solares parecía fluir dentro de su cuerpo como una sustancia que llenaba el vacío dejado por el frío.

Astrid se alegró de que el coche de policía ya hubiese desaparecido cuando los niños volvieron de la escuela. Konrad llegó casi al mismo tiempo que Ella. Los dos estuvieron callados,

pero Astrid percibía cómo sus preguntas no formuladas pugnaban por salir. Ninguno tenía gran apetito. «¿Os apetece un helado?», preguntó después de recoger la vajilla sucia. La pequeña Ella fue tan efusiva al dar las gracias por el postre que Astrid casi sintió de nuevo ganas de llorar. «Venid aquí», les dijo a sus hijos. Los niños se acercaron a ella y la miraron expectantes. «Yo no sé dónde está papá—dijo, al tiempo que les rodeaba los hombros con los brazos—. Tampoco sé por qué se ha marchado, pero estoy totalmente segura de que está bien y de que regresará pronto. Esto no se lo he contado a nadie, y me gustaría que tampoco vosotros contaseis nada. ¿De acuerdo? Debe quedar entre nosotros. Entre papá y nosotros». Los niños asintieron.

Los miércoles no había clases por la tarde. Astrid les preguntó a los niños si tenían deberes. Normalmente debía reprenderlos varias veces para que por fin se pusieran a hacer los deberes, pero en esta ocasión ambos se sentaron a la mesa del comedor e hicieron lo que tenían que hacer sin rechistar ni pelearse.

Astrid recordó de nuevo lo que le había comentado el agente Ruf. Sin muchas esperanzas, encendió el ordenador y consultó sus cuentas por internet.

—¿Qué ocurre?—preguntaron los niños casi al unísono.

Astrid había hecho una violenta inspiración a causa del susto. En efecto, en el extracto de la cuenta había tres operaciones realizadas después de la desaparición de Thomas. Una de ellas era del día anterior, las otras dos eran de hacía unas horas. Descargó entonces los detalles de las operaciones: las dos últimas habían sido hechas con un intervalo muy breve entre una y otra en la localidad de Lachen, a orillas del lago de Zúrich; una correspondía a un cajero automático, la otra, a una tienda de artículos deportivos. Por un momento Astrid se quedó allí sentada, como paralizada, luego les dijo a los niños: «Poneos los zapatos. Tenemos que salir». Sacó del cajón la foto de Thomas que había imprimido para el agente Ruf y anotó el nombre de la tienda de deportes y los detalles de la primera operación, hecha en un local llamado M & K Gastrogeschäft GmbH, al parecer algún establecimiento gastronómico de Frauenfeld.

Ya en el coche, les explicó a los niños que su padre había utilizado su tarjeta hacía unas horas en una tienda a orillas del lago de Zúrich y que allí es adonde se dirigían. No había mucho más que decir, y después de estar callados durante un rato, Astrid puso la radio y volvió a apagarla de inmediato, ya que soportaba menos la música que el silencio.

En Zúrich había mucho tráfico, aunque aún no era el fin de la jornada laboral. Astrid se mostraba cada vez más nerviosa, era como si importase cada minuto. Al cabo de una hora y media llegaron por fin al lugar, y Astrid aparcó el coche en una gran explanada de grava cercana al lago. La niña saltó del coche; su hermano se había quedado dormido. Con cautela, su hermana lo despertó. Konrad se estiró y masculló un par de palabras, rezongando.

—Ven de una vez, de lo contrario papá se habrá marchado—le dijo Ella, impaciente.

Fueron preguntando hasta llegar a la tienda de artículos deportivos, situada en un gran centro comercial nuevo erigido en las afueras. Junto a una nave central con elevado techo de cristal se hallaba la entrada de un supermercado y varias tiendas más pequeñas.

—¿Me esperáis aquí?—dijo Astrid. Konrad y Ella se sentaron en un banco de piedra cercano a la tienda de deportes. Antes de que Astrid entrara en el establecimiento, volvió la cabeza otra vez hacia ellos. La niña jugueteaba con su Nintendo, y Konrad estaba sentado a su lado, con los hombros caídos, mirándola. Por un momento Astrid se sintió abrumada por la compasión que le inspiraban. Ella podría de algún modo lidiar con la desaparición de Thomas, aun cuando no la entendiera, pero los niños estaban a solas con sus propios sentimientos. Hacía varios años que

Astrid se veía incapaz de llegar a ellos, como alguien que los acompañaba por la vida como una lejana espectadora.

Una vendedora le preguntó en qué podía ayudarla. Astrid le explicó sin rodeos cuál era su propósito. Había tenido la foto de Thomas todo el tiempo en la mano. La vendedora vaciló un instante y dijo que no estaba autorizada para dar información sobre las compras de sus clientes. No sonó muy segura. Astrid se preguntó si la mujer la creía o si pensaba que estaba lidiando con una perturbada.

—¿Podría hablar con el encargado de la tienda?—preguntó.

—De todos modos, yo no podría ayudarla—dijo la vendedora—. Mi turno empezó al mediodía. Pero, espere.

La mujer desapareció. Astrid examinó la oferta de artículos, ropa deportiva, botas de montaña y zapatillas, equipamiento para camping, paquetes de comida liofilizada. Cogió uno y leyó la lista de ingredientes que contenía, como si éstos pudieran revelar algo acerca de las intenciones y el paradero de Thomas. Entonces vio acercarse a la dependienta acompañada de otra mujer algo más joven. Ambas charlaban animadamente, pero callaron antes de llegar a donde estaba Astrid.

La más joven le tendió la mano a Astrid y le dijo:

—Soy Bordoni, la encargada.

Debía de tener la misma edad de Astrid, era bastante bajita, con una cara muy bella y el cabello largo y oscuro. Aunque seguramente su empleada ya le habría contado toda la historia, se la hizo repetir íntegramente. Astrid mencionó la suma, bastante alta, que Thomas había gastado en la tienda, así como la hora de la compra. La vendedora se había alejado un poco a fin de atender a otra clienta.

—Lo lamento, pero no estoy autorizada para darle esa información—dijo la encargada—. No tengo manera de verificar su historia.

Astrid echó una mirada de desesperación a través del escaparate en dirección a la nave principal, pero el banco en el que había dejado a Ella y a Konrad no se veía desde allí. Las fuerzas la abandonaron, se sintió mareada y tuvo que agarrarse al primer objeto que había a mano, un plumas de color verde que se deslizó fuera de la percha y cayó al suelo. Astrid consiguió aferrarse al colgador y se mantuvo de pie, inclinada hacia delante y respirando con dificultad.

—¿Se encuentra usted bien?—preguntó la encargada—. Venga conmigo.

La mujer sostuvo a Astrid y la condujo hacia la trastienda situada detrás del mostrador donde estaban las cajas registradoras.

—Siéntese, le traeré un vaso de agua.

Permaneció de pie delante de Astrid mientras ésta bebía.

—Mis hijos están esperándome fuera—dijo Astrid—; tengo que ir a verlos.

—¿Se siente mejor?—preguntó la encargada.

Astrid asintió.

—¿Es ese su marido?—preguntó la mujer señalando a la foto que Astrid todavía sujetaba en la mano, sobre su regazo—. Déjeme verlo. —La mujer contempló la fotografía y se la devolvió a Astrid—. Lo atendí esta mañana, pero no puedo decirle mucho más.

Por un instante Astrid tuvo la idea absurda de que aquella mujer estaba de parte de Thomas, que era su amante secreta o alguna cómplice, y que las dos empleadas le estaban haciendo una jugarreta.

—Mi nombre es Jennifer—dijo la encargada, dándole la mano a Astrid.

Su marido había llegado poco después de que abriera la tienda. Ella le había preguntado si podía ayudarlo en alguna cosa, pero él había rechazado el ofrecimiento y le había dicho que sólo quería echar una ojeada. Luego ella atendió a otro cliente.

—Pensé que ya se había marchado, pero entonces lo vi llegar a la caja con un montón de artículos.

—¿Qué compró?—preguntó Astrid.

—Para poder decírselo con exactitud tendría que mirar en la caja, aunque creo recordarlo: un par de botas y un pantalón de *trekking*, un impermeable y una mochila. —La encargada reflexionó un momento—. También una linterna, creo; no, una linterna frontal. Y calcetines, que están en oferta. Creo que eso fue todo. Ah, no, también compró una navaja multiusos, recuerdo que tuve que abrir la vitrina. Una de esas nuevas de la serie Pioneer, con cachas negras anodizadas.

—¿No dijo nada?—preguntó Astrid—. ¿Quizá algo sobre lo que pensaba hacer o adónde quería ir?

—Pues yo hice un comentario sobre el clima—respondió la encargada—, dije que iba a llover hacia el anochecer, pero él no habló demasiado, creo. La verdad es que no me acuerdo. Atiendo a tantos clientes al día.

—¿Cómo se comportó?—volvió a preguntar Astrid—. ¿Cuál era su aspecto?

—Fue amable. Me pareció algo cansado, e iba sin afeitarse. Llevaba una camisa arrugada. Por lo demás, nada me llamó la atención. Un cliente completamente normal.

Astrid dio una vuelta por el lugar con los niños. Entraron en cada restaurante para echar una ojeada, preguntaron por Thomas en los pocos hoteles del pueblo, pero no había ni rastro de él. En la estación de tren había un mapa con rutas para excursionistas, una tupida red de líneas verdes que se disparaban en todas direcciones, calles y caminos, líneas de autobús y ferrocarril. Habían pasado casi diez horas desde que Thomas hizo su compra, así que ahora podía estar en cualquier parte. Si no hubiera traído a los niños con ella, Astrid habría partido en su busca. Había comenzado a caer una ligera lluvia, tal y como había pronosticado la encargada de la tienda. Los niños se quejaban, decían que estaban cansados, que tenían hambre.

—¿Os apetece una pizza?—preguntó Astrid.

Los pequeños estallaron en júbilo, como si de pronto hubiesen olvidado el motivo por el que estaban allí.

Thomas tenía la inquietante sensación de que todo había sido montado para él, de que la gente del pueblo eran actores que sólo habían estado esperando que apareciera para interpretar su papel y recitar sus diálogos. Era un mundo artificial, un decorado bajo un anchuroso cielo azul. El sol brillaba, las casas resplandecían bajo la luz matutina. Una pareja de jubilados, una mujer y un hombre, los dos con perros, estaban de pie al borde del camino y charlaban acerca del clima; una mujer pasó en bicicleta y les gritó algo a modo de saludo; los chicos de la escuela practicaban salto de longitud en la pista de atletismo, y en el área de juegos de la guardería retozaban los más pequeños. Thomas atravesó el pueblo, sintiéndose a un tiempo actor y espectador de aquella representación. Los coches pasaban muy despacio, y una dependienta limpiaba el escaparate de una peletería mientras dos obreros bromeaban con ella. Una joven se inclinaba sobre un cochecito de niño y le hablaba a su bebé con tono tranquilizador. Los gestos y palabras de la gente parecían exagerados, como los de actores aficionados en un teatro de pueblo.

Thomas le preguntó a un joven con traje y cartera si había en el pueblo alguna tienda de artículos deportivos y le pidió que le indicara el camino. El centro comercial estaba en la calle principal, cerca de la estación de tren. Parecía haber abierto hacía muy poco, algunas tiendas estaban todavía en obras, lo cual reafirmó en Thomas aquella sensación de estar moviéndose en un decorado.

Después de varios días a la intemperie, hasta la nave de techos altos le parecía estrecha, pero Thomas disfrutó del calor acogedor de aquel recinto, la pálida luz de neón y el simple olor

sintético de los zapatos y los tejidos. Era un mundo finito y comprensible, un mundo sin sorpresas y sin peligros. Una joven dependienta lo abordó. Él dijo que sólo pretendía echar una ojeada. Mientras reunía las cosas que necesitaba, la estuvo mirando en repetidas ocasiones. La mujer ordenaba los armarios, daba instrucciones a una segunda empleada, atendía a un cliente, que necesitó un tiempo infinito para acabar decidiéndose por un par de zapatillas deportivas. De ella emanaba una jovialidad diligente que encajaba a la perfección con aquel lugar inhóspito. Cuando fue a pagar, la mujer le preguntó con interés rutinario si planeaba una excursión.

—Sí, a las montañas—respondió Thomas y, tras unos segundos de reflexión, como si tuviera que convencerse a sí mismo, repitió—: A las montañas.

Pero la vendedora estaba ocupada en retirar de sus compras las etiquetas de seguridad y no pareció escucharlo. Él contempló sus manos, que parecían más viejas que su cara discretamente maquillada, las uñas cuidadas y pintadas con esmero en unos dedos sin anillo. Esas manos lo reconciliaban con aquella mujer. Estaba casi seguro de que no tenía marido, ni novio, a lo sumo tendría un gato. Se la imaginó volviendo a casa después del trabajo, de vuelta a su apartamentito en alguno de los macizos bloques de viviendas que había visto en la periferia de la localidad. El piso, seguramente, estaría tan ordenado como la tienda, como el propio pueblo, como toda la región. Se ducharía, se prepararía una ensalada y, mientras comía, dejaría la radio puesta. ¿Qué diría aquella mujer si él le preguntase si tenía planes para esa noche? Se imaginó llegando a su vivienda, se imaginó sentado en la cocina mientras ella se duchaba, prestando atención a los ruidos que le llegaban del cuarto de baño. Ella saldría entonces enfundada en un quimono, con una toalla envolviéndole el pelo, sacaría algo de comer de la nevera y se prepararía la cena. Él permanecería sentado, contemplándola en silencio. Luego se sentaría con ella frente al televisor y, más tarde, cuando se fuese a la cama, él se tumbaría junto a ella bajo la manta, como si fuese lo más natural del mundo. Y mientras ella, al día siguiente, estuviera en el trabajo, él la esperaría en el piso hasta el atardecer. Hasta un día en que reemprendiera su viaje, mucho tiempo después de haber partido de su casa.

—¿En efectivo o con tarjeta?—preguntó la dependienta.

—Con tarjeta—respondió Thomas.

Luego, en un cajero automático, Thomas sacó mil francos. En el supermercado situado al lado de la tienda de deportes compró una botella grande de agua y tantos alimentos como cupieron en su mochila, productos ricos en calorías y duraderos: galletas y chocolate, salami, queso duro, pan de centeno cortado en rebanadas, frutos secos, nueces y, tras vacilar un instante, una botellita de aguardiente barato. A continuación, se cambió de ropa en los lavabos públicos del centro comercial. Arrojó las prendas viejas en un cubo de basura.

Thomas se alegró de alejarse del pueblo. Hubiese preferido continuar caminando de noche, pero no había encontrado ningún sitio donde pasar el día sin llamar la atención. En todo caso, ahora sí que parecía un verdadero excursionista, llevaba la ropa adecuada, calzado resistente y una mochila. Sin embargo, el nuevo equipamiento también le pesaba, y su paso era ahora mucho más lento que antes. Fue siguiendo los indicadores amarillos de las calles, atravesó por debajo de la autovía y continuó andando por terreno llano hasta la próxima localidad, una aldea agrícola en cuyos bordes, entre prados de pastoreo y graneros, había decenas de edificios de nueva construcción, casitas que parecían como caídas del cielo, una invasión enemiga llegada de las zonas urbanas. Vio ante él la salida del valle, algo elevada, y detrás el borde dentado de los montes rocosos, pero el camino para excursionistas seguía una senda que serpenteaba cuesta

arriba por una ladera. Cuanto más escalaba, más se abría delante de sus ojos, bajo él, el llano superpoblado. Rodeado de colinas, parecía un anfiteatro enorme. A lo lejos podía verse el lago y, algo más allá, otros pueblos, nuevos bosques y colinas, la autovía y la línea del ferrocarril. Le vino a la mente de nuevo el paisaje de una maqueta, una topografía de cartón piedra, con dispersas áreas de un verde artificial y casitas y árboles extraídos de un catálogo.

No fue hasta llegar a la cima que el camino empezó a adentrarse en el valle por todo el flanco occidental, en dirección al sur. Salpicaban el paisaje varias granjas dispersas. Una columna de humo se alzaba en una franja de bosque situada por debajo de la senda. En el lado opuesto, unas gruesas tuberías de presión conducían hasta la planta hidroeléctrica situada en la zona llana. El camino descendía ahora ligeramente, mientras que el valle empezaba a ascender poco a poco. Al cabo de un par de kilómetros de andar ligero, Thomas llegó al fondo del valle. Aquí el paisaje se extendía, el bosque de las laderas daba paso a prados verdes en los que pacían vacas y ovejas. A continuación, había un pueblo de forma alargada con una gasolinera de autoservicio y una tienda de comestibles cerrada. A la salida del pueblo, en la parte alta, había un camping repleto de viejas caravanas. Era como si no las hubiesen movido de allí en años. Algunas tenían techos improvisados, hechos con plástico ondulado o toldos también de plástico. Delante de una de ellas se sentaban un anciano y una niña pequeña. Ambos estaban inmóviles, como paralizados por un hechizo.

Poco después el valle se estrechaba y pasaba a ser un barranco cubierto de floresta. El angosto camino conducía a lo largo del lecho seco de un arroyo en el que había enormes bloques de roca. Un cartel alertaba de riadas repentinas que podían producirse incluso cuando hacía buen tiempo. Entonces Thomas vio, a través de las copas de los árboles, la cúspide del dique de contención de una represa. Un estrecho sendero conducía, por un lateral, hacia lo alto de la pendiente, y atravesaba luego en zigzag una pared de roca. En algunos tramos habían colocado cables de acero a modo de pasamanos.

Cuando Thomas salió del bosque le pareció como si acabase de llegar a otro mundo. Estaba en un extremo de la pared de contención, y delante de él se extendía el lago artificial, bordeado de bosques y praderas. Al otro lado del embalse había un pequeño pueblo. Los afilados dientes de roca gris en el horizonte parecían ahora muy próximos. Sobre ellos se habían formado algunos cirros, pero sobre la cabeza de Thomas el cielo era todavía azul. Caminó un trecho a lo largo de la orilla del embalse, luego se sentó en la hierba para comer algo y descansar. A lo lejos se oyeron unos cencerros. Thomas se tumbó en el suelo y se sumió muy pronto en una especie de modorra en la que el tiempo y el espacio desaparecían para crear una dichosa sensación de ubicuidad.

Los niños se quedaron dormidos poco después de que Astrid emprendiera el regreso. Le alegraba no tener que hablar. Ya durante la cena los tres se habían mostrado más bien lacónicos. Los niños habían compartido una pizza, y luego Astrid los había invitado a un helado, como si fuera un día festivo. Ella ni siquiera se había acabado su ensalada.

Había escogido la ruta que pasaba por la represa y la zona alta, a fin de no tener que atravesar de nuevo la ciudad. Caía aún una ligera llovizna, la carretera mojada reflejaba la luz de los faros de los coches que venían en sentido opuesto. A Astrid le resultaba arduo conducir en la oscuridad. No había dormido bien las últimas noches, y tenía miedo de que los ojos se le cerraran. Deseaba poder sentir rabia contra Thomas, el culpable de todo aquello, pero no lo conseguía. En lugar de

ello, todavía se preocupaba por él. Estaba sentada en su asiento en una postura muy erguida y cantaba en voz baja, pero el cansancio era como un veneno que se extendía por su cuerpo lentamente, bloqueando cada vez más su contacto con el exterior.

En un área de servicio cercana a Winterthur detuvo el coche y lo aparcó junto a la pequeña tienda de la gasolinera. Se compró un café y se quedó de pie bajo el alero, desde donde podía ver a los niños en el coche. El siseo de los coches que pasaban, los reflejos de la luz sobre las superficies mojadas, el olor de la gasolina, le recordaban los largos viajes nocturnos después de ir a visitar a sus padres, y eso la tranquilizó un poco. El café estaba tan caliente que tuvo que tomarlo muy despacio. Fue entonces cuando se acordó de que debía llamar a la policía para informarla acerca de la nueva pista encontrada. Sacó del bolsillo la tarjeta del agente Ruf y miró el reloj. Eran las diez. Tras vacilar un poco, marcó el número de móvil que el policía le había escrito en el dorso de la tarjeta. El teléfono sonó media docena de veces, hasta que el señor Ruf respondió.

—¿Le molesto?—preguntó Astrid.

—No pasa nada—dijo él—. Suelo acostarme bastante tarde. —De fondo se oían los berridos de un bebé—. Y en estos tiempos, aún más—añadió el policía, riendo con sequedad—. Estaba justamente cambiando un pañal.

Astrid no deseaba oír tal cosa, de modo que lo interrumpió y le habló de las tres operaciones en la cuenta del banco y añadió que había estado en la tienda de artículos deportivos.

—Eso suena muy bien—dijo el señor Ruf—. ¿Dónde está usted ahora?

—En el área de servicio próxima a Winterthur—respondió Astrid—. Vamos de regreso a casa. El policía vaciló.

—Podríamos poner sobre su pista un rastreador.

—¿Un qué?

—Un perro de rastreo—aclaró él—. Váyase a casa y llámeme de nuevo cuando esté allí. Para entonces estaré mejor informado al respecto.

Astrid se sentía de nuevo totalmente despierta. De repente le parecía que Thomas estaba muy próximo, pero al mismo tiempo temía el momento en que él se hallara delante de ella y le hiciera partícipe de sus motivos, intentara explicarse. Era como si su relación, con su huida, se hubiera congelado en el preciso momento en el que ella entró en la casa, tres días atrás, para ver qué le ocurría a Konrad. Mientras Thomas estuviera desaparecido, nada cambiaría. Sólo con su regreso el tiempo empezaría de nuevo a correr. Y entonces podía pasar cualquier cosa.

Astrid aparcó el coche delante de la casa y despertó a los niños, que demoraron el momento de cepillarse los dientes y meterse en cama. Poco antes de las once llamó de nuevo al agente Ruf. Éste le dijo que pasaría por su casa, que estaría allí en un cuarto de hora.

Astrid lo esperó en la puerta, para que el timbre no despertara a los niños. Ya había preparado el café, y cuando se vio sentada delante del policía, en torno a la mesa del salón, sintió una especie de satisfacción por el hecho de que él hubiera dejado a su mujer y a su bebé en medio de la noche sólo con el propósito de ayudarla. Lo suyo era algo mucho más importante. Ruf le dijo que había hablado por teléfono con unos colegas del cantón de Schwyz, ellos tenían un perro de rastreo, pero estaba destinado a la capital del distrito.

—Lo que he hecho ahora es movilizar a uno de nuestros guías caninos, con lo cual todo irá más rápido. Saldremos mañana a primera hora. El rastro estará todavía fresco. Si el terreno es

abrupto, prefiero no andar por ahí de noche.

—Pero ayer usted me dijo que no podía hacer nada—dijo Astrid—. Que Thomas tenía derecho a ocultarse.

—Lo tiene—dijo el señor Ruf—, pero nosotros también tenemos derecho a buscarlo. De todos modos, lleva ya tres días y tres noches desaparecido.

Ruf añadió que cada caso de desaparición era distinto, que no había un protocolo de actuación, sólo intuición.

—¿Y qué le dice su intuición?—preguntó Astrid.

—Me temo que es lo mismo que me preguntará mañana mi jefe—dijo Ruf—. Pero eso no debe preocuparle ahora. Lo principal es que encontremos a su marido. ¿Tiene alguna prenda suya? Lo mejor sería una pieza de ropa interior, algo que sólo él haya tocado.

—Lo he lavado todo—dijo Astrid—. Ni siquiera sé por qué.

Astrid dejó caer la cabeza entre las manos y empezó a llorar. El policía rodeó la mesa, le puso una mano en el hombro y dijo con voz serena:

—Vamos, seguramente encontrará algo: una chaqueta, un jersey, cualquier cosa.

Cuando Astrid se hubo tranquilizado, fueron hasta el dormitorio. Ella abrió el armario de la ropa. Desconcertada, miró dentro.

—¿Y ese jersey?—preguntó el señor Ruf.

—No se lo ha puesto en muchísimo tiempo.

Astrid contempló, consternada, las prendas lavadas, las camisas planchadas, las camisetas cuidadosamente dobladas, las mismas que había usado durante las vacaciones. Finalmente, recordó las cosas del voleibol. En la bolsa deportiva que estaba en la escalera del sótano, encontraron un chándal.

—No lo toque—le dijo Ruf, asegurándose de no contaminarlo.

Se sentaron de nuevo en el salón y bebieron una segunda taza de café. En algún momento Astrid dijo:

—Creo que necesito un coñac. Supongo que usted no puede beber estando de servicio, ¿no? Es lo que dicen siempre los comisarios en la televisión.

El policía hizo un gesto de rechazo. En realidad, no estaba estrictamente de servicio, y tampoco era comisario. Cuando brindaron, él le dijo que se llamaba Patrick. Pasaron otro rato charlando. Él empezó a hablar otra vez de su bebé. Todo lo que Astrid sabía acerca de la policía lo había visto en las películas policíacas. En ellas los policías siempre mantenían relaciones tormentosas o vivían separados de sus mujeres, lo cual a ella le parecía más apropiado que la pequeña dicha familiar de Patrick. Él no quiso beber un segundo coñac. Ella volvió a servirse y, al hacerlo, se sintió mucho más experimentada y madura que él. Hasta la indignación mostrada por Ruf tras la desaparición de Thomas le parecía ahora un gesto ingenuo, y dudaba que el agente pudiera conseguir nada en un caso que ni siquiera entendía. Más tarde se mostró más moderada, llegando a confesarse que ni ella misma entendía lo que había ocurrido.

—Llegará el momento en que el bebé duerma toda la noche—le dijo ella y se levantó—; algunos aprenden más pronto, otros tardan un poco más.

—¿Cuál fue el primer cargo en la cuenta bancaria?—preguntó Patrick cuando estaba ya en el recibidor.

—Un local en Frauenfeld, M & K Gastrogeschäft GmbH—respondió Astrid—. ¿Será un

restaurante?

—¿Cuál era el importe?

—Veinte francos—respondió ella.

—Un momento—dijo Patrick—. Haré una breve llamada.

El agente salió y cerró la puerta a sus espaldas. Astrid se quedó en el recibidor. Miró el reloj, era medianoche. Al cabo de pocos minutos Patrick regresó. Parecía cansado, como si allí fuera hubiese perdido todas sus energías.

—Siento decirlo—dijo—, pero el nombre de esa empresa me sonaba de algo. La policía siempre tiene que lidiar con ese tipo de gente. El cargo tiene que haber sido hecho en el Galaxy, un club de alterne en Braunau, cerca de Wil.

Astrid lo miró sin comprender.

—Un burdel—dijo él.

Ella se dio la vuelta y corrió al salón. Sólo deseaba estar sola, no ver a nadie ni que nadie la viera. Pero Patrick la había seguido. Volvió a ponerle una mano en el hombro. Ella hizo un gesto de enojo y él retiró la mano.

—Perdona. La suma es muy pequeña. Lo más probable es que sólo haya tomado una cerveza en ese lugar.

Astrid guardó silencio. Que Patrick la tuteara empeoraba la situación.

—Será mejor que me vaya—dijo él—. Mañana será un día largo. Te mantendré al corriente.

Astrid oyó cómo él cerraba la puerta tras de sí. Entonces volvió a llenar la copa de Patrick. Cuando la hubo apurado, fue como si sus labios rozaran los de él. Llevó a la cocina las tazas de café y las copas de coñac. Se preguntó si Thomas habría estado antes en ese burdel, si la habría estado engañando todo el tiempo. Tenía clientes por aquella zona a los que visitaba en ocasiones; siempre lo hacía de día, cierto, pero ese tipo de local seguramente no sólo estaba abierto de noche. Astrid abrió el ordenador portátil y buscó el local en Google. En la pantalla apareció la fotografía de una mujer con los senos al descubierto y, debajo del nombre del bar, un anuncio parpadeante: «El local más morboso del este de Suiza. Chicas calientes para ti, bebidas a precio de bar. De lunes a domingo, de 18:00 a 05:00 horas».

Astrid navegó por las páginas del sitio, encontró fotos del interior y una galería de retratos de las prostitutas. «Esta noche, todas estas chicas estarán disponibles para ti: Milena, Brigitta, Amanda, Lora, Tina, María». Debajo del anuncio aparecían las imágenes de unas jóvenes con ropa muy sexy o completamente desnudas. Algunas se habían dejado caer el pelo encima de la cara, en otros casos, unas estrellitas amarillas tapaban la cara y el sexo. Si se hacía clic en una de las fotos, se abría una nueva página con una breve descripción de la mujer y nuevas fotografías. «De naturaleza golosa, viciosa del sexo, sin tabúes. ¡Esta chica de sangre caliente necesita el sexo como el aire para respirar! ¡Te mimará con tal lujuria y entrega como pocas veces podrás experimentar!». Asqueada, Astrid cerró el navegador y el portátil.

Tardó mucho en quedarse dormida. Le venían a la mente, una y otra vez, las imágenes de aquellas mujeres anónimas de nombres intercambiables que mostraban sus traseros a la cámara, que se inclinaban hacia delante para que sus pechos parecieran más grandes y turgentes. Astrid se vio entonces de pie, en camión de dormir, en medio de aquel local nocturno; a lo largo de las paredes había parejas y pequeños grupos de hombres y mujeres desnudos con las caras enmascaradas. Poco a poco se iban acallando las conversaciones, y los clientes se volvían hacia

ella. Sospechaba que esa gente la conocía, que la calaban. Iban acercándose cada vez más y más, estrechando el círculo. Astrid intentó escapar, pero no la dejaron pasar, sintió unas manos que la empujaban hacia atrás, que tiraban de su camisón, de su ropa interior; sintió el contacto de brazos que la rodeaban, que la agarraban con fuerza. Entonces, en medio del tumulto, vio a Thomas junto a la pared. Su brazo rodeaba las caderas de una mujer desnuda. Sonreía, divertido. Movía la boca, pero ella no podía oír lo que decía en medio de aquel ruido. De repente se despertó. La habitación estaba a oscuras. Astrid palpó en busca del despertador. Eran las cuatro de la madrugada. A continuación, se levantó, se echó por encima el albornoz y salió al jardín. Sólo allí pudo respirar otra vez sin dificultad.

El sol estaba encima de la vertiente opuesta del valle, y las nubes se habían aproximado. Por lo demás, todo seguía como antes. Thomas no pudo evitar pensar en aquellas viñetas dobles de su infancia, en las que uno debía encontrar las diferencias. Faltaba una vaca, una de las muchas flores del prado había perdido sus pétalos, el mirlo ya no estaba posado en el manzano, la cruz suiza había desaparecido de la bandera. En el lago se veía ahora, a cierta distancia, una embarcación de pesca, pero el pescador debía de encontrarse en el otro lado de la barca o en el camarote.

El camino serpenteaba a lo largo del lago. A intervalos separados se veía a algunos pescadores en la orilla, tan inmóviles y quietos como si formaran parte del paisaje. No había nadie más a la vista. En todas partes reinaba un ambiente festivo. El sol lo cegaba. A continuación, el camino describía una curva, y Thomas avanzó a través de las sombras azules de un pequeño bosque de alisos. Los troncos de los árboles estaban cubiertos de costras y musgo, no parecían ser los portadores de aquel follaje verde brillante. En los prados vio de nuevo los narcisos de otoño, de aspecto mucho más frágil que las flores en primavera, algo mustios, como si ya sintiesen que los días se hacían más cortos.

Al final del lago había un grupo de boyas y unas pequeñas embarcaciones de motor; en la orilla se veían algunas casas de veraneo con las persianas bajadas y un restaurante. ABIERTO HOY, podía leerse en el cartel coronado con la publicidad de una bebida. La puerta de cristal estaba abierta de par en par, pero la terraza estaba vacía.

El camino de grava discurría ahora, en zigzag, a través del bosque, trepando por la inclinada ladera del valle. A derecha e izquierda del camino aparecían a cada instante enormes bloques de piedra cubiertos de musgo. Thomas sentía en los costados unas punzadas que no cesaban ni siquiera cuando paraba para tomar aire. El sendero acababa en una pradera alpina con granja que por lo visto no se explotaba desde hacía mucho tiempo. Aunque aún era temprano, decidió pasar la noche allí. No conocía el lugar, y temía que en las cumbres hiciera demasiado frío de noche.

En la parte alta del antiguo establo había un pajar en el que pudo acondicionarse un sitio para dormir. Repartió un pequeño resto de paja polvorienta sobre el suelo de tablones y extendió el impermeable de color verde oscuro. Vacío entonces la mochila y colocó sus pertenencias sobre la delgada tela de fibra sintética. Se sintió como un niño que, la noche de su cumpleaños, contempla los regalos recibidos, en parte complacido, pero en parte también decepcionado, aun cuando todos sus deseos hayan sido satisfechos. Era el desconcierto del que posee algo y se da cuenta de pronto de que ninguno de esos objetos puede satisfacer o suplir sus anhelos. Echó entonces mano a la navaja, abrió y cerró todas las cuchillas y herramientas y fijó al ojete la cadena que le había comprado. A continuación, sacó del bolsillo la agenda que había encontrado en la chaqueta que se había llevado del club nocturno. Hojeó las páginas y leyó las anotaciones, los nombres y los

horarios: una cita con el barbero, otra con el médico. El nombre de una mujer aparecía continuamente: Brigitta. Thomas no conocía a nadie que se llamara así, no obstante, el nombre le sonaba familiar. Se imaginaba a la tal Brigitta como una mujer algo mayor, no especialmente bella, pero seria y cariñosa. Se preguntó qué tipo de relación podría unirle al dueño de aquella agenda de bolsillo, si sospechaba que ese hombre frecuentaba un burdel. Se imaginó lo que Brigitta diría de enterarse. Pensó en Milena, la rumana, tan diferente de como él se había imaginado a una prostituta.

Thomas espantó aquellos pensamientos. Leyó la información calórica de los paquetes de comida liofilizada que había comprado, la apuntó en las páginas en blanco de la agenda e hizo un cálculo general. Si los racionaba, aquellos víveres le alcanzarían para dos semanas, aunque en realidad la dieta era demasiado monótona: debió comprar algo de fruta fresca, o por lo menos algunas tabletas de vitaminas. Mientras hacía sus cálculos, empezó a llover. Oyó entonces el rumor monótono de la lluvia y notó la frialdad que ésta traía consigo. En algunos puntos el vetusto techo de pizarra tenía goteras. No se atrevía a hacer un fuego, así que sólo comió alguna cosilla de las que llevaba en la mochila. Tuvo entonces que salir brevemente, a fin de llenar la botella con agua en el arroyo. Mojado, temblando de frío, regresó al suelo de paja. Bebió un trago de aguardiente y se acostó. El rumor de la lluvia lo tranquilizó. Y también el olor de la paja vieja, de la hierba y la piedra húmeda. Pensó en Astrid y en los niños: no eran recuerdos o ideas concretas, sino sólo una sensación difusa de lo que lo ataba a ellos, algo que le proporcionaba calidez.

Era ya el cuarto desayuno sin Thomas. Los niños parecían haberse adaptado a la nueva situación, no hacían preguntas ni se mostraban tan intimidados como en los días anteriores. Hasta se peleaban de nuevo, algo que Astrid acogió como una buena señal. También ella se sentía mejor, no por hábito, sino porque sabía que ese día la policía saldría en busca de Thomas y que había buenas posibilidades de encontrarlo. La lluvia, en realidad, no representaba un problema, le había dicho Patrick la noche anterior, a pesar de ella el perro podía seguir el rastro, sobre todo si era tan fresco. Astrid le había dado su número de móvil y le había pedido que la mantuviera al tanto. Recibió breves mensajes de Patrick durante toda la mañana: «Ya de camino»; «El perro ha hallado el rastro, encontramos ropa»; «Estamos en el valle del Wägi». Con el propósito de distraerse, Astrid se puso a hacer un álbum de fotos con las imágenes más bonitas de las vacaciones, igual que en años anteriores. El software del laboratorio fotográfico ofrecía distintos modelos de formato, y Astrid probó algunos, pero aquella impostada individualidad hacía las fotos más anónimas. Finalmente, eligió un fondo blanco neutro y ordenó las fotografías como lo había hecho en los álbumes antiguos, cuando las fotos se pegaban todavía a mano. Thomas y ella habían acaparado la cámara, y en algunas fotos hechas por él era posible verla a ella, a veces con los niños, otras veces sola. Ella, por el contrario, sólo había tomado imágenes de los niños, del paisaje, de los sitios de interés en Barcelona que habían visitado durante una excursión. Para que Thomas apareciera en el álbum al menos una vez, añadió la fotografía que le había enviado a Patrick, aunque era obvio que no encajaba con las otras y parecía un cuerpo extraño entre las imágenes de las últimas vacaciones.

El último mensaje de texto de Patrick, enviado desde el valle del Wägi, había llegado poco antes de las once. Luego no había vuelto a comunicarse. Astrid había cocinado, los niños habían llegado a casa y almorzado, y Ella y Konrad se habían marchado de nuevo a la escuela. Poco a poco Astrid se fue inquietando, ya estaba dudando entre llamar o no a Patrick cuando su teléfono,

por fin, sonó a eso de las dos. Patrick le dijo que habían seguido el rastro por el valle hasta llegar arriba, al embalse, y luego a lo largo de éste. Había recorrido más de veinte kilómetros. Estaban ahora en un prado de montaña abandonado donde, al parecer, Thomas había pasado la noche. Pero el perro estaba exhausto, no podían continuar. Veinte kilómetros eran un esfuerzo enorme incluso para un animal bien entrenado.

—¿Y no tienen otro perro?—preguntó Astrid.

¿No podía el perro echarse a descansar y continuar más tarde? Hubo un breve silencio, hasta que Patrick le dijo que su jefe les había comunicado que ya habían invertido demasiados recursos en este caso. No existían indicios de que el desaparecido se encontrara en una situación de riesgo. Todo lo contrario. Astrid guardó silencio. Al cabo de otra pausa, el policía añadió que no había demasiados caminos que partieran de aquel lugar. Thomas podría estar al otro lado, en el valle del Klön, pero para eso tendría que dar marcha atrás un buen trecho y ésa no parecía ser su intención.

—Lo más probable es que se haya dirigido hacia el valle del Muota cruzando el puerto del Pragel. Si partió esta mañana bien temprano, ya podría estar allí.

Patrick añadió que había vuelto a hablar con sus colegas de Schwyz y les había recordado lo de la búsqueda, pero que por el momento no podía hacer nada más.

—¿Y ahora qué?—preguntó Astrid por fin.

—Regresamos—dijo Patrick con voz de desaliento.

Astrid cortó la comunicación sin dar las gracias ni despedirse. Dejó el teléfono sobre la mesa del comedor, fue hasta el dormitorio y se tumbó en la cama. Era como si la conversación que acababa de sostener empezara a hacer ahora su efecto, muy lentamente, como un medicamento que primero ha de ser absorbido por la sangre y distribuido por todo el cuerpo. Tras permanecer allí acostada, inmóvil, alrededor de un cuarto de hora, empezó por fin a llorar de manera violenta y descontrolada. Ni siquiera consiguió parar cuando oyó el ruido de la puerta de entrada y el seco saludo de Ella: «Mamá, ¿dónde estás?». Poco después la niña apareció en el dormitorio. Astrid se colocó bocabajo y, todavía llorando, ocultó la cara en la almohada.

Debió de quedarse dormida. Cuando despertó, Ella estaba de pie en la puerta del dormitorio; junto a ella se hallaba el policía y detrás, Konrad. Los niños le hablaban en voz baja: «Mamá, ¿estás despierta? ¿Qué ocurre? ¿Cómo te sientes?».

La pequeña Ella la tocó. Konrad se acostó a su lado y se le acurrucó. Su pequeño y cálido cuerpo. Pero Astrid no aguantó el contacto, así que se dio la vuelta para apartarse sin decir una palabra.

«Venid, chicos», le oyó decir a Patrick en voz baja; más tarde oyó también pasos por la casa y, en el salón, la voz tranquilizadora del agente y las voces de sus hijos. Cuando la habitación quedó a oscuras, se levantó. Sin encender la luz, se detuvo en la puerta entreabierta del dormitorio y aguzó el oído. Un recuerdo de infancia: aquellos días de enfermedad, cuando se movía entre el sueño y la vigilia. El televisor estaba encendido, se oían las voces a todo volumen de unos personajes de dibujos animados. Astrid se escabulló en el cuarto de baño y se lavó la cara con agua fría. Luego volvió a acostarse.

Llamaron al timbre de la puerta. La habitación estaba ahora casi completamente a oscuras, la poca luz que entraba provenía de la iluminación de la calle. Astrid oyó en el recibidor la alegre voz de Manuela y la algarabía de los niños, a los que siempre traía regalos inútiles en cada una de sus raras visitas. Era el colmo que Patrick hubiera tenido que llamar precisamente a la hermana de Thomas, con la que Astrid jamás se había llevado bien. Pero tal vez fuera su nombre el único en el

que los niños habían pensado. ¿Quién podía cuidar de ellos y de su madre? ¿No tenía ella amigas? ¿Ningún pariente cercano? ¿Alguien que viviera en la zona? Llamaron a la puerta de la habitación. Patrick entró y se quedó junto a la cama de Astrid con expresión aturdida.

—Debo irme—dijo—. Pero tu cuñada ha llegado. Ha dicho que puede quedarse y ocuparse de ti y de los niños hasta que te sientas mejor.

Patrick dijo también que sentía mucho no haber podido encontrar a Thomas. Astrid negó con la cabeza y le dio las gracias por su ayuda.

—No le digas que estoy despierta—le rogó con un susurro.

—Sólo le he contado lo imprescindible—dijo él, que permaneció allí un instante más y se marchó.

Más tarde Astrid oiría las voces de Manuela y de los niños. Parecían esforzarse por no hacer ruido. Astrid oyó pasos en la escalera, la cadena del retrete, una canción de cuna cantada en voz muy baja, risas y susurros, y luego, más tarde, otra vez pasos en la escalera. Cerró los ojos. Poco después, sintió como se abría la puerta y se cerraba de nuevo. Todo sucedió sin el menor ruido, pero ella notó el cambio en el espacio, que se amplió y cerró de nuevo.

Por primera vez desde que se marchó, Thomas despertó descansado y lleno de energía. La lluvia había cesado, pero el sol aún no había asomado detrás de los altos flancos de los montes. El aire era húmedo y frío. Bajo la luz matutina, las superficies verde claras del paisaje parecían pintadas sobre un lienzo. Tras un breve desayuno, con pan y algunos frutos secos, recogió sus cosas y partió. El camino era todavía más vertical que el día anterior, y Thomas empezó pronto a andar con el lento paso pendular que había aprendido en las montañas y que podía mantener durante horas. El bosque se acababa y la flora empezaba a ser más escasa y áspera. Los prados se llenaban de ortigas, al borde del camino crecían el ruiponce y la genciana de otoño, y también pequeños helechos entre las grietas de la roca. Se oía sin cesar el rumor de un arroyo, pero cuando el camino dobló detrás de una gran roca, el ruido se acalló de repente. Ahora Thomas sólo oía el roce de sus zapatos sobre los cantos rodados y su respiración, acompañada al ritmo de su andar. Se sintió presente de un modo que jamás había conocido antes. Era como si no tuviera ni pasado ni futuro. Sólo existía ese día, ese camino por el que avanzaba lentamente rumbo a la cumbre. En alguna ocasión escuchó el silbido de una marmota, y Thomas se detuvo y miró a su alrededor, tenso como un cazador al acecho, pero no se vio al animal por ninguna parte.

Al llegar a la altura del paso de montaña se sentó sobre un peñasco y se quitó los zapatos y los calcetines para masajearse los pies. Había sudado durante el ascenso, pero ahora temblaba de frío ante aquel viento helado, de modo que se puso la chaqueta que llevaba atada a la cintura. Comió un poco de pan con carne seca y algo de chocolate.

El terreno descendía delante de él, creando un amplio valle que primeramente conducía en dirección este y luego se curvaba hacia el oeste. Detrás se alzaba una especie de enorme domo rocoso con una pared desnuda tan desproporcionada y agreste en comparación con las demás cumbres nevadas que parecía de otro mundo. Bajo la luz del sol que caía a través de las nubes, la formación rocosa emitía destellos plateados, casi blancos, lo que incrementaba la impresión de estar más próxima al cielo que a la tierra. Thomas se sintió presa de una extraña excitación y muy pronto se puso en marcha de nuevo.

Tenía que haber descendido muchísimo, perdiendo bastante altura. Por todas partes de aquel suelo lodoso las vacas que pastaban habían dejado unos profundos agujeros que se habían llenado

de agua, una maraña de supuestos caminos que no conducían a ninguna parte. A la derecha de Thomas, el valle quedaba delimitado por una larga pared de piedra, los prados situados bajo ese muro estaban salpicados de cantos rodados, y de vez en cuando se oía el seco golpeteo de una piedra al caer.

Thomas había divisado aquella pradera alpina desde lejos. En los terrenos que rodeaban la cabaña y el establo pacían unas cabras, algunos caballos y dos burros. Cuando Thomas se acercó, notó la presencia de una anciana que estaba sentada en un banco de madera en lo alto de un montículo y contemplaba la plateada formación rocosa con unos prismáticos. Tuvo miedo de asustarla, de modo que la saludó desde cierta distancia. La mujer, sin embargo, reaccionó muy serenamente, como si lo hubiera visto ya desde hacía un rato y estuviera esperándolo. La anciana dejó los prismáticos a un lado sobre el banco y le devolvió el saludo con voz amable. Él le preguntó por el domo rocoso.

—Es nuestro puerto de pastoreo—dijo ella.

—¿Y allí arriba crece la hierba?—preguntó Thomas.

La anciana asintió.

—Detrás de la roca. Pero hay muchas grietas y huecos en la piedra caliza.

Los dos se pusieron entonces a mirar aquel peñasco gris.

—Casi cada año una vaca o una oveja se despeñan y se matan—explicó la señora—. Este verano hemos tenido suerte, no ha habido ningún accidente. Y si Dios quiere, seguirá así.

La mujer también le dijo que mañana su gente bajaría del puerto.

—En realidad hubieran preferido quedarse una semana más, pero han anunciado nieve.

Hablaron entonces del verano, que había sido húmedo, y de las predicciones del tiempo en la tele, que anunciaban un invierno muy frío. El tema de conversación era lo de menos, se trataba únicamente de romper el silencio en aquel paisaje solitario. Finalmente, Thomas se despidió, y la mujer le dio las gracias—aunque él no supo por qué motivo—y volvió a coger los prismáticos.

Pronto apareció, por debajo de donde estaba Thomas, la carretera ascendente y serpenteante de un paso de montaña. Era de un solo sentido, pero cada pocos minutos se veía subir un coche deportivo, a veces incluso grupos enteros de vehículos. El rugido de los motores de gran cilindrada rompía el silencio, el ruido iba y venía cada vez que los coches pasaban por una curva para desaparecer luego detrás de la siguiente.

En el paso había una pequeña capilla y un asta muy alta con la bandera suiza. Algo más allá de un prado en terreno llano, Thomas vio unas edificaciones: un establo de forma alargada y una vivienda. Probablemente habría también algún restaurante y hasta quizá un alojamiento donde pasar la noche. En cualquier caso, delante de la casa había varios coches. Era la última hora de la tarde, el cielo estaba nublado y hacía fresco, así que Thomas decidió quedarse allí.

Astrid se despertó temprano y ya no pudo volver a conciliar el sueño. La ofuscación de la noche anterior había dado paso a una inmensa claridad. Era como si, ante la amenaza que se cernía sobre ella, todas sus fuerzas se hubieran concentrado en un mismo propósito. Sabía lo que tenía que hacer sin pensarlo. Le daban igual los planes de Thomas, sus objetivos. Fuera lo que fuese que hubiera pensado, ella no lo dejaría marchar así sin más, sin ofrecer resistencia. Lo traería de vuelta. Ahora se trataba de llevar a la práctica el plan. Al oír que Manuela y los niños se levantaban, volvió a hacerse la dormida. En cuanto los pequeños salieron de casa, se levantó.

Manuela estaba recogiendo la cocina. Cuando entró, su cuñada la abrazó sin decir palabra, como si se encontrasen en un entierro. Impaciente, Astrid soportó el abrazo.

—Lo siento muchísimo—dijo Manuela después de soltarla.

—Cosas que pasan—respondió Astrid con frialdad.

Manuela sirvió dos tazas de café y la precedió camino al salón. Se comportaba como si estuviera en su casa, como si fuera ella la anfitriona y Astrid hubiera venido un momento a charlar. Encima del sofá había una manta de lana; por lo visto Manuela se había acomodado allí.

—Nada de esto encaja con la personalidad de Thomas —dijo su cuñada—. No puedo imaginar qué le ha pasado.

—Gracias por ocuparte de los niños—dijo Astrid.

—Qué va, pero si es lo más normal—dijo Manuela—; para eso está la familia.

«Tú no eres mi familia», pensó Astrid.

—Nosotros estamos casi seguros de dónde está Thomas—dijo Manuela.

«Nosotros—pensó—, Patrick y yo». La idea de que Manuela hubiese hablado de ella con el agente la ofendía. Era como si él la hubiese traicionado.

—Me gustaría ir hasta el valle del Muota, tal vez allí alguien lo haya visto. La policía no hace nada. ¿Podrías ocuparte hoy de los niños?

Manuela puso cara compungida.

—¿Crees de verdad que te vendrá bien?—le preguntó a Astrid como si le hablara a una enferma.

—Estoy perfectamente—respondió Astrid—. Es el único rastro que tenemos. Tal vez...—dijo, y se interrumpió.

—No creas que yo estoy de su parte sólo por ser su hermana—dijo Manuela—, me parece impropio de él lo que ha hecho.

Astrid pensó que «impropio» era la palabra menos apropiada: significaba que él jamás haría algo semejante, que no podía ser, que la culpable de que se hubiera marchado era ella, Astrid. Se preguntó entonces si Manuela sabría algo del paradero de su hermano. Entre ellos siempre había reinado una gran confianza que ella nunca había entendido y que siempre la había irritado. Astrid era hija única, no podía imaginarse lo que significaba tener un hermano o una hermana. Por supuesto que Manuela estaba de parte de Thomas. Lo estaba, aunque lo negara.

—Me vuelve loca quedarme aquí sentada sabiendo dónde está—dijo Astrid.

—¿Habéis discutido?—preguntó Manuela, todavía con aquella voz de enfermera.

—Si no puedes cuidar de los niños, le pregunto a la vecina—añadió Astrid.

Eran ya pasadas las nueve cuando pudo partir. El GPS le indicó que hasta el valle del Muota serían dos horas de viaje. Astrid condujo más deprisa de lo permitido. Poco antes de las once dejó atrás la autovía. La carretera entonces la llevó cuesta arriba, y pronto llegó a un llano valle de montaña. Al final de ese valle había un pueblo que parecía consistir en una sola calle alargada. Aparcó el coche delante de un restaurante, sacó la foto de Thomas del bolso y bajó. De inmediato le llamó la atención el silencio que reinaba en el lugar. Todos los ruidos parecían atenuados, y las personas a las que preguntó por Thomas respondieron en voz tan baja y vacilante como si formaran parte de un público que estaba presenciando una grandiosa puesta en escena y no deseaba molestar. Sin los niños, y en este entorno extraño, le resultaba más fácil hacer sus averiguaciones sobre Thomas. «¿Por casualidad ha visto a este hombre? Debió de haber pasado

ayer por aquí. Lleva ropa de excursionista. Probablemente esté sin afeitarse». Sin embargo, mientras interrogaba a los transeúntes, intuyó que Thomas no había estado allí. Lo más seguro era que hubiese intentado evitar el pueblo caminando por la ladera situada al otro lado del río, donde, entre los prados de pastoreo, sólo había unas pocas granjas y establos. La gente no se mostraba hosca, pero sí tímida y parca en palabras, algunos se limitaban a negar con la cabeza y continuaban su camino. Un par de chiquillos que acababan de bajar riendo de un autobús escolar enmudecieron de repente, como si su alegría estuviera fuera de lugar. Le preguntaron si el hombre había hecho algo malo. Astrid se había inventado una historia, una explicación, pero en ese momento sólo negó que hubiera hecho algo y dijo simplemente que era su marido. Tampoco los niños habían visto a Thomas.

Aunque Astrid no tenía hambre, fue al restaurante delante del cual había aparcado el coche. En el comedor sólo se hallaba la dueña, que ocupaba una de las mesas y estaba viendo una tertulia televisiva. Cuando Astrid se sentó, ella apagó el aparato y encendió la radio. Una fanfarria tocaba un popurrí de conocidas melodías. Poco a poco fueron llenándose las mesas con obreros y jornaleros vestidos con monos de color naranja. Aparte de la dueña, Astrid era la única mujer en el salón. Pidió el menú, pero sólo de ver el plato lleno se le quitó el apetito, de modo que estuvo revolviendo la comida, de la que apenas comió la mitad. Cuando vino a recoger el plato, la dueña le preguntó si no le había gustado.

La mayoría de los hombres estaba ya tomando el café cuando Astrid empezó a pasar de mesa en mesa preguntando por Thomas. Durante la comida, los hombres habían estado haciendo bromas y riendo, y Astrid temió que también se burlaran de sus preguntas. Sin embargo, como si percibieran la urgencia y la seriedad de la situación, todos respondieron cortésmente sin hacer comentarios inapropiados.

—Pregúnteles a esos de ahí—dijo un joven con un forro polar de color azul oscuro cubierto de serrín señalando a un grupo de hombre vestidos con overoles de color naranja—. Son los de la obra en la carretera comarcal.

También aquellos obreros se mostraron amables. Un tipo bajito y gordo con una barba tupida, que seguramente sería el capataz, miró la foto durante un buen rato y se la pasó a un compañero haciendo un gesto negativo con la cabeza.

—¿Lo habéis visto?

En ese momento la dueña se acercó a la mesa y miró la foto por encima del hombro del peón de carreteras.

—¿Hay algún hotel en el pueblo?—preguntó Astrid.

—El hostel Post tiene un par de habitaciones para huéspedes—dijo la mujer—. Y arriba en Stalden está el mirador alpino, y en el paso hay una hostería donde tienen un dormitorio colectivo.

En la radio sonaba ahora una canción pop.

Ni en el hostel Post ni en el mirador de los Alpes pudieron ayudar a Astrid, de modo que ésta decidió subir hasta el paso de montaña. La carretera era de un solo carril, pero por suerte había suficientes apartaderos. A Astrid le asombró la cantidad de coches deportivos que le salieron al paso en dirección opuesta, la mayoría con matrícula alemana. Había abierto un palmo la ventanilla, y un fresco y helado aire de montaña penetró en el coche.

Estando ya a una altura considerable, vio bajando por la carretera a dos pastores barbudos que arreaban unas veinte vacas. Tuvo entonces que dar marcha atrás un tramo bastante largo hasta alcanzar el apartadero más próximo. Las reses pasaron trotando junto al coche con el ruidoso

tintineo de los cencerros, mientras que los hombres, por su parte, saludaron en silencio, con un breve movimiento de la cabeza que tenía algo de desafiante. A Astrid le asombró que bajaran tan pronto del puerto de montaña, pero entonces recordó que en el pronóstico del tiempo habían anunciado nieve en las cotas más altas.

En el paso había una pradera alpina y una fonda. Detrás de aquellos edificios sin ornamentos, en un prado cercado, habría unas cien vacas, y entre ellas se veía a varios hombres y mujeres que azuzaban a las reses para formar grupos. La escena no tenía absolutamente nada de esa festividad relacionada con la bajada de los puertos que Astrid conocía de los folletos turísticos y los anuncios de quesos: no había trajes típicos coloridos ni vacas engalanadas con flores, sino dos caballos sobrecargados que pastaban al borde del prado y un pequeño rebaño de cabras.

Astrid había aparcado el coche en una explanada de grava. Aunque llevaba un jersey de lana, sentía frío. En el cielo se juntaron varias nubes oscuras, y fue como si ya pudiera oler la nieve.

En el enorme salón de la hostería sólo había dos mesas ocupadas. En una estaban sentados un hombre y una mujer de la edad de Astrid que vestían ropa de motoristas y tenían los cascos colocados a un lado, encima de la mesa. En la otra mesa había cuatro ancianos jugando a las cartas. A juzgar por su dialecto, eran nativos del lugar. Junto al mostrador había una chica joven de aspecto muy tímido que respondió a las preguntas de Astrid con monosílabos, hasta que por fin dijo que iría a buscar a su madre. Pasó bastante tiempo hasta que apareció una mujer bajita y fibrosa de pelo negro. Llevaba puesta una basta ropa de trabajo y botas de goma. Miró primero la foto de Thomas y luego a Astrid. Finalmente dijo que aquel hombre había pasado una noche allí y continuado viaje al día siguiente.

—Tenemos un amplio dormitorio en la buhardilla. ¿Es su marido?—preguntó—. Venga—dijo, y condujo a Astrid hasta una de las mesas, algo apartada de los demás huéspedes. A continuación, le gritó a su hija que trajera dos tazas de café y le dijera a su padre que iría enseguida—. Estaba a punto de irme al establo—dijo, disculpándose ante Astrid—. Y ahora, cuénteme. Me llamo Bernadette.

Astrid le contó toda la historia, y ni ella misma supo por qué lo hizo. La campesina la escuchó pacientemente, intercalando a veces un par de preguntas, asintiendo y diciendo de vez en cuando alguna que otra frase tranquilizadora. Cuando Astrid hubo acabado, Bernadette no le hizo ningún comentario ni le dio ningún consejo. Sólo le puso una mano a Astrid en el antebrazo y le preguntó si quería otra taza de café. Entonces le contó lo poco que podía contarle. El marido de Astrid había llegado el día anterior al final de la tarde, preguntando por un sitio donde pasar la noche. Ella lo había alojado en la buhardilla; él era su único huésped. Luego había cenado allí, pero no había hablado demasiado. Astrid le preguntó qué impresión le había dado Thomas. Bernadette reflexionó un momento.

—Me pareció amable, callado. Un poco ausente, quizá.

No, no había dicho adónde pretendía ir, añadió la campesina, pero si había llegado del valle del Wägi, lo más seguro era que siguiese bajando hacia el del Muota, pues era una ruta muy frecuentada. Allí nadie lo había visto, le dijo Astrid.

—Hay otras rutas y caminos, claro—dijo la campesina.

Bernadette no sabría decir la hora a la que Thomas se había marchado. Había desayunado tarde y pagado la cuenta. Más tarde ella bajó al valle con el coche para hacer la compra, y cuando regresó a eso del mediodía y subió al dormitorio él ya no estaba. Bernadette le preguntó a Astrid si podía ayudarla en algo más, tenía que ordeñar las vacas.

Astrid caminó un rato por aquel llano montañoso. Sobre el prado sólo quedaban la mitad de las vacas de antes. Allí donde el terreno empezaba a elevarse había una pequeña capilla abierta. Astrid contempló durante largo rato el Cristo en la cruz. Su abuela, en un lugar así, habría pedido ayuda; su madre se habría persignado y tenido quizá la vaga sensación de que el Señor la ayudaba en su desgracia. Para Astrid, en cambio, aquel crucifijo era sólo un trozo de madera y metal.

Abajo, junto a la carretera, había varios indicadores amarillos con las rutas en todas las direcciones. Astrid leyó los nombres de los lugares: Bödmeren, Twärenen, Eigeliswald, Vörauen, Charental, Silberer, Dräckloch. Eran decenas de caminos por los que Thomas había podido continuar. Por un momento consideró la idea de recorrer una de esas rutas, cualquiera, sólo por el hecho de no quedarse allí de pie, sin hacer nada. Pero ya eran casi las cuatro y pronto empezaría a nevar. Sintió entonces cómo la abandonaba la energía que la había impulsado esa mañana.

El comedor estaba vacío cuando Thomas entró. Al lado del mostrador había una vitrina con queso alpino y otros productos lácteos a la venta. Thomas carraspeó, tomó asiento delante de una de las mesas y aguardó. Por fin llegó una mujer bajita y muy delgada de pelo negro, lo saludó y se acercó a su mesa. Aquella mujer tenía cierto aspecto eslavo, y Thomas recordó las tropas rusas que habían cruzado aquella región hacía doscientos años. Pidió un café. Cuando la mujer se lo trajo, él le preguntó por una habitación. Sólo tenían un dormitorio colectivo en la buhardilla, le dijo ella, pero él era el único huésped. A las siete se serviría la cena. Thomas se quedó mirándola mientras la mujer se alejaba, iba hasta el mostrador y desaparecía por una puerta que estaba situada detrás. Aunque llevaba botas de goma, se movía con una gracia que no parecía encajar con el lugar.

Thomas bebió el café y se puso a hojear un periódico local que estaba sobre la mesa. Poco después la mujer regresó y le dijo que le enseñaría el alojamiento. Lo condujo a través de la cocina y, a continuación, subieron por una estrecha escalera hasta la buhardilla. En la habitación de techo inclinado había una docena de colchones individuales colocados lado a lado y, encima, pilas de mantas grises del ejército y almohadas con fundas de cuadros rojos y blancos. A través de un tragaluz, por la parte frontal, entraba un poco de luz diurna. Encima de la puerta brillaba débilmente una solitaria bombilla. Hacía frío en aquel dormitorio y olía a leche agria y también a polvo y a paja. La hostelera repitió que la cena era a las siete. Una vez solo, Thomas se acomodó en el colchón que estaba junto a la ventana. Eran poco más de las seis cuando se tumbó y se concentró en los ruidos que llegaban desde la planta baja. Poco antes de que dieran las siete, oyó un entrechocar de platos y bajó al comedor.

En el recinto había una larga mesa puesta para diez personas y, algo apartada, otra individual. Thomas se sentó en esta última y observó cómo se iba llenando la gran mesa. Además del campesino y cuatro niños, ocuparon sus puestos un hombre joven y otro viejo, mientras que la campesina y una joven exuberante traían las fuentes y bandejas. La joven le sirvió a Thomas la comida y le deseó buen provecho. Tenía hambre y empezó a comer de inmediato, mientras el resto de comensales de la gran mesa se cogía de las manos. El campesino bendijo la mesa en voz tan baja que parecía que se avergonzara de hacerlo delante de aquel huésped desconocido. Después de eso, sólo se oyó por un buen rato el tintineo y el entrechocar de los cubiertos. Poco a poco las voces fueron mezclándose con el ruido de la comida, alguien pidió que le alcanzaran una fuente o una jarra de té; el joven hizo una broma, la joven le respondió y la campesina intervino para tranquilizarlos. Thomas sólo entendía la mitad de lo que hablaban, pero por primera vez desde

que había partido de casa se sintió solo. Durante la larga caminata se había olvidado de sí mismo, y cuando había pensado en Astrid o en los niños se había sentido unido a ellos en sus pensamientos. Ahora, en cambio, sentía con dolor que ya no pertenecía a la comunidad de los hombres, que no era más que un cuerpo extraño en ese mundo pequeño y predecible. En la mesa había quedado un sitio libre, y se imaginó entonces a sí mismo sentándose en él, tomando de las manos a sus compañeros de mesa y pronunciando con ellos la oración; se imaginó comiendo y bebiendo, ayudando luego a lavar los cacharros de la cena. En una granja de montaña siempre es bienvenida una ayuda adicional.

Las moscas revoloteaban en torno a su mesa, y él, irritado, las espantaba una y otra vez. Apenas dejó sus cubiertos, tres moscas se posaron sobre el plato vacío. Había pedido medio litro de vino tinto. Sentía que el alcohol le hacía efecto más pronto que otras veces, de modo que no se acabó la botella. Contempló la copa medio vacía y no pudo sino recordar aquella otra que había dejado en la puerta de su casa tan sólo cuatro días atrás. Cuando se levantó, perdió el equilibrio por un breve instante y tuvo que agarrarse a la silla. Dio las buenas noches al pasar junto a la larga mesa y subió.

La temperatura del comedor era agradable, mientras que en el dormitorio de la buhardilla hacía más frío. Aunque Thomas se echó encima tres de aquellas tiesas mantas, tardó en entrar en calor. El volumen de las voces en la planta baja parecía haber aumentado. Luego se oyó otra vez el entrecocar de los platos, unos pasos y, poco más tarde, desde otro rincón de la casa, una radio y el ruido del agua. Desde otro punto se oyó el golpear de una puerta al cerrarse y unos gritos lejanos.

Thomas se despertó temprano al día siguiente, pero no se decidió a levantarse y volvió a quedarse dormido. Cuando despertó por segunda vez eran ya las nueve pasadas. Las noches anteriores había tenido toda clase de sueños, algunos en estado de duermevela, y durante el día había estado reviviendo ciertas imágenes fantásticas que a menudo le parecieron más reales que los paisajes por los que cruzaba. Aquella última noche, en cambio, no había soñado nada, y, mientras se lavaba precariamente en el pequeño lavabo del pasillo, sintió como si sólo existiese ese instante, el olor a polvo, el correr del agua, los ruidos lejanos del establo y la cocina, la gris penumbra de esa antesala, el frío del metal al abrir el grifo.

En el comedor, la tímida jovencita estaba barriendo el suelo. Sobre la mesa aguardaba ya el desayuno, y después de que Thomas se sentara, la chica, sin decir palabra, le trajo un termo de café y una jarrita con leche caliente. En el momento de pagar, la joven llamó a su madre, que estaba más ocupada que el día anterior y no habló demasiado. Thomas no se atrevió a dejarle una propina. Sólo dio las gracias y subió a recoger sus pertenencias. Eran las diez cuando se puso en camino.

El estrecho sendero ascendía en zigzag por la pendiente. De vez en cuando aparecían algunos abetos, pero cuanto más ascendía, más escasa se hacía la vegetación. Las vetas de roca atravesaban la pendiente. Los prados de color pardo estaban llenos de gibas y hondonadas, y en algunos de esos bajíos crecían los erióforos sobre un suelo lodoso, en otros se habían formado pequeños pantanos en cuyas aguas los haces de unas hojas muy estrechas y largas flotaban como cabelleras de personas ahogadas. El cielo se había cubierto de nubes; bajo la luz difusa, el karst parecía totalmente blanco, mientras que el agua de los pantanos cobraba un color negro y parecía muy profunda.

Reinaba el silencio. Sólo cuando Thomas ya estaba a bastante altura escuchó desde las

profundidades el ladrido de unos perros y el ruido de los cencerros, y vio muy abajo, al girarse, un gran rebaño de vacas y algunas cabras que un pastor azuzaba hacia uno de los pasos de montaña. En la retaguardia del rebaño marchaban dos perros con unas alforjas muy cargadas. Thomas se sentó en una peña hasta ver desaparecer el convoy detrás de un saliente de roca con forma de nariz y sentir que reinaba otra vez el silencio.

Su ascenso iba aparejado de la sensación de un retroceso en el tiempo. Variedades de flores que a la altura del paso se habían marchitado se mostraban aquí, mucho más arriba, en todo su esplendor, en algunos casos ni siquiera habían brotado de los botones. Cuanto más se allanaba el terreno, más intransitable se volvía. El relieve dentado del karst parecía un mar de olas petrificadas. En el terreno lleno de estrías, por todas partes se abrían grietas, algunas de varios metros de ancho y profundidad. En otras partes había suaves pendientes que de pronto caían en picado o acababan en estrechas crestas y salientes que Thomas sólo se atrevía a cruzar a horcajadas. Las rocas de borde filoso le arañaron las manos y le hicieron un corte en la rodilla.

El avance se hacía trabajoso, y Thomas se veía forzado a parar a menudo, pero le apremiaba avanzar, así que no fue hasta el final de la tarde que hizo una pausa más larga para comer algo. El cielo estaba ahora muy cubierto, la luz era tan difusa que ya ni siquiera arrojaba sombra. Cuando se levantó para continuar, no recordaba por dónde había llegado. Intentó orientarse por las vistas, pero no reconocía los picos que se alineaban en todas direcciones. Memorizó una cumbre bastante peculiar y decidió marchar en esa dirección hasta dar con un camino. Estaba del todo concentrado en el terreno, en cada paso que daba, cada agarre, como si se moviera a cámara lenta. Se veía atrapado en un laberinto de rocas, pero el temor difuso que sentía no tenía tanto que ver con esto como con la idea de que había llegado a su destino y que, aunque encontrara un camino, no sabría hacia dónde continuar.

La capa de nubes había descendido, y los picos de los montes ya no se veían. El viento frío arrastraba algunos jirones de niebla por encima de la meseta. Las rocas estaban ahora menos agrietadas, y Thomas podía avanzar más rápido. Tenía que encontrar ese camino antes de que la niebla se espesara y fuera imposible orientarse. Se estremeció antes de ser consciente del estampido, un frenético aleteo, y en ese mismo instante notó junto a su pie algo gris, moviéndose presa del pánico. Retiró el pie rápidamente, perdió el equilibrio y, por el rabllo del ojo, antes de girarse mientras caía, pudo ver un ave gris que se alejaba volando y, ante él, una grieta que se abría. Movi6 en círculos los dos brazos, buscando donde agarrarse. Por un momento le pareció como si volara.

No fue hasta esa mañana que Astrid cobró conciencia de que Thomas había estado con ella todo el tiempo. En todo lo que había hecho había sentido su mirada, ante cada decisión había percibido su beneplácito o su disgusto. En los últimos días, muy a menudo, había creído estar representando para él una obra teatral de la que su marido era el director, quien—con una de esas miradas que Thomas solía lanzarle a veces y que ella había aprendido a interpretar a lo largo de los años—le indicaba lo que tenía que hacer. Su comportamiento delante del policía lo había tolerado con una sonrisa, jamás se había mostrado proclive a los celos, y había tomado siempre los ocasionales flirteos de Astrid con otros hombres con una serenidad divertida o con una indiferencia casi ofensiva para ella. Había estado siempre muy seguro de ella—más que ella de él—, aunque lo cierto es que Astrid jamás tuvo motivos para dudar. Tal vez—pensaba—su amor no fuera tan intenso como el de Thomas, tal vez sus dudas respecto a él no eran más que dudas acerca

de su propio amor.

En ocasiones sentía que él estaba sumamente lejos, pero de repente lo veía aparecer detrás de ella, lo notaba tan próximo que llegaba a percibir el calor de su cuerpo. En esos momentos se resistía a la tentación de darse la vuelta. «¿Qué debo hacer?—preguntaba Astrid—. ¿Quieres que salga a buscarte? ¿Que siga tus pasos? ¿Me estás esperando en algún lugar? ¿O acaso debo hacer como si nada hubiese sucedido? ¿Necesitas tiempo? ¿Cuánto tiempo?». Pero no obtenía respuesta. En ese momento hubiera querido tener a alguien a su lado, incluso a Manuela, a pesar de sus lugares comunes y su consuelo de tres al cuarto, pero su cuñada se había marchado la noche anterior, tras haberse asegurado diez veces de que ella se sentía mejor, que se las arreglaba sola y no necesitaba ayuda.

Astrid se levantó y fue al recibidor. Allí estaba la bolsa de plástico con la ropa y los zapatos de Thomas que los policías habían encontrado en el centro comercial y le habían traído la víspera, mientras Astrid estuvo buscando a Thomas en las montañas. Sintió como si los agentes hubiesen querido mofarse de ella. «Mira, esto es lo que ha quedado de tu marido, una camisa arrugada, unos pantalones sucios y un par de zapatos rígidos por el barro». Hasta ese momento la desaparición de Thomas había sido abstracta, su ausencia no era diferente de cuando estaba en el trabajo o practicando voleibol. Esas pertenencias allí arrinconadas constituían la primera prueba material de que su marido se había despojado de su antigua existencia. No volvería, se había distanciado de su anterior vida y comenzado una nueva, desnudo como un recién nacido. Astrid tiró la ropa y los zapatos a la basura, como Thomas habría querido. Pero eso no bastó. Sacó la primera bolsa de basura del cubo, la anudó y la llevó hasta la escuela, donde había un contenedor grande de basura. La idea de que la recogieran la próxima semana y la quemaran junto con el resto de basura tenía algo liberador.

Los niños dormían todavía cuando ella regresó. Los fines de semana, por lo general, los dejaba dormir hasta tarde, pero sentía todavía aquel abandono que la había sobrecogido inmediatamente después de levantarse, así que subió para estar cerca de ellos. Se deslizó en la cama de Ella y abrazó a su hija por detrás. El pelo de la niña le hizo cosquillas en la nariz. «¿Has dormido bien?», susurró. La niña bostezó, se estiró y se dio la vuelta, colocándose bocarriba y liberándose del abrazo. Aunque Ella se parecía más a su padre que a su madre, Astrid, en ese instante, se reconoció en su hija. Se vio tumbada en aquella cama estrecha, estirándose a gusto. El cielo que se veía por la ventana estaba nuboso, y ese día nadie la haría salir de casa. Pasaría dos días holgazaneando, tumbada en la cama o en el sofá, leyendo, viendo la televisión. Pero entonces Astrid recordó de nuevo a su padre, a su madre. Intentó pensar en otra cosa, en algún libro leído, en algún plan forjado con una amiga. Comprar una vieja granja con establo, criar caballos, gallinas, conejos, tener muchísimos gatos y un perro. Y allí vivirían juntas, sólo ellas dos, y harían algo grande. No tenía una idea muy precisa de qué podría ser, pero el mundo entero la adoraría y admiraría por ello. Entonces oyó en la planta baja la voz de su madre, diciendo que había que levantarse, que llegaría tarde a la escuela. Pero si era sábado... Además, hacía años, muchos años, que ya no iba a la escuela. La pequeña Ella volvió a girarse y a alejarse un poco más de Astrid, quien, al mismo tiempo, se acurrucó más cerca de su hija.

—¿Qué vamos a hacer ahora?—preguntó Astrid.

—¿Podemos comprar un perro?—preguntó Ella.

Astrid había temido que los niños toleraran peor que ella la desaparición de Thomas, pero había sido todo lo contrario. Todos los sábados por la mañana les decía que su padre estaba bien,

pero que no tenía aún una fecha de regreso exacta. Que su partida no tenía nada que ver con ellos ni con la familia; que, sencillamente, había sido un paso necesario. «Si vuestro padre fuera el capitán de un barco, sería completamente normal que pasara dos y tres meses sin estar en casa», dijo. Al parecer esa idea había arraigado en la cabeza de los niños: su padre estaba haciendo un gran viaje, viviendo aventuras, viendo otros lugares del mundo. Pero pensaba todos los días en ellos, y si hubiese tenido la posibilidad, también les habría mandado alguna postal o algún mensaje de texto, los habría llamado. Pero en el sitio donde estaba no había postales ni sellos ni buzones. El teléfono móvil se lo había dejado en casa. A veces Konrad hacía incluso dibujos en los que se veía al padre en un barco pirata, en una isla desierta o en lo alto de una montaña. Cuando Astrid mencionaba a Thomas, los dos niños reaccionaban con asombrosa indiferencia, como si no quisieran ser despojados de sus fantasías, unas fantasías que, en su fuero interno, sabían falsas.

La secretaria de la empresa de Thomas la llamó varias veces preguntando por el estado de su marido y por la baja del médico. Finalmente, Astrid le pidió una cita con el jefe. Cuando llegó a la recepción el día en que había fijado el encuentro, la secretaria la saludó con una sonrisa insegura y le preguntó si Thomas estaba mejor. Astrid negó con la cabeza, y la secretaria empezó a hablarle de nuevo de la culebrilla de su madre.

El jefe de Thomas no llevaba demasiado tiempo en ese puesto. Hacía un año su antecesor se había jubilado, y en la empresa había habido cierta pugna por el cargo. El único que no se había presentado como candidato había sido Thomas, que dijo que prefería seguir ocupándose de sus clientes y no de asuntos de personal. El antiguo jefe acabó trayendo a alguien de fuera para que lo sustituyese. A raíz de eso la situación se tranquilizó un poco, pero el nuevo jefe no era demasiado querido. Astrid se alegró de no tener que explicarle la situación a alguno de los compañeros más antiguos de Thomas, a los que tuteaba, y conocía a sus esposas de las excursiones y las fiestas organizadas por la firma.

El jefe se puso de pie de un salto y salió al encuentro de Astrid.

—¿Prefiere que nos sentemos en la mesa de reuniones? ¿Puedo ofrecerle un café?

Astrid rechazó el ofrecimiento, dando las gracias, y se dejó caer en una de las sillas dispuestas alrededor de la gran mesa.

—Thomas ha desaparecido—dijo ella sin perder tiempo, a fin de salir del mal trago.

El jefe la miró con ojos inquisitivos.

—¿Qué quiere decir con que ha desaparecido?

Astrid le explicó la situación. A ella misma le sorprendió su serenidad. El jefe se mostró muy sobrio y se ahorró todo tipo de comentario. Propuso no informar de nada por el momento a los demás empleados.

—Les diremos, simplemente, que está enfermo. No va estar desaparecido para siempre.

—Thomas no va a regresar—dijo Astrid.

El jefe la miró perplejo, como si creyera que ella lo prefería de ese modo.

—Estoy segura de que no regresará—repitió.

—Bueno, vamos a darle un tiempo, de momento—dijo el jefe—. Su salario se lo seguiremos pagando durante el plazo legal de preaviso de despido, y si tarda uno o dos meses en volver podríamos tratar todo el asunto como una licencia, un período sabático. Con los años de servicio que tiene Thomas, no sería algo inusual.

Astrid no había pensado en absoluto en el dinero. Cuando salía, intentando pasar inadvertida junto a la entrada a fin de no encontrarse de nuevo con la secretaria, calculó que la empresa le suspendería el salario a más tardar en noviembre. Thomas se había ocupado siempre de las cuestiones relacionadas con el dinero, a fin de cuentas era su profesión. No se ganaba nada mal la vida, pero ellos no tenían grandes ahorros y sobre la casa pesaba una hipoteca.

Astrid pasó el resto de esa mañana intentando hacerse una idea general de su situación financiera, valorando cuánto tiempo podrían seguir viviendo aún de las reservas. Los números la confundían, la asustaban, y en algún momento agarró todos aquellos papeles y los metió en el cajón del escritorio de Thomas.

Hubiese preferido que nadie más, salvo ella misma, se hubiese enterado de la desaparición de Thomas. Pero Manuela se lo habría dicho ya a sus padres. La madre de Thomas la había llamado. No parecía estar preocupada siquiera. En una larga y confusa conversación, había intentado disculpar el comportamiento de su hijo. Contó historias de su niñez que Astrid había oído decenas de veces, habló de los problemas de Thomas con la autoridad, su testarudez, su egoísmo, como si Astrid no supiera ya todo eso y como si ello pudiera explicarlo todo. Al acabar la conversación, la madre de Thomas le aseguró que seguramente su hijo regresaría pronto, que todo no era más que un malentendido. Astrid ni siquiera se tomó la molestia de contradecirla.

—Y si podemos ayudarte en algo...—dijo.

—Gracias—respondió Astrid—, os llamaré si necesito ayuda.

Después de eso no había tenido más contacto con los padres de Thomas. Sólo Manuela la llamaba a veces y le ofrecía su ayuda. También le transmitía saludos de parte de sus padres.

—Me las apaño—decía Astrid—. Muchas gracias, gracias. Todo va bien.

A sus propios padres Astrid no les había dicho nada acerca de lo ocurrido, y en una ocasión en que fueron a visitarlos, aleccionó a los niños para que no contaran nada. La madre de Astrid preguntó si Ella y Konrad podían pasar unos días con ellos en las vacaciones de otoño. Los niños se entusiasmaron con el ofrecimiento, pero Astrid rechazó la propuesta de manera hosca.

—¿Salís de viaje?—preguntó su madre.

—Aún no lo sé—respondió—. No lo sabemos todavía.

Patrick tampoco la había llamado más desde el día de aquella infructuosa búsqueda. Tanto mayor fue el asombro de Astrid cuando, una tarde de finales de septiembre, lo vio delante de la puerta de su casa con cara de tristeza. Antes de que ella pudiera pedirle que entrara, él le dijo que lo habían encontrado.

Un dolor abrasador fue lo primero que Thomas percibió. Luego, frío. Humedad. Yacía doblado hacia atrás sobre un terreno inclinado. Le dolía todo el cuerpo. Evitaba moverse, mentalmente iba haciendo un inventario de todos los dolores, los superficiales—causados seguramente por las desolladuras y los cortes—, los pulsantes de la articulación del tobillo y del hombro y el que le retumbaba en la cabeza. También el dolor sordo en sus manos y pies helados, que sentía entumecidos, como masas amorfas. Estaban luego los leves pinchazos de los copos de nieve que le caían en la cara dando pequeños toquecitos. Cuando abrió los ojos, vio que yacía en una ancha grieta abierta en la piedra, bastante profunda, por demás. Tenía que haber caído unos cuatro o cinco metros. El fragmento de cielo encima de él estaba gris debido a la nevada y al inminente anochecer. Reinaba un silencio sepulcral. Thomas pensó en la perdiz nival que había provocado su caída. Se preguntó cómo aquel animal podría sobrevivir en un lugar tan inhóspito,

dónde encontraría la comida en el invierno, cuando todo estuviera cubierto de nieve, dónde y cómo pasaría las horas. Con cuidado, giró la cabeza hacia un lado y hacia el otro, y sólo entonces se dio cuenta de que yacía en un sitio cubierto de musgo y helecho, el mismo que había visto durante la caída. A su lado había un pequeño saliente de piedra, y la grieta se estrechaba y se hacía más profunda. Todo estaba cubierto por una fina capa de nieve. La chaqueta se le había roto, en los pantalones se veían oscuras manchas de sangre. Se fue incorporando con cautela, moviendo primero los brazos, luego las piernas. No parecía estar herido de gravedad. Tenía hinchado el tobillo, pero era probable que fuera un esguince, no una fractura. Las excoriaciones abarcaban una gran superficie, pero no eran profundas. Le dolía la cabeza, tal vez tuviera una conmoción cerebral. No pudo sino pensar en cuán fácilmente podía haber muerto, pero apartó de inmediato esa idea para concentrarse en ese instante, en el peligro en el que se encontraba todavía. Cuando se levantó, sintió un mareo y tuvo que agarrarse a la roca helada. Meció los brazos de un lado a otro, como un péndulo, hasta recuperar el tacto en las manos. Su primer impulso fue trepar de inmediato por la roca, pero, tras pensarlo un poco, decidió pasar la noche ahí abajo, donde al menos estaba algo protegido del mal tiempo. De todos modos, no podría continuar avanzando en medio de aquella oscuridad por un terreno lleno de grietas y con un tobillo lesionado. Si se pegaba bien a la pared de roca, quedaría protegido bajo un pequeño saliente. Extendió el impermeable por encima de su cabeza y comió pan, frutos secos y una tableta de chocolate. Bebió poco, tenía que ahorrar agua, la botella estaba ahora por la mitad. Después de comer, se acurrucó e intentó dormir. Los pesados copos de nieve caían sobre el impermeable produciendo un ruido apenas perceptible, semejante a breves suspiros.

Pasó la mayor parte de la noche en un estado intermedio entre el sueño y la vigilia. Sus pensamientos giraban y daban lugar a imágenes que parecían más bien sueños; luego, por un momento, todo lo que sintió fue dolor, frío, cansancio. El impermeable empezó a hundirse bajo el peso de la nieve. Thomas intentó pensar en su casa, en su cama caliente, en Astrid y en los niños. Las imágenes se le escapaban, pero vio montañas que parecían iluminadas por dentro bajo un cielo estrellado, voló hacia arriba, a lo largo de paredes de roca que no tenían fin, tan próximo a la piedra que podía ver hasta los detalles más nimios. Se vio atrapado en una corriente de aire que lo arrastraba y luego lo dejaba caer, pero ni siquiera durante la caída, mientras caía y caía a lo largo de aquella pared vertical, perdió el control. De pronto se despertó del todo, y entonces ya sólo sintió el frío y el duro suelo, y el dolor. Tenía que levantarse, moverse. Apartó el impermeable y vio que había parado de nevar. En aquella grieta todo estaba oscuro como boca de lobo, pero en el cielo podían verse algunas estrellas. Thomas sacó la linterna frontal de la mochila y vio que su reloj se había detenido a las siete y media. Seguramente se habría estropeado al caer. Tenía unos arañazos en la carcasa y grietas en el cristal. Aunque no había nada que anunciara ya el final de la noche, empezó a trepar por la pared rocosa. La linterna frontal sólo iluminaba un pequeño círculo tembloroso delante de él a medida que iba ascendiendo. Trepaba muy despacio y prudentemente, comprobando cada superficie de agarre antes de dar un nuevo paso hacia arriba. La roca estaba húmeda y resbaladiza, en sus resaltes y grietas se había acumulado nieve que ahora le quemaba las yemas de los dedos. Tardó bastante en llegar arriba y en trepar por el borde. Se arrodilló en la nieve y dejó vagar el haz de luz de la linterna por su entorno más próximo, como si fuese el reflector de una unidad de salvamento. A continuación, la apagó para que sus ojos pudieran acostumbrarse a la oscuridad.

El cielo estrellado era de una belleza abrumadora, las estrellas parecían vibrar en medio del

frío. Aunque de la luna sólo se veía la mitad, la monótona vastedad del paisaje podía contemplarse en una vista panorámica, como si la nieve emitiese una luz pálida. No obstante, Thomas esperó a que comenzase a amanecer para iniciar la marcha.

El terreno continuaba ascendiendo ligeramente. Thomas deseaba alcanzar el punto más alto, donde, sin duda, habría indicadores del camino. La nieve caída durante la noche apenas había alcanzado los veinte centímetros, pero aun así era más difícil avanzar que el día anterior. La nieve tapaba las irregularidades del terreno, por lo que apenas podían distinguirse los pequeños agujeros y las grietas. El sol todavía no había salido, pero el cielo ya estaba claro. El brillo de la nieve se había extinguido, y ahora todo parecía gris, más oscuro que durante la noche. A Thomas le dolía el tobillo lastimado, caminaba muy lentamente y, a menudo, se detenía. Por fin vio aparecer en el horizonte un mojón de piedra. Se sintió tan aliviado que, por un momento, le abandonaron las fuerzas y estuvo a punto de caer de rodillas. Sobre la vasta altiplanicie había montículos de piedra de la altura de un hombre, como mudos guardianes de los cuatro puntos cardinales. En la cúspide más elevada descollaba una cruz de hierro herrumbroso, y a su lado se veían los típicos indicadores de color amarillo, uno de los cuales señalaba el camino de regreso al paso de montaña, y otro, el rumbo a seguir hasta una granja alpina que, de creer lo que decía el cartel, estaba a una escasa hora de distancia. En un nicho abierto en el mojón de piedra había una caja negra de latón que contenía un comprobante de cumbre, consistente en una sencilla libreta de anillas y un bolígrafo. Thomas empezó a hojear el cuaderno. Algunos montañistas sólo habían apuntado la fecha y su nombre; otros habían consignado la ruta seguida, y unos pocos habían añadido comentarios, como: «¡Qué bello es el mundo creado por Dios!», «Volveremos», «Todo el día niebla», «Llegamos muy tarde a la cumbre». La última anotación era de una semana atrás, un único nombre escrito con una letra burda. Thomas intentó calcular qué día era, pero no estaba seguro y sólo puso su nombre en el cuaderno.

El sol salió mientras bajaba en dirección a la granja, y todo se iluminó de tal modo que tuvo que cerrar los ojos, cegado. Más abajo, donde el karst empezaba a dejar paso de nuevo a la hierba alpina y el terreno se allanaba, la nieve sólo tenía la mitad de la altura que la de la cumbre, y en algunos lugares podían verse matas de hierba sobresaliendo del manto de nieve.

Para llegar a la pradera necesitó el doble de lo que indicaba el cartel. Finalmente divisó un establo alargado y, al lado, una pequeña cabaña a la que arribó poco después. La planta baja había sido construida con mampuesto, la madera colocada encima era vieja y estaba deteriorada, sólo el tejado de fibrocemento parecía haber sido renovado recientemente. Las contraventanas estaban cerradas, pero no habían echado el cerrojo a la puerta. Thomas entró con paso vacilante. Dentro hacía más frío que fuera. Necesitó todavía un rato para que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. La cabaña no se iluminó demasiado ni siquiera cuando abrió las contraventanas.

La cabaña parecía haber sido abandonada durante el invierno. Thomas miró a su alrededor. La estancia tenía pocos muebles: aparte de una mesa, un banco esquinero y algunas sillas, había un aparador con una cocina de gas de dos hornillos y, encima, un armario. Thomas buscó alimentos, pero en el armario sólo había algunos condimentos, un paquete de terrones de azúcar, algunas cajas con diferentes variedades de té y un bote de café instantáneo por la mitad. Al lado de la mesa había una estufa de carbón, en un rincón se hallaba un gran arcón de madera en el que había mantas, algunas prendas de ropa y, guardadas en cajas de plástico, toda suerte de cacharros. Encima había una repisa con mapas, guías para excursionistas, libros de flora y fauna de la región y algunas novelas. También se veía un par de juegos de mesa, un Memory, unas cartas y un cubilete

de cuero con unos dados. En las paredes colgaban un mapa de la zona, algunos dibujos infantiles y fotografías en las que siempre se veía a la misma mujer: sentada delante de la cabaña a la luz del sol, trepando por una roca, ordeñando una cabra o azuzando al ganado. En la pared trasera de la habitación había una puerta cerrada con llave. Thomas revolvió el arcón y el armario hasta que, finalmente, en una vieja taza con partes rotas, llena de chinchetas y cintas de goma, encontró la llave.

En la habitación trasera la oscuridad era mayor. De allí partía una escalera empinada que llevaba a la planta superior, donde había un dormitorio diminuto con vistas a la montaña y, en la parte delantera, otro dormitorio más grande. Los colchones estaban levantados y apoyados contra las paredes; las mantas de lana colgaban de unas cuerdas. Sólo cuando bajaba de nuevo la escalera vio una segunda puerta tras la cual había una letrina y una caja de madera enorme, una especie de cofre. Levantó la tapa y, a la luz de su mechero, vio toda clase de víveres: arroz, pasta, azúcar, sal, latas de verduras y hasta algunas de carne en conserva. Había también algunas botellas de vino y tres botellas de un litro llenas de un líquido claro que, según la etiqueta escrita a mano, era *Träsch*, el típico aguardiente de fruta que se bebía en la zona.

Thomas salió al exterior para echar una ojeada en los alrededores. Algo más arriba de la cabaña había un pequeño lago de aguas muy claras cuyo fondo no podía verse. El establo, que se hallaba algo más abajo, era estrecho, pero de unos treinta metros de largo. Sobre el pajar Thomas encontró unas estacas para vallas, unas bobinas de hilo y un enorme montón de leña. Cargó con un brazo varios leños, los llevó a la cabaña y prendió la estufa. Ésta, sin embargo, no tiraba bien, y apenas Thomas atizó el fuego, la habitación se llenó de un humo que irritaba los ojos. Thomas abrió puertas y ventanas. Fuera vio que, en el techo, la abertura para la chimenea estaba tapada con un tablón.

Al mediodía, el fuego ardía en la estufa y en la cabaña había una temperatura agradable. Thomas comió espaguetis con una salsa de tomate de bote que encontró en la caja de los comestibles. Después de comer, se sentó al sol en el banco que estaba delante de la cabaña. Otra vez le asombró el silencio absoluto. Unas nubes se levantaron por el este.

Por la tarde, Thomas metió en la cabaña tanta leña como pudo. En plena faena, empezó a nevar de nuevo, y todavía nevaba cuando salió por la noche a la puerta de la cabaña a fumar el último cigarrillo. Había pasado todo el tiempo previo a la medianoche haciendo una lista de las reservas de comestibles. Mientras lo hacía, bebió de aquel aguardiente con un altísimo porcentaje de alcohol, y éste se le subió a la cabeza enseguida. Cuando enfiló por la escalera en dirección a la planta alta, tuvo que sostenerse en la barandilla para no caerse.

El dormitorio estaba helado, y era tan diminuto que a Thomas le pareció estar metido en una caja. Aunque estaba cansado y borracho, tardó mucho en dormirse. Permaneció tumbado en la cama, mirando a la oscuridad. Cuando cerró los ojos, todo giraba a su alrededor, y vio ante él la siguiente imagen: se vio tumbado allí abajo en aquella grieta, doblado hacia atrás y con las extremidades torcidas. Era como si contemplara desde muy arriba el cuerpo inmóvil que yacía allí cubierto de nieve, con una sonrisa antinatural en la cara rígida: la sonrisa de un muerto.

Entre todos los pensamientos que ocuparon la mente de Astrid en los días siguientes había uno que no la dejaba en paz: la idea de que nada de aquello era real, sino sólo una posibilidad entre muchas. A veces le parecía incluso que estaba en su poder optar por una u otra de esas posibilidades. La muerte de Thomas era, por concreta, inequívoca y clara, la posibilidad más

sencilla. Un excursionista se resbala, cae y muere al instante. Cuántas veces no habría leído en los periódicos noticias breves de ese cariz sin haber llegado nunca a comprenderlas del todo. Y luego, una vez al año, estaban las estadísticas de los que habían muerto en las montañas, todo resumido de manera pulcra, con ciento cincuenta o doscientos casos individuales, distribuidos de acuerdo con el tipo de accidente: desprendimientos de tierra o de bloques de hielo, avalanchas, caídas.

Thomas se había caído, y nadie sabía cómo ni por qué. Probablemente hubiera muerto a causa de la caída. O no habría muerto de inmediato y se habría desangrado, o congelado, o muerto de sed; la autopsia lo esclarecería. Había nevado durante la noche, el invierno había irrumpido prematuramente, algo no tan inusual a esa altitud. La nieve había cubierto el cuerpo del fallecido, pero al cabo de varios días de frío subió la temperatura, la nieve se derritió, y unos cazadores encontraron el cadáver. De no ser por un jirón de su chaqueta que se había quedado prendido en el borde de la grieta, quizá jamás lo habrían encontrado, o lo habrían hallado dentro de cincuenta o cien años, cuando Astrid e incluso los niños ya estuvieran muertos hacía mucho tiempo.

En el acta policial estaban consignados todos los detalles: el lugar del hallazgo, la fecha y la hora, y hasta los nombres y las direcciones de quienes lo encontraron. Se sabía que la noche antes del accidente Thomas habría pernoctado en aquella buhardilla en el abra y dejado constancia de su nombre en el comprobante de cumbre. Debió haber sido en mitad del descenso, tal vez había llegado a su objetivo y estaba de vuelta, camino de casa. Más tarde se añadirían los pormenores médicos, el tipo de lesiones y su gravedad, la supuesta causa de la muerte. Había un cadáver que había sido hallado por personas que tenían un nombre, profesiones, familias, había ropa y zapatos y una mochila con provisiones y algún equipamiento. Podrían averiguarse todos los datos concretos, todas las pruebas estaban a disposición, pero ¿qué significaban? Un detalle habría bastado y todo habría sido diferente. Si aquel último día de las vacaciones quien hubiera entrado a ver lo que le ocurría Konrad hubiese sido Thomas en lugar de Astrid, si ella hubiera verificado antes las operaciones bancarias, si el perro rastreador hubiera mostrado más resistencia... y si Thomas no hubiera dado ese paso en falso, si no hubiese tropezado, si no hubiese caído. La más mínima decisión, el mínimo azar dividían la realidad en dos líneas narrativas, en cuatro, ocho, dieciséis, en infinitos mundos distintos.

Thomas había desaparecido hacía un mes. Astrid había sospechado desde el principio que él no regresaría. Su muerte era la solución más sencilla, porque borraba todas las demás preguntas, suprimía todas las incongruencias, el motivo de la desaparición de Thomas, el camino que había escogido, la razón por la que había hecho uso de su tarjeta bancaria aun a sabiendas de que sería descubierto, por qué había consignado su nombre en el comprobante de cumbre. Tampoco nadie volvería a escuchar jamás las explicaciones torpes y contradictorias de Astrid, sus evasivas y mentiras. Los compañeros de trabajo de Thomas darían el pésame a la familia, aparecerían en el entierro con expresión compungida y se sentarían en el banquete fúnebre en una mesa aparte a contar anécdotas sobre él. Sus padres y Manuela contarían historias, y los compañeros del club de voleibol, y los vecinos: historias sencillas que lo harían revivir, que tenían la intención de mantener viva su memoria, y que con los años lo irían sustituyendo y, paradójicamente, lo harían desaparecer del todo.

Astrid se imaginaba una historia diferente. Thomas no había muerto a raíz de aquella caída, sólo se había rasgado la chaqueta y lesionado levemente. Había salido trepando de la grieta y regresado al prado alpino. Semanas más tarde, cuando los cazadores descubrieran los jirones de

tela, carecerían de importancia. Y para ese instante Thomas estaría ya bien lejos, al otro lado de las montañas. Astrid buscó un mapa a fin de encontrarle un camino. En el mapa de carreteras con escala de 1:300.000 se indicaba la ubicación del paso de montaña, pero el territorio cubierto de karst, situado hacia el sudeste, era sólo una mancha blanca con un par de sombreados grises que indicaban la topografía. Los datos sobre las cumbres y las altitudes, los topónimos y las rutas, carreteras nacionales y autovías coloreadas, eran meras afirmaciones, nuevos datos que no podían traducirse a la realidad y que sólo entristecían a Astrid, que dobló el mapa y cerró los ojos. Entonces vio a Thomas trepando por la grieta y caminando por la altiplanicie, lo vio cojear un poco, pero así y todo caminaba con rapidez. Lo vio abastecerse en la cabaña de un puerto y continuar su marcha a través de los prados nevados. La vereda daba paso a un camino en mejores condiciones que desembocaba en una estrecha carretera de montaña. Thomas bajaba al valle atravesando un bosque de abetos. La nieve se había convertido en lluvia y temblaba de frío, pero haber logrado evitar la muerte lo estimulaba. Cuando ya oscurecía, llegó a un pueblo, un lugar desolado situado en un estrecho valle. Encontró una hostería donde comió y bebió. En la habitación no habían encendido el radiador, ya que nadie había contado con la llegada de un huésped a una hora tan avanzada. Aunque la hostelera le había dicho que estaba prohibido fumar en la habitación, olía a humo frío y a ambientador. Thomas encendió el televisor y se deslizó debajo del grueso edredón. Transmitían la última edición del telediario: noticias sobre conflictos, crisis, catástrofes, pero nada de ello pudo perturbar la dicha que sentía. Estaba a resguardo, todo era delicioso, cada color, cada olor, cada palabra. Estaba vivo.

Thomas despertó con dolor de cabeza. La habitación estaba a oscuras. Pero a través de las ranuras de las contraventanas entraban algunos rayos de una luz muy clara y cegadora. Al levantarse, sintió un mareo y tuvo que sentarse otra vez. Cuando el malestar se le hubo pasado un poco, volvió a incorporarse y bajó la escalera muy lenta y cautelosamente. Cada paso le ocasionaba una punzada en la cabeza. Alimentó la estufa y puso sobre la hornilla agua para hacer café. Guardó la botella de aguardiente medio vacía que estaba aún encima de la mesa, ya que sólo con mirarla su dolor de cabeza parecía intensificarse.

Tras haber tomado dos tazas de café con mucho azúcar, se sintió algo mejor. Salió a la puerta de la cabaña. El sol brillaba, pero durante la noche habían caído unos treinta centímetros de nieve. Las huellas de Thomas del día anterior habían sido cubiertas, el paisaje mostraba un resplandor blanco e impoluto, como si el mundo hubiera renacido durante la noche. Se preguntó cómo sería pasar allí el invierno, cuando el lago estuviera congelado y la nieve alcanzara varios metros de altura. Entonces sólo podría salir de la cabaña a través de la ventana de la planta alta y no podría moverse sin esquís o botas para la nieve. Los víveres le alcanzarían a lo sumo para dos o tres meses, y la leña y el gas tal vez mucho menos. Thomas estudió el mapa que colgaba en la cabaña. Sólo el hecho de retroceder hasta el paso sería muy difícil, sobre todo ahora que la nieve cubría la roca agrietada, ocultando sus hendiduras, pero aún no estaba firme. A lo largo y a lo ancho sólo se divisaban montañas y elevados valles deshabitados, el siguiente pueblo estaba a un día de camino. Tenía todos los motivos para estar preocupado, pero se sentía feliz. Aquella cabaña no le parecía una prisión, sino todo lo contrario, se sentía libre como pocas veces antes. Tenía la absurda sensación de poder sobrevivir el invierno sin reservas de comida si se quedaba quieto y sin llamar la atención, como los animales que permanecían allí y se alimentaban de vete a saber qué.

Los días transcurrían de manera imperceptible en un ajeteo sin rumbo. Siempre había algo

que hacer, traer leña a la cabaña, ir a buscar agua al pequeño lago, ocuparse de que el fuego no se apagara. Preparaba la comida en la cocina de gas, y cuando se le acabó el combustible, continuó haciéndolo en la cocina de leña. Limpió la cabaña, trajo más leña del establo, hizo una masa y, después de muchos intentos fallidos, pudo hornear algo parecido al pan de pita. Hacía frío, pero el sol brillaba, y sus radiaciones eran tan fuertes que se sentaba sin chaqueta fuera de la cabaña y tallaba con los leños toscas figuras o leía uno de los libros que había encontrado allí. No le interesaban los mundos ajenos de las novelas, estudiaba los libros sobre plantas y animales, y aprendió de ellos que en esa zona habitaban marmotas y gamuzas, liebres alpinas, águilas, gallos lira y perdices nivales. Los machos de las perdices, se decía, mudaban el plumaje cuatro veces al año; las hembras, tres. Se fiaban enteramente de su perfecto camuflaje, y sólo emprendían la huida cuando uno estaba a punto de pisarlas. Actuaban entonces como si estuviesen heridas, a fin de sacar al depredador de su guarida. «Fingían estar heridas tan bien—escribía el autor—que él mismo había caído en su trampa en repetidas ocasiones». En un libro sobre los habitantes del valle, Thomas leyó que los primeros cazadores habían llegado a aquella zona, al parecer, después de la última glaciación. En algunas de sus innumerables cuevas se habían encontrado miles de huesos de animales con huellas de haber sido usados como herramientas. Algunas de aquellas granjas de montaña habían sido acondicionadas hacía siglos. El libro hablaba de costumbres populares, raros fenómenos meteorológicos y catástrofes naturales, y también de la vida en las granjas alpinas. Explicaban que a veces los pastores se olvidaban de alguna cabra en aquellos agrietados campos de karst o no conseguían encontrarla. Si los animales sobrevivían al invierno, en primavera habrían perdido todo su pelo debido a la falta de sodio.

Thomas no había contado los días, pero llevaba seguramente una semana en aquel prado cuando empezó a soplar el aire cálido alpino y la temperatura aumentó de pronto de un día para otro. En el curso de un día la nieve casi se derritió por completo. Se oían ahora por todas partes los sonidos de la nieve fundiéndose, el goteo y los chorrillos desde el techo, el chapoteo, los borboteos y el rumor constante. En medio de todo ello se escuchaba a veces, de forma aislada, el sonido de los cencerros procedente quizá de una granja situada más abajo. Cuando caía la noche y fumaba su último cigarrillo en la puerta de la cabaña, oía en la lejanía un grito prolongado y, a continuación, la monótona salmodia de una bendición alpina.

Thomas se había frotado cada día el tobillo torcido con aguardiente. La hinchazón había disminuido, el dolor había desaparecido, y se sentía tan restablecido que empezó a explorar el lugar. Sus recorridos en círculo se hacían cada vez más y más extensos. La granja se hallaba situada en el borde de una llana hondonada, desde cuyos bordes había una vista perfecta hacia un árido valle de montaña situado abajo. Thomas subió por un estrecho valle lateral con uno de sus lados delimitado por una alta pared de roca de apariencia infranqueable. Al pie de ese valle había un enorme pedregal y, en el fondo de la depresión, a más o menos media hora de camino de la cabaña, un lago de mayor tamaño con aguas de color azul turquesa, tan transparentes que cuando se acercaba podía ver hasta las piedras del fondo. En la orilla del lago quedaban todavía restos de nieve, pero el agua estaba menos fría de lo que Thomas había imaginado. Nadó un par de brazadas y se sentó a secarse sobre las rocas. Un viento ligero le refrescaba la piel quemada por el sol. Mientras comía las provisiones que había traído, miró a su alrededor. En el horizonte, entre el domo rocoso situado al norte y la pared de piedra al sur, había un paso, un pedregal que formaba una especie de silla de montar. Después de descansar, Thomas bajó en dirección al pedregal. El camino era más inclinado y largo de lo que había pensado, en aquel terreno sin árboles era difícil

hacer una estimación correcta de las distancias. Antes de llegar a lo alto, oyó un disparo que hizo eco contra la pared de roca y parecía provenir de todas las direcciones. Examinó con la vista todo el lugar, pero no vio persona alguna, tampoco ningún animal o movimiento. No obstante, se dio la vuelta y emprendió el camino de regreso a la cabaña. Cuando ya casi había llegado, oyó de nuevo dos disparos, separados el uno del otro por un breve intervalo. El último tramo del camino lo venció casi a la carrera. Tenía miedo de que los cazadores pudieran rastrear su escondite, como si él fuese una pieza de caza.

Como si la aparición de los cazadores hubiera roto un hechizo, toda su sensación de estar a resguardo desapareció, y entonces cobró conciencia de lo amenazado que estaba ahí arriba. Aun cuando los cazadores no lo descubrieran, de repente podía hacer frío de nuevo y empezar a nevar, y la siguiente nevada sí que cuajaría, sin fundirse hasta la primavera. Esa misma tarde tapó el agujero de la chimenea con un tablón. Cerró las contraventanas y sólo se atrevió a salir de la cabaña tras haberse cerciorado, a través de las rendijas, de que fuera no había señales de peligro. Al anoecer, juntó todas sus cosas y preparó la mochila.

Pasado un tiempo, Astrid apenas guardaba recuerdo alguno de ese período inicial del luto. Los episodios eran tan viscerales, y estaban tan desligados de todo, que era imposible insertarlos en la cronología de su vida. Aquel luto le parecía como unas aguas en las que siempre se hundía. Ya no era capaz de pensar en nada, ni de sentir nada, no era capaz de respirar, se disolvía en la gravidez de ese otro elemento, y el tiempo incluso dejaba de tener importancia, parecía haber cesado de existir. Nada penetraba en ella, su mente estaba como encerrada en una cápsula aparte dentro del cuerpo, que seguía funcionando sin su intervención. Incluso atendía a los niños con gesto mecánico, sin darse verdadera cuenta de su presencia. Y cuando emergía de nuevo y todo había pasado, de un modo tan inesperado como había comenzado, lo único que quedaba era el embotamiento.

Todos le ofrecían ayuda, querían hablar con ella sobre lo ocurrido, darle apoyo: sus padres, los padres de Thomas, Manuela, amigos y vecinos. A Astrid no le apetecía hablar. Hacía lo imprescindible, lo que se esperaba de ella. Habló con el párroco, organizó el entierro, envió las esquelas, respondió a las cartas de condolencia. Habló con las autoridades, con el banco, relleno formularios, hizo llamadas telefónicas, puso en orden los asuntos de Thomas. Se aferraba a esas tareas concretas, a la ilusión de que hasta la muerte de una persona estaba sujeta a unas reglas, a los procesos que devolvían el caos a un estado de orden. Mientras hacía todo eso, tenía la sensación de verse desde fuera, como si interpretara un papel en una película que nada tenía que ver con su vida.

El luto de los niños era más latente que el de Astrid, pero por ello mismo parecía más hondo, como una de esas enfermedades que van debilitando casi imperceptiblemente el cuerpo durante años y acaban por destruirlo. Los maestros habían hablado con los demás chicos de sus respectivas clases y les habían pedido que fueran considerados. Los compañeros de Konrad le habían regalado un gran pliego de papel en el que cada niño había dibujado una flor y le había escrito un deseo. Su hermana había vuelto a casa con varias cartas breves muy coloreadas y le había mostrado algunas a su madre: eran desvalidas tarjetas de condolencia escritas con rotuladores brillantes, decoradas con corazones llorosos y pequeñas figuras de animales. La niña había mirado a su madre como si ésta pudiera decirle cómo actuar ante aquello.

—Me han regalado chocolate—le dijo Ella.

—Está bien—fue lo único que dijo Astrid, al tiempo que devolvía las tarjetas a sus coloridos sobres—. Sin duda no lo han hecho con mala intención.

Cuando empezaron a aproximarse las fiestas navideñas y Astrid se había recuperado un poco, todo parecía ir bien. Los niños redactaron sus listas de deseos y confeccionaron regalos para sus abuelos y sus padrinos. Ella ensayaba para un papel en el pesebre de su escuela, y Konrad ayudaba a Astrid a hornear las galletas. Los síntomas de su trastorno eran muy diferentes y no se manifestaron hasta después de las fiestas, en unos meses de enero y febrero muy fríos y húmedos. La niña leía mucho más que antes, se volvía cada vez más taciturna. Se esforzaba mucho en la escuela, como si su vida dependiera de obtener buenas notas y de aprobar el examen de ingreso al instituto. Por el contrario, Konrad, que siempre había sido muy buen alumno, ya no se esforzaba, se volvió algo díscolo y en ocasiones se mostraba insolente con Astrid, su hermana o su maestro.

A veces pasaban horas juntos, como uña y carne, cuando algún viernes por la noche veían alguna película en la tele, o cuando visitaban a los abuelos, o cuando viajaron por Pascua al Tesino para ver a unos amigos que los habían invitado hacía varios años y cuya invitación habían declinado siempre. En aquellas ocasiones actuaban como si todo estuviera como debía ser, y se lo pasaban bien. Astrid ya no se ocupaba de cuántos dulces comían los niños, de cuánto tiempo pasaban jugando en el ordenador o cuándo se iban a la cama. Lo principal es que estuvieran contentos.

Por consejo del psicólogo de la escuela, Astrid envió a Konrad a terapia. Sin embargo, eso apenas cambió su comportamiento, y, después de un par de sesiones, el niño se negó a volver. Sólo después de iniciarse el nuevo curso y de ser trasladado a otro grupo, con una maestra nueva que recién había terminado sus prácticas, Konrad se tranquilizó algo y mejoró sus resultados escolares. Que se inscribiera en un club de yudo y empezara a entrenar dos veces por semana pareció ayudarlo. Pero una sombra seguía pendiendo sobre Ella y Konrad, cierta tristeza vaga, cierta introversión. A veces Astrid sorprendía a alguno de los dos sentado en su habitación sin hacer nada, mirando al vacío, sumido en unos pensamientos que ninguno de los dos quería (ni podía) compartir con ella.

En un momento dado del verano, como si los familiares y los amigos de Astrid se hubiesen puesto de acuerdo a sus espaldas, empezó a sentir en su entorno cierta impaciencia que iba en aumento, y le pareció que todos esperaban de ella que se repusiera, que reflexionara y empezara a moverse, para, poco a poco, buscar una nueva pareja. Como si fuera su deber olvidar a Thomas y empezar de nuevo. Había transcurrido ya casi un año desde su muerte, y ella acababa de cumplir cuarenta y cuatro, era una mujer atractiva, y hasta para los niños sería mejor tener de nuevo un padre. «Ellos tienen un padre», les decía Astrid. Nadie parecía comprender que para ella la relación con Thomas no se había terminado sólo porque él no estuviera.

Llevaba, sin quererlo, una doble vida. Resolvía las cosas de la vida cotidiana, enviaba a los chicos a la escuela, mantenía la casa limpia, cocinaba, trabajaba en el jardín, ayudaba a Ella con los deberes, lo cual le suponía un esfuerzo mayor desde que su hija había empezado el instituto, y llevaba a Konrad a sus entrenamientos. Bromeaba con los niños, charlaba con los vecinos y, regularmente, cuando sus hijos ya estaban en la escuela, se iba a nadar unas cuantas piscinas. Pero por las noches, en la cama, cuando no conseguía quedarse dormida, pensaba en Thomas, y se sentía del todo segura de que su marido no estaba muerto. Era más una sensación que una idea concreta. Una idea podría haberla refutado con los hechos, pero nada podía hacer contra aquella sensación. Tampoco quería hacer nada, eso la ayudaba más que el duelo, que no curaban nada, ni

explicaba nada, que no suponía ninguna ayuda ni ninguna prueba. Sus fantasías nocturnas no eran anhelos imaginarios para consolarse. Thomas se había marchado, de eso no había duda, pero no estaba muerto. Ella lo veía andar por parajes deshabitados, lo veía buscar protección de la lluvia bajo los aleros, en una gasolinera, en una iglesia. Compraba víveres en pequeños comercios, frecuentaba bares y se mantenía apartado de otros clientes, pasaba la noche en pensiones modestas o en heniles. Cuando necesitaba dinero, hacía algunas labores, ayudaba a algún campesino en la cosecha, trabajaba en una granja de pollos, lavaba platos en la cocina de algún restaurante. Al cabo de varias semanas, continuaba su marcha, siempre a pie, aunque el clima fuera desfavorable.

En una ocasión la policía le pidió la documentación. A los agentes les había llamado la atención que caminara por la carretera bajo la lluvia. El coche patrulla se detuvo a su lado y el agente sentado en el asiento del copiloto, muy parecido a Patrick, le había preguntado si todo estaba en orden y le había pedido, a continuación, el carnet de identidad. Pero el nombre de Thomas había sido borrado de la lista de personas buscadas, su caso había quedado cerrado para todos, salvo para Astrid.

Ella no hablaba con nadie de sus fantasías, y no porque temiera que la tomaran por loca, sino porque quería conservar esas imágenes para sí misma, no compartirlas con nadie. Sospechaba que Thomas seguía viviendo por Ella y por Konrad. Sólo así podía explicarse que los niños no quisieran hablar nunca de su padre, que guardasen silencio al respecto o huyeran cuando Astrid lo mencionaba. Se habían negado a ir al cementerio, y la propia Astrid sólo iba de mala gana, para el mantenimiento de la tumba. Cuanto más tiempo pasaba, menos podía creer que Thomas yaciese allí. Se sentía cada vez más como una embustera, una estafadora cuidando de una tumba vacía.

Había arrancado algunas flores marchitas y las había arrojado al contenedor del compost. Mientras plantaba brezo, oyó la voz de Thomas como si estuviera de pie detrás de ella. «Deja eso —dijo—, ninguno de los dos sacaremos provecho de ellas. Vamos». Astrid se levantó y fue hasta la puerta del cementerio y salió a la calle. Cuando ya estaba en la estación del tren, se dio cuenta de que aquél era el pueblo en el que había pasado su juventud, que el paso a nivel aún no había sido sustituido por un paso subterráneo, que todavía estaba allí el almacén que una noche ardió, y también la antigua mansión con el jardín asilvestrado situada junto a Correos. Antes, cuando Thomas le contaba a alguien acerca de su primer encuentro, Astrid afirmaba siempre que no se acordaba, pero ahora veía la escena muy nítidamente delante de ella. Era primavera, había iniciado hacía unas pocas semanas sus prácticas y aún no se había adaptado a las largas jornadas laborales. Estaba en la parte trasera de la librería, preparando unos pedidos, cuando sonó la campanilla de la puerta. Su jefa había salido brevemente a resolver un asunto, de modo que Astrid fue a atender la tienda. En medio del recinto, como si no quisiera acercarse demasiado a los libros, había un joven apenas mayor que ella. El chico se acercó al mostrador y dijo que buscaba el Código Civil y el Código de Obligaciones. «Tendríamos que pedirlos», respondió Astrid. La jefa le había hablado en una ocasión, sucintamente, del catálogo de libros disponibles, pero todavía no sabía manejarse con él y necesitó un rato para orientarse y rellenar el formulario con el pedido. Notaba las miradas de Thomas, y cada vez que levantaba la vista, él le sonreía y le hacía un gesto afirmativo con la cabeza, como animándola a que continuara. Ella le preguntó su nombre y su dirección. Entonces él también le preguntó su nombre.

—Astrid en el país de las maravillas.

—No—dijo ella—, ésa es Alicia.

—¡Ah, vaya!—exclamó él—. No he leído el libro.

—Yo tampoco—dijo Astrid, y rio—. Prefieres leer cosas de leyes—añadió—, cosas serias.

—No es que las vaya a leer—respondió él—, sólo las necesito para la escuela de formación profesional. ¿Qué lees tú?

—*La casa de los espíritus*, de Isabel Allende—respondió Astrid.

—¿Y de qué trata?

—De todo—respondió ella, y rio otra vez—. Es la historia de una familia a lo largo de tres generaciones. No es un libro para hombres.

—¿Y qué me recomendarías?—preguntó Thomas.

Astrid salió de detrás del mostrador y, mientras lo guiaba por las estanterías, desempeñó el papel de librera experimentada. Se sentía algo tonta haciendo aquello, caminando de un lado a otro delante de él, sacando libros de los estantes y resumiéndole las tramas. Pero no podía evitarlo. Finalmente, Thomas le compró un libro, una novela policiaca de Georges Simenon que ella le había recomendado, después de que él dijera que le gustaban los libros de suspense. Astrid no pudo librarse de la sensación de que él sólo compraba el libro por complacerla.

—Cuando lo hayas leído, vienes y me cuentas qué te ha parecido, ¿de acuerdo?

Thomas pasó el invierno en la región del Gotardo. Los primeros días se refugió en la casa de un cura, un monje capuchino a cargo de dos pequeñas parroquias en el valle. El sacerdote era un hombre amable que siempre estaba muy atareado. Éste no le hizo preguntas de ningún tipo y lo ayudó a encontrar un trabajo con un carpintero del pueblo. Thomas no era especialmente hábil en los trabajos manuales, pero el carpintero tenía un gran encargo en una zona de esquí muy cercana y se alegró de contar con mano de obra barata. Thomas encontró entonces alojamiento en la casa de una anciana viuda que alquilaba un par de habitaciones por largas temporadas. La casa estaba abajo, en un estrecho valle, y ahora, en invierno, los rayos del sol apenas llegaban en todo el día. Las habitaciones mal iluminadas jamás se caldeaban como era debido, y olían a rancio y a polvo. Además de Thomas, en la casa de la viuda vivían un pensionista y una joven maestra sustituta que estaba haciendo sus últimas prácticas. Cuando él regresaba del trabajo todo estaba oscuro, y al entrar en el salón y encender la luz se encontraba allí sentado, a menudo, al pensionista. La primera vez Thomas creyó que lo había despertado, pero luego se dio cuenta de que el hombre estaba sentado despierto en medio de aquella oscuridad, como si se ocultara o como si estuviera al acecho de algo. Su rutina consistía en ducharse, salir a dar un paseo por el pueblo o irse a su cuarto a esperar a que fuera la hora de cenar. La viuda era muy ahorradora, y le recordaba todo el tiempo a Thomas que apagara las luces cuando saliera de una habitación o que bajara la intensidad del radiador durante la noche. La habitación contigua era la de la joven maestra, que se había presentado con su nombre de pila: Priska. Durante la cena, hablaba con voz muy animada de sus alumnos y colegas. A veces la viuda le preguntaba cómo se llamaba el maestro que hacía que los niños se marcharan siempre cinco minutos antes, o si todavía la mujer del director era la encargada de la biblioteca de la escuela. Entonces ella contaba que dicha mujer era la hija del jefe de la estación de tren, que vivía en la casa amarilla que estaba al final del pueblo, que su mujer era la hermana del panadero y que padecía de esclerosis múltiple, que el hermano de la maestra había asistido al seminario de curas de Lucerna, pero que luego se había casado y que ahora trabajaba en una agencia de publicidad: infinitas y enmarañadas historias familiares con las que Thomas pronto se perdía y que le daban la impresión de que allí todos estaban emparentados entre sí. A veces la viuda también hablaba de su hijo superdotado, que trabajaba en el ramo financiero y

vivía en Londres. Hablaba con entusiasmo de él y de sus méritos, de su elevado salario, pero Thomas tenía la sensación de que, en su fuero interno, la señora hubiera preferido que su hijo se hubiese quedado en el pueblo y llevase una vida más modesta cerca de ella.

Los fines de semana, Priska viajaba a menudo a Unterland, y aunque entre semana Thomas sólo la veía durante la cena, esos días la echaba de menos. Los domingos por la noche, cuando la oía regresar y meterse primero en su habitación y luego en el cuarto de baño que compartían los tres huéspedes, lo embargaba una sensación de seguridad y calidez.

Por las mañanas, Thomas era el primero en ocupar el baño. No había vuelto a afeitarse desde que había partido de casa, y su barba había crecido tanto que su cara le resultaba extraña en el espejo; se veía mayor.

Se había llevado de la cabaña en la granja alpina la botella de aguardiente medio llena. La guardaba en el armario de la ropa, pero nunca la tocaba. Había dejado de beber alcohol, no porque hubiera tomado tal decisión, sino porque no sentía ya la necesidad de anestesiarse. También había dejado de leer, ya ni siquiera miraba el periódico. Incluso apenas encendía la pequeña radio portátil que había en su cuarto, y hasta la música le parecía una distracción innecesaria de lo esencial. El trabajo en la carpintería, en cambio, le gustaba, por monótono que fuera casi siempre. Le agradaba, en general, la regularidad de los días, el empleo riguroso del tiempo, los viajes matutinos hasta la obra en el valle de Urseren, los almuerzos con los colegas siempre en la misma mesa del mismo restaurante y, por las noches, el viaje de vuelta por la garganta del Schöllenen hasta aquel valle a la sombra.

A finales de noviembre fue el cumpleaños de Priska. Lo dijo como de pasada durante una cena: «Hoy, por cierto, es mi cumpleaños». Todos la felicitaron, y al acabar la cena la viuda sacó un paquete de helado de vainilla del congelador, lleno de cristales de hielo y con cierto sabor a cartón. Con ello pareció que quedaba resuelta la situación. Pero después de que todos ayudaran a llevar los cacharros y platos hasta la cocina y meterlos en el lavavajillas, y cuando la viuda y el pensionista se sentaron en el salón frente al televisor, Priska le preguntó a Thomas si le apetecía acompañarla a tomar una cerveza. Ella lo invitaba para celebrarlo. Se escabulleron entonces fuera de la casa como si hicieran algo prohibido.

Thomas ya no estaba acostumbrado a sostener una conversación. Aparte de las charlas con el carpintero y sus colegas, que le daban instrucciones y comentaban su trabajo, hablaba poco a lo largo del día. También durante las comidas prefería escuchar en lugar de hablar él mismo. En un principio, Priska no pareció darse cuenta de su mutismo, pues tenía mucho que contar, pero después de haber pedido la segunda cerveza, hubo un momento de silencio. Fue entonces cuando ella le preguntó si siempre era tan parco en palabras.

—No lo sé—dijo Thomas—. No tengo mucho que contar.

—¿Eres del este de Suiza?

—De Turgovia.

—¿Y tienes familia?

Thomas vaciló, como si tuviera que pensar la respuesta.

—Sí—dijo por fin, con una voz que sonó algo perpleja, como si a él mismo le sorprendiera la respuesta. Percibió en la mirada de Priska que a ella le hubiese gustado seguir preguntando, pero fue él quien lo hizo—: ¿Y tú? ¿Tienes novio?

—Algo parecido—respondió ella, dubitativa—. Adivina cuántos años he cumplido.

Había cumplido treinta años, y por eso tuvieron que beber tres jarras de cerveza, una por cada década.

—¿O bebemos una cerveza por cada año?—preguntó Priska riendo.

Thomas ya sentía el efecto del alcohol. No eran todavía las diez cuando él dijo que al día siguiente tenía que madrugar.

En el camino de regreso a casa Priska le contó que su *hobby* era el kitesurf, y como Thomas no sabía qué era, ella se lo explicó. En la pensión estaban todas las luces apagadas. Sólo se atrevieron a hablarse en susurros y se desplazaron sigilosamente a oscuras en dirección a sus habitaciones.

—El año pasado estuve en Irlanda haciendo kitesurf—le susurró Priska rápidamente, con voz insinuante—. En la isla de Achill, en la costa oeste irlandesa. ¿Te apetecería ver las fotos?

Estaban sentados lado a lado en la cama. Priska tenía su portátil sobre las rodillas y le mostraba fotos de un paisaje desértico. Un lago en el que se veían unos surfistas que se hacían arrastrar por el agua por unas cometas, tan lejos que apenas se les distinguía. Sin contarlos a ellos, no se veía a otras personas en las fotos, sólo algunas ovejas peludas con cabezas negras y unas marcas de varios colores hechas con spray, rebaños enteros o madres con sus corderos. Casitas blancas dispersas por el vasto paisaje, establos en ruinas, vallas de madera, acantilados altos y, debajo, el mar, una superficie infinita que se perdía en el horizonte en la claridad del cielo. El paisaje ejercía una fuerte atracción en Thomas, parecía, al mismo tiempo, un sitio del que partir y al que llegar.

Aunque hacía fresco en la habitación, Priska se había quitado el jersey. Llevaba debajo una camiseta sin mangas. A través de la delgada tela se marcaba el sujetador de encaje. Thomas sintió la presión de su brazo contra el suyo y, en su muslo, el contacto de su mano, que sostenía el portátil. Podía oler el pelo de la joven, su cuerpo, y cierto aroma a jabón. Se volvió hacia ella. La joven maestra no alzó la vista del ordenador, pero por su postura se notaba cierta tensión, como si estuviera preparándose para un gesto impetuoso. Cuando él le besó el cuello, sintió cómo un ligero temblor recorría su cuerpo.

Thomas yacía en la cama. Era más de la medianoche, pero no podía quedarse dormido. Pensaba en Astrid, en cómo se habían conocido y luego volvieron a perderse de vista. Se había enamorado de ella a primera vista, y luego había ido varias veces a verla a la librería. Jamás había sido un gran lector, pero la alegría que le deparaban las conversaciones con ella lo compensaba del trabajo de la lectura. Al principio ella sólo le recomendaba novelas policíacas, pero con el tiempo empezó a creerlo capaz de leer libros más complejos, clásicos, novelas y narraciones contemporáneas que él leía concienzudamente para poder hablarle, a la semana siguiente, de sus impresiones de la lectura. Se mostraba entonces bastante tímido, y nunca se había atrevido a preguntarle si quería salir con él, al menos a tomar un café. Tal vez le bastaran aquellos encuentros en una librería casi siempre vacía, mucho más íntimos de lo que pudiera serlo una cita en público. Cuando la dueña de la librería lo veía entrar, llamaba a Astrid, que muchas veces estaba trabajando en la trastienda. «Tu cliente está aquí», gritaba con una sonrisa, y desaparecía luego en la habitación trasera para dejarlos a los dos solos. A veces a Thomas le parecía que la librería estaba allí únicamente para él y para Astrid, un lugar de encuentro secreto en un mundo, por lo general, demasiado ruidoso y expuesto.

Con las lecturas en común cambiaron también sus conversaciones. Después de que ambos leyeran *El arte de amar*, de Erich Fromm, se pasaron semanas hablando sobre el amor y las

relaciones. A Thomas le habría gustado creer que el amor maduro no se basaba en lo erótico y que no era un amor destinado a una sola persona, sino al mundo entero, pero todo en él contradecía los puntos de vista del famoso psicólogo. «Uno ama aquello que lo obliga a un esfuerzo, y uno se esfuerza por conquistar lo que ama», le decía Astrid, y él lo entendía como un mensaje en clave cuyo significado desconocía.

Todo habría continuado así si un buen día Astrid no le hubiera hablado, como de pasada, de un amigo con el que viajaría a Italia durante las vacaciones de verano. Thomas había creído todo este tiempo que era demasiado pronto para confesarle su amor, pero de repente era demasiado tarde. Durante las vacaciones veraniegas estuvo pensando en lo que le diría a Astrid cuando se encontraran de nuevo, pero al volver a verla por fin a finales de agosto, bronceada, descansada y sonriente, no fue capaz de expresar lo que se había propuesto decirle. En su lugar, compró el libro que ella le recomendó, *El bello verano*, de Cesare Pavese, y pasó las semanas siguientes buscando en él mensajes en clave.

Durante un tiempo frecuentaron el mismo círculo de amigos. Thomas sufría cuando veía a Astrid con su novio, pero sufría aun más cuando no la veía. Pero entonces acabó el período de prácticas y tuvo que marchar a hacer el servicio militar. Cuando regresó al pueblo, Astrid se había mudado con su novio a la ciudad. Thomas siguió trabajando en la empresa en la que había hecho las prácticas. A partir de entonces el contacto con Astrid fue esporádico, se enviaban postales por vacaciones y, en ocasiones, breves cartas llenas de banalidades y frases vacías. Cuando Astrid venía al pueblo para visitar a sus padres, se veían a veces en alguna fiesta o por la calle. Para entonces el propio Thomas tenía una relación insustancial con una mujer del club de voleibol del que se había hecho miembro. Se esforzaba, sin mucho éxito, en explicar su falta de amor con la filosofía de Erich Fromm. No obstante, cuando la mujer se separó de él al cabo de un año, sufrió como un condenado.

Cuando Astrid cumplió los veinticinco organizó una fiesta e invitó a Thomas. Esa noche él se enteró de que ella se había separado de su novio y que no salía con nadie. Entonces se atrevió por fin a preguntarle si podía invitarla a cenar.

Había días malos y días buenos. La tristeza no había menguado, pero cada vez la embargaba menos a menudo. Sucedió a veces que se pasaba todo un día sin pensar en Thomas hasta que llegaba la noche y, estando en la cama, se imaginaba haciendo el amor con él. Era siempre la misma escena: ella estaba tumbada en la cama y Thomas arrodillado junto a ella. Ambos guardaban silencio. Él la desvestía con cuidado, como si tocara un objeto muy delicado. De vez en cuando se detenía para contemplarla y acariciarla, como para cerciorarse de su presencia. Ella sonreía, y él sonreía también. Entonces él se quitaba la ropa y se tumbaba encima de ella. Sus movimientos eran lentos, como si se hablaran, no en un diálogo, sino en un mismo idioma en el que ambos formaban frases que eran, al mismo tiempo, preguntas y respuestas. Cuando Astrid cerraba los ojos era como si Thomas la llenara plenamente. Y mientras su excitación iba disminuyendo poco a poco, también iba borrándose la imagen, se disolvía en la oscuridad y dejaba sólo una especie de halo, y cuando también ese brillo desaparecía, lo que quedaba era un vacío enorme que parecía absorberla.

La primera vez que se acostaron, Astrid alcanzó el clímax muy pronto, aunque los dos estaban excitados. Esa noche habían ido al cine y luego a un pub. No había bebido mucho, porque Thomas tenía que conducir, pero Astrid se sintió en el coche como si estuviera borracha. Era medianoche

cuando Thomas se detuvo delante del edificio en que ella vivía y luego subieron a su piso. La tensión era tal que no había otra posibilidad que acariciarse y aferrarse el uno al otro. A continuación, todo fue sencillo. «¿De verdad?—preguntó Thomas—. ¿Siempre te corres tan rápido?». Astrid sonrió y se encogió de hombros. No le apetecía hablar. Se levantó y, sin encender la luz, fue hasta la cocina a buscar un vaso de agua. Thomas la siguió. Estando ella de pie delante del fregadero, él la abrazó por detrás y ella sintió que él estaba todavía excitado. «Ven, rápido», dijo él. Ella se dio la vuelta; con los brazos muy pegados al cuerpo, como si quisiera protegerse, bebió un trago de agua y le entregó el vaso. Él lo puso sobre la repisa y la tomó de la mano. Juntos regresaron al dormitorio. Esa imagen era la que se le había quedado grabada a Astrid de su primera noche juntos: los dos caminando desnudos por el piso, tomados de la mano.

Más tarde Thomas le contó que había estado enamorado de ella desde el primer momento, que ardía en deseos de estar con ella. Se lo dijo no con patetismo, sino más bien con el orgullo de un corredor de fondo exitoso que describe las fatigas de una maratón que ha ganado. Astrid dedujo por el tono que deseaba saber si también a ella le había ocurrido igual, si también ella se había enamorado de él, si había soñado con él y había estado lanzándole señales veladas. Astrid estaba tan cansada que se iba quedando medio dormida, y a veces no sabía si había estado durmiendo, si había escuchado las palabras de Thomas o las había soñado. «¿Estás ahí?», preguntó él. «Sí», respondió ella. Fuera de eso, no dijo nada más. Escuchó cómo él le describía su primer encuentro en la librería, o cómo le hablaba de un baile de máscaras en el salón del restaurante Traube, o del concierto al que había ido con ella y su novio en la ciudad. Ella recordaba todas esas ocasiones, pero la versión del relato de Thomas difería muchísimo de la suya. Era un relato lleno de amor, esperanza y desesperación, en el que cada palabra, cada expresión facial y cada gesto tenían un significado. Thomas le preguntó si ella no había notado nada. «No—tendría que haberle dicho—. Me caías bien, pero no estaba enamorada de ti, y tampoco noté en absoluto tu enamoramiento». ¿Y por qué lo había llevado a su apartamento? No había siempre un motivo para todo lo que uno hacía. No había sido una decisión premeditada, sino más bien una serie de pequeñas decisiones sin objetivo concreto, tal vez desidia, una forma de ceder. No retirar la mano cuando él la tomó entre las suyas, no apartar la cabeza cuando él quiso besarla, quedarse sentada en el coche hasta que él apagó el motor, no decir nada cuando él se bajó con ella y la siguió escaleras arriba y entró en el piso. «Jamás pude imaginarte haciendo el amor», le dijo Thomas, que tenía la cabeza apoyada en su regazo. «No sé por qué, pero sencillamente no podía. Ni siquiera conseguía imaginarte desnuda». Astrid no sabía si sus palabras eran un cumplido o la mera constatación de un hecho, si esperaba o no una respuesta y, en caso de que así fuera, cuál. A ella ni siquiera se le habría ocurrido la idea de imaginarse a Thomas desnudo o haciendo el amor. En general, no solía imaginarse cosas, no planificaba de antemano, tampoco se cuestionaba el pasado. Cuando Thomas hablaba de su relación, incluso más adelante, cuando ya llevaban tiempo juntos, ella siempre se asombraba de lo complicado que era todo en la mente de él. Pero le gustaban aquellas historias, esa sensación de que su amor era un mundo complejo, algo significativo e inexorable.

—Eres tan bella cuando te corres—dijo él—. Esa sonrisa, los movimientos de tu cuerpo. — Thomas no podía parar de hablar—. ¿Estás ahí todavía?

—Sí.

—Te quiero.

—Tengo que dormir—dijo Astrid.

—Tus brazos—dijo él—, tus bellos brazos, tus hombros, tu espalda, ese hoyuelo encima de tu

trasero.

—De verdad, debo dormir—dijo Astrid, y encendió la luz brevemente para poner el despertador. Luego volvió a apagar la lamparilla, se dio la vuelta y se apartó de Thomas.

Sintió las manos de Thomas en la oscuridad, su cuerpo cálido, su respiración, sus besos. Hicieron el amor otra vez, con más violencia que la anterior, como una callada lucha cuerpo a cuerpo, como si sintieran que no se acercaban lo suficiente el uno al otro. Astrid ya no sentía su cuerpo como una unidad, sino sólo sus partes aisladas, en las caricias de Thomas, en su peso, en su fuerza, en la manera en que él le sostenía las manos por encima de la cabeza.

Astrid estaba tumbada en la oscuridad y tuvo que reír cuando pensó en esa primera noche con Thomas y en aquella mezcla de instinto y ternura cautelosa con la que él exploró su cuerpo y luego lo poseyó. Después de ese día, pasó todavía algún tiempo hasta que formalizaron la relación.

Thomas se levantó temprano e hizo la mochila. Sus pertenencias no eran muchas más que las que tenía hacía dos meses, cuando se había mudado a la casa. La viuda estaba ya en la cocina leyendo el periódico local. Thomas le dijo que debía marcharse. Ella empezó a quejarse, le dijo que tenía que habérselo dicho con antelación, que a tan corto plazo no podría volver a alquilar ese cuarto. Miró a Thomas con cara de reproche. Él le propuso pagarle la mitad del alquiler de la semana siguiente, y ella acabó aceptando la oferta, no sin quejarse una vez más por los inconvenientes que le ocasionaba su marcha. Finalmente le ofreció un café, quizá con el propósito de averiguar el motivo de su partida. Él rechazó el ofrecimiento y le dio las gracias, pagó y se marchó.

El carpintero tampoco se mostró contento con su renuncia. Alabó la dedicación y el trabajo de Thomas y hasta llegó a ofrecerle un incremento de salario.

—¿Y qué piensas hacer ahora?—preguntó después de haber comprendido que no conseguiría que Thomas cambiase de opinión.

—Debo continuar—respondió él.

Tardó dos horas en recorrer a pie la distancia que con el coche del carpintero habían hecho en quince minutos. El camino de la ruta para excursionistas estaba cubierto de nieve, y se vio obligado a seguir el curso de la carretera, que trepaba serpenteando por el estrecho barranco y atravesaba repetidas veces galerías y túneles. En algunos tramos no había ni acera, y en el túnel en ocasiones tenía que pegarse bien a la pared cuando un autocar turístico pasaba por su lado a toda velocidad tocando el claxon. Poco después de que Thomas saliera de la última galería, cuando el valle de montaña se abrió delante de él, un coche patrulla se detuvo a su lado. El agente sentado en el asiento del copiloto bajó la ventanilla y le preguntó si todo estaba en orden. «No hace precisamente el mejor tiempo para salir a caminar», le dijo el policía y le pidió el carnet. Lo miró brevemente, se lo devolvió y le deseó un buen día.

Thomas pasó el resto del invierno trabajando como pinche de cocina en una hostería en la que ocupaba también una habitación de empleados. David, el jefe, un israelí que se había casado con la hija del dueño y más tarde se había hecho cargo del negocio, le pagaba un salario adecuado que fue incrementando semana a semana, a medida que Thomas fue asumiendo tareas más exigentes. «Qué buen cocinero se ha perdido contigo», le decía David. A veces Thomas notaba cómo el jefe lo observaba, pero el motivo de su interés no parecía ser tanto la curiosidad como la simpatía. Más tarde David le contó de sus primeros tiempos en el lugar, del esfuerzo que le costó adaptarse, acostumbrarse a la gente, al paisaje, al clima. Él y su mujer tenían dos hijos varones, uno de cinco

y otro de siete años, y los dos a menudo merodeaban por el restaurante o por la cocina. Luego fue Thomas el que empezó a observar a David, y le asombraba la manera tierna y casi maternal con la que trataba a sus hijos.

Cuando acabó la temporada de esquí en el mes de abril y empezaron a escasear los huéspedes, Thomas había conseguido ahorrar algún dinero. David le preguntó qué planes tenía. Thomas le dijo que pensaba seguir hacia el sur atravesando el Gotardo.

Los del mantenimiento de carreteras habían empezado hacía semanas a quitar la nieve, pero el paso no se abriría hasta las fiestas de Pentecostés. Thomas aguardó a que pasaran un par de días lluviosos, durante los cuales estuvo la mayor parte del tiempo en su habitación. Cuando el tiempo mejoró, se puso en camino. David le había preparado un paquete con un almuerzo abundante, y él y su mujer, e incluso los niños, salieron a la puerta del restaurante para despedirlo, como si formara ya parte de la familia.

Poco antes de que la carretera del valle se desviara hacia el paso y empezara el ascenso de la montaña, se alzaba una capilla. «Aquí se dividen los caminos. Amigo, ¿hacia dónde van tus pasos?—decía un cartel sobre la entrada—. ¿Te diriges hacia la Ciudad Eterna de Roma? ¿Hacia el Rin alemán y el santificado de Colonia? ¿O quizá te encamines hacia el oeste, a Francia?». Después de varios meses de sedentarismo, Thomas por fin volvía a sentir la euforia de ponerse de nuevo en camino, la alegría por un futuro imprevisible que podía tomar un giro distinto a cada paso.

Los prados del valle estaban ya verdes, pero no lejos, por encima del pueblo, la carretera del paso estaba bloqueada con una barrera. Cuanto más ascendía, más nieve encontraba, primero sólo en las hondonadas del terreno y en las umbrías, pero más adelante formando ya un manto parejo. Mientras que en los días pasados había estado lloviendo en el valle, allí arriba la carretera, por la que ya habían pasado las quitanieves, estaba otra vez cubierta. No muy lejos del paso, Thomas se tropezó con unos obreros que estaban almorzando sentados al sol, al lado de unas enormes máquinas quitanieves. Les preguntó acerca del estado de los caminos, y ellos le alertaron sobre un punto concreto en el que hacía unos días se había producido un alud y todavía no era seguro. Los hombres no parecían sorprendidos por su aparición. Tal vez habría mucha gente como él, pensó Thomas, tal vez formaba parte de una hermandad de caminantes dispersos por todo el mundo. Pensó en las migraciones de los animales, las que emprendían de continente a continente los cardúmenes de peces y las bandadas de aves, ese movimiento perpetuo en todo el mundo que a él le parecía más natural que la condición sedentaria.

La carretera discurría entre muros de nieve de varios metros de altura. En las laderas podían verse los conos de las avalanchas. En algunos puntos, los duros bloques de hielo habían conseguido abrirse paso hasta la carretera.

A la altura del paso soplaba un viento fuerte y helado. El cielo era de un azul intenso, y Thomas sintió en la cara el ardor de los rayos del sol. Entonces extendió su chaqueta sobre la nieve y se sentó a comer algo. Miró hacia el sur, y su campo visual se vio cubierto por un crespón de luz radiante.

Para entonces Astrid tenía ya que calcular mentalmente cuánto tiempo llevaba Thomas muerto cuando alguien se lo preguntaba. Se había marchado hacía dos años, decía en esas ocasiones, o hacía tres años, o seis. Sin embargo, aún llevaba la alianza, en la guía telefónica sus nombres aparecían juntos, y cuando tenía que indicar su estado civil en algún sitio marcaba siempre la

casilla de «casada». El funcionario de Hacienda siempre corregía esa anotación sin preguntar y la sustituía por la de «viuda», una palabra a la que Astrid no conseguía acostumbrarse, algo que también le sucedía con la condición de «huérfanos» de sus hijos.

Konrad había acabado la escuela obligatoria y había encontrado una plaza de prácticas en una compañía de seguros. Tenía intención de trabajar todo el verano y ahorrar dinero para comprarse una *scooter*. Ahora preguntaba a veces por su padre. Astrid le contaba algún episodio de su vida, pero en cada ocasión cobraba dolorosa conciencia de lo poco que ella sabía acerca de Thomas, lo poco que aquello le hacía justicia o podía definirlo. Cada historia era como una traición a su marido, cada relato, una decisión: así había sido, así se recordaría siempre. «Tal vez todo fue de un modo completamente diferente», decía. Entonces añadía: «Tú te pareces a él», y a Konrad eso parecía alegrarle.

Ella había aprobado el examen de Selectividad. En otoño empezaría la carrera de Lenguas Romances. Le habría gustado irse uno o dos meses a Francia para aprender mejor el idioma. Había buscado información sobre distintas escuelas de idiomas, y le enseñó a su madre los coloridos folletos en los que se veía a jóvenes alegres sentados en unas aulas, cabalgando o haciendo surf. Astrid sólo echó una ojeada a las listas de precios. «No podemos costeárnoslo—dijo—. ¿Por qué no buscas trabajo como *au-pair*?». Tras la desaparición de Thomas, y a pesar de la pensión de viudedad, habían tenido que apretarse el cinturón. Los primeros años algunos amigos le habían preguntado a menudo si no tenía intención de ponerse a trabajar de nuevo. En un sitio había una plaza, y en otro buscaban a alguien que ayudara en la oficina. Cuando su antigua jefa dejó la librería al jubilarse, le preguntó si quería hacerse cargo del negocio. Pero ni siquiera se esforzó en encontrar un trabajo cuando los niños crecieron y se independizaron. En realidad, no le apetecía volver a trabajar. No estaba deprimida, como opinaba Manuela cuando, en ocasiones, cuidaba de los niños para que Astrid pudiera hacer una escapada un par de días.

—Tal vez no quiero, sencillamente, que nada cambie—decía ella.

—De ese modo reconocerías de una vez por todas que tu marido está muerto—decía Patrick.

—No adoptes el papel de psicólogo—respondía Astrid—, me gustas más como policía. Además, tú tampoco quieres que las cosas cambien.

—En eso estamos de acuerdo—concluía él.

Más tarde salieron a dar un paseo a orillas del lago y hablaron como viejos amigos de sus respectivos hijos.

—A Ella no le viene mal darse cuenta de que no podemos costeárnoslo todo—dijo Astrid—. No nos va tan mal.

—Entiendo que Ella se sienta decepcionada—dijo Patrick—. A su edad uno quiere formar parte de algo.

—Pero eso no justifica sus palabras—dijo Astrid.

La niña había dicho que su padre era un pedazo de cabrón: «Sólo porque ese pedazo de cabrón nos ha abandonado—había dicho—, ahora yo no puedo hacer un viaje para aprender idiomas». Luego había salido corriendo y se había encerrado en su cuarto. Astrid le había suspendido la mesada del mes siguiente.

—A veces eres terriblemente dura—dijo Patrick—. En el fondo, Ella tiene razón, aunque no debió decirlo de esa manera, claro.

—Bueno, no empieces ahora tú también con eso—respondió Astrid, acelerando el paso, como

si quisiera alejarse de él o de lo que él estaba diciendo.

También Patrick apretó el paso.

—Lo proteges demasiado; admite de una vez que se ha comportado como un cerdo.

Astrid no dijo nada más. En algún momento el contacto con Patrick también fue espaciándose. No fue un momento concreto, Astrid ni siquiera sabría decir cuál de los dos dejó de llamar. Fue entonces cuando se compró un perro.

Pasaron las semanas, los meses y los años. Konrad acabó sus prácticas y se trasladó a la ciudad; Ella fue a Lyon para hacer un máster. Fue ésa la época en la que Astrid empezó a preguntarse a veces si no habría sido mejor para ella no haber conocido nunca a Thomas y haberse casado con otro hombre que todavía estuviera a su lado. No obstante, siempre descartaba de inmediato la idea; ya no podía apartar a Thomas de su vida como un objeto inútil, él formaba parte de ella, como ella de él, no importaba lo que hubiese sucedido ni lo que había de suceder.

Su hija Ella regresó de Lyon embarazada de un hombre con el que no quería convivir. Ocupó una plaza de maestra. Después de haber pasado años sin apenas llamar a su madre, ahora estaba contenta de que Astrid le cuidara al niño. Dos veces por semana Emilie estaba en casa de la abuela, y cuando entró en la guardería empezó a venir sólo dos tardes. Konrad se casó con una mujer siete años mayor que él y que no quería tener hijos. Los dos emprendieron un viaje por el mundo que tenía que haberles costado una fortuna. Hasta entonces, Konrad no había dejado de llamar a su madre ni una sola semana. Antes de emprender el viaje, le abrió una cuenta de Skype, pero después de haber hablado un par de veces por el ordenador, Astrid le pidió que volviera a llamarla por teléfono porque así lo sentía más cerca.

—¿Estás bien?—preguntó él.

—Sí—contestó ella—. Estoy bien.

Los años no tenían cronología, los viajes no tenían rumbo, los lugares, ninguna relación reconocible. Thomas aceptaba trabajos eventuales que le proporcionaban el suficiente dinero para pasar ciertas temporadas en las que no ganaba nada y se dedicaba a descansar o a proseguir su camino. En Italia trabajó en negro hasta que lo descubrieron y se tuvo que marchar del país; en Francia se hizo con una nueva documentación gracias a gente con la que hubiera preferido no tener nada que ver. Trabajó como encargado en un *outlet* de ropa en algún pueblucho de provincia, luego en una estación de servicio de una autovía como auxiliar de limpieza. Cuando se hartó de las provincias, se trasladó a Lyon y trabajó como repartidor para una gran panadería. Debía levantarse muy temprano, pero tenía las tardes libres. En una ocasión sufrió un pequeño accidente, nada grave, pero la policía averiguó que no tenía carnet de conducir y perdió su puesto de trabajo. Durante un tiempo no trabajó en nada, bebía mucho y vivía en cuartuchos cada vez más miserables. Luego consiguió controlarse y trabajó como pinche en una cocina para personas sin techo hasta que encontró una plaza en un restaurante. Durante todo un año vivió en aquella isla irlandesa cuyas fotos le había mostrado la joven maestra; al menos estaba bastante seguro de que se trataba de la misma isla. Nunca había olvidado las imágenes del paisaje, los acantilados, las ovejas con las cabezas negras y el mar infinito que despertaba en él tanto el deseo de descubrir lugares desconocidos como el de buscar refugio; lo único que no recordaba era el nombre de la isla, como tampoco se acordaba del de la maestra. Al ver que no encontraba trabajo allí, regresó al continente, primero a Francia y luego a Alemania. De vez en cuando tenía sus amoríos con distintas mujeres, las cuales, por lo general, estaban igual de perdidas que él. En ciertos momentos

de excitación conseguía no pensar en Astrid. Pero en cuanto dejaba a aquellas mujeres, volvía a pensar en ella y se avergonzaba por su infidelidad. Entonces huía. Tampoco hubo apenas amistades en todos aquellos años. Se llevaba bien con casi toda la gente con la que se relacionaba, pero no sentía la necesidad de profundizar en ninguna relación. Con quienes mejor se entendía era con los niños, a los que podía contarles lo que le viniera en gana. La idea de que sus propios hijos ya serían adultos lo llenaba de extrañeza, y no conseguía sentirse atraído por esas personas adultas, sino todo lo contrario: era como si ellos le hubieran robado algo. Cuando pensaba en ellos sólo recordaba a los niños que habían sido cuando él los abandonó. Recordaba las últimas vacaciones que habían pasado juntos y aquella sensación que le sobrevenía en ocasiones por aquel entonces: que nunca podría estar lo suficientemente cerca de ellos, que sus hijos se irían alejando cada vez más de él, como si obedecieran a una ley natural.

Durante un par de años tuvo un perro, un vagabundo como él que lo había seguido y al que acogió a pesar de los muchos inconvenientes que le causaba. Una noche el perro murió, después de haber pasado varios días sin comer nada. Thomas lo enterró entre la maleza, al borde de una carretera. Eso fue en Grecia. Nunca llegó más lejos. No deseaba abandonar Europa, el resto del mundo le parecía demasiado solitario, demasiado lejos de casa.

A la hora de escoger sus destinos se dejaba guiar por sus estados de ánimo. A veces le atraía seguir camino hacia el sur, luego de nuevo hacia el norte, a veces se aproximaba a su tierra natal, pero luego volvía a alejarse. En todos esos años, sin embargo, no volvió a cruzar la frontera de Suiza, pero tampoco eso había sido el resultado de una decisión firme, sino algo que surgió sin más, del mismo modo que surgía todo lo demás. No todo lo que uno hacía tenía un motivo.

Era finales de mayo, hacía dos meses que Thomas había cumplido años y alcanzado la edad de jubilarse, pero en el pasaporte falso era dos años menor. Cuando los falsificadores le preguntaron la fecha de nacimiento, había dado la de Astrid, si bien no sabría decir por qué.

Había pasado el invierno en España, cuidando al norte de Barcelona una casa de veraneo perteneciente a uno de sus anteriores empleadores. Hacía dos semanas había viajado a la ciudad y había tomado el primer autocar de líneas internacionales que lo llevó hasta Friburgo, en Brisgovia. Aunque tenía problemas de espalda y no podía levantar peso, aceptó un trabajo en una empresa como pintor de brocha gorda; después de aquellos meses de inactividad en España necesitaba dinero con urgencia, y no pudo encontrar otro trabajo con igual rapidez.

Fue un día frío y lluvioso. Thomas estaba encaramado a un andamio, pintando la parte baja de los aleros de una casa unifamiliar. Abajo estaban sus colegas dando la primera mano a la fachada. Thomas oyó pasar un coche. Se giró y un día un paso atrás para mirar hacia abajo, pero tropezó con el cubo: parte de la pintura se derramó y cayó sobre el asfalto con un chasquido. Su jefe se bajó de la furgoneta, miró hacia arriba y gritó: «¡Maldito idiota! ¿No puedes prestar atención?». Thomas colgaba de la barandilla del andamio con el torso hacia fuera, y el frío y la lluvia, el gris del asfalto y el verde del césped lo transportaron veinte años atrás, cuando estaba al borde de aquella grieta en el karst por la que se había caído. Una ráfaga de viento le arrojó a la cara unas gotas de lluvia, y mientras abajo su jefe seguía lanzando improperios, su voz pareció atenuarse, y Thomas sintió como si la lluvia cesara y las nubes se disiparan, como si cayera en un cielo de luz resplandeciente.

Astrid estaba en la cocina lavando la vajilla del mediodía. La víspera habían venido a visitarla Ella y Emilie, y Astrid había hecho una tarta, ya que era el primer día de escuela de su

nieta. Le había dado a Ella lo que sobró de la tarta, y sólo por insistencia de su hija se había quedado una pequeña porción. Retiró el papel film del plato con la tarta y lo puso sobre la mesa de la cocina. La ventana de encima del fregadero estaba abierta, en el barrio reinaba el silencio, sólo un mirlo con sus trinos rompía la calma del mediodía. Salió un momento a llevar los restos de comida al contenedor del compost. Espantó al gato que andaba merodeando en torno al ciruelo. Otra vez dentro, puso agua en la cafetera, llenó con café molido el filtro y se quedó allí de pie, contemplando cómo en el agua se iban formando pequeñas burbujas que luego aumentaban de tamaño. Su perro, un viejo labrador, entró en la cocina y se puso a olisquear su plato de comida, que estaba vacío. Astrid lo vio levantar la cabeza e inclinar las orejas antes de ser consciente del chirrido de la verja del jardín. Supo entonces que él había vuelto. No pensó en la ofensa ni en el dolor, no pensó en lo que había sido, sino en lo que sería. Corrió al salón y, a través de la ventana, percibió no tanto su presencia como sus movimientos, una manera de caminar que conocía muy bien, ligeramente doblado hacia delante, rígido, pero rápido y resuelto. Oyó sus pasos en la grava y de pronto se detuvieron y Astrid sintió como si también lo hiciera su corazón. Thomas estaba a tiempo de darse la vuelta y desaparecer para siempre. Pero sólo vacilaba, o quizá estuviera saboreando el momento. Con una sonrisa de asombro contempló el jardín florecido, tomó nota de los cambios, se asombró al ver los enormes ruibarbos, el ciruelo, que todavía era un arbolito cuando él se había marchado hacía veinte años. Notó que faltaban los saúcos, que habían retirado la cerca que rodeaba el perímetro de la casa y que ahora los jardines vecinos se mezclaban como si fueran el mismo; notó que la casa contigua tenía nuevos inquilinos que habían dejado ya sus huellas, un columpio y un pequeño cajón de arena con marco de madera, un triciclo junto a la entrada y una pelota sobre el césped. A Astrid aquel instante le pareció infinitamente largo, en medio de aquel silencio absoluto podía oír la sangre palpitando en sus oídos. Se oyeron nuevamente los pasos, más lentos ahora, sobre la escalinata del exterior, como si se preparara para subir los escalones. Y de repente Astrid estuvo segura de que en todos esos años Thomas no había llevado otra vida, que no había iniciado una nueva relación, que no tenía otros hijos y ni siquiera había ejercido su profesión, que no había seguido formándose ni madurado. Como ella, había estado esperando ese momento, ese breve instante de felicidad en el que pusiera la mano sobre la manija de la puerta y la empujara hacia abajo. Ese momento en el que la puerta se abriría y ella lo vería, como una silueta borrosa en la clara luz del mediodía.